

# **ONTOLOGIA SOCIAL DE JOHN R. SEARLE**

**UN RECORRIDO DESDE LOS ESTADOS INTENCIONALES  
HASTA EL HACKTIVISMO**



**ERICK BAUTISTA**

## **Maestría en Sociología**

### **Título de la ICR:**

*La Ontología Social de John R. Searle:  
Un recorrido de los Estados Intencionales al  
Hacktivismo.*

**Alumno:** Bautista Padilla Alejandro Erick Ernesto

**Asesor:** Doctor José Hernández Prado

21 de Febrero del 2014  
Trimestre 14-I

# Índice

<b>Introducción</b> .....	1
<b>1. El único mundo</b> .....	4
1.2 La Propuesta Realista de John R. Searle.....	7
1.3 La Filosofía de la Sociedad.....	8
<b>2. Ontología Fundamental</b> .....	11
2.1 La Mente y la Intencionalidad.....	12
2.1.1 La Red y el Background.....	15
2.1.2 Intenciones y Acciones.....	19
2.1.3 Decidiendo la Acción: El Impulso Emocional.....	20
2.1.4 Niveles de la Intencionalidad: Imaginación y Libertad (The Gap) .....	24
2.2 Intencionalidad colectiva.....	27
2.3 La distinción entre hechos brutos y hechos institucionales.....	31
2.3.1 El Sentido de Objetividad de los Hechos Institucionales.....	32
2.3.2 Fenómenos Independientes de la Mente y Fenómenos Relativos a la Intencionalidad.....	34
2.4 La Asignación de Funciones.....	35
2.4.1 Funciones Agentivas y Funciones no Agentivas.....	37
2.4.2 De la Intencionalidad Colectiva a los Hechos Institucionales.....	38
2.4.3 Asignación de Función-Status.....	39
<b>3. Las piedras angulares del Mundo Social: Lenguaje y Compromiso</b> .....	43
3.1 Las Reglas Constitutivas y Las Reglas Regulativas.....	43
3.1.1 Las Reglas constitutivas en la Conformación de los Hechos Institucionales...	44
3.2 Funciones-Status Creadas por Declaraciones.....	46
3.3 El Lenguaje; Rasgo Biológico y Social.....	50
3.3.1 Los rasgos del Lenguaje: Léxico, Fonología, Sintaxis y Semántica.....	52
3.3.2 ¿Qué Características son Comunes al Lenguaje y a la Mentalidad Prelingüística?.....	53
3.3.3 La Distinción entre Expresión y Representación.....	57
3.3.4 El Sentido del Hablante como La imposición de Condiciones de Satisfacción a las Condiciones de Satisfacción.....	57
3.3.5 Convenciones Lingüísticas: Palabras y Sentido de la Sentencia.....	58
3.3.6 Composicionalidad Sintáctica y Generatividad.....	59
3.4 El Siguiendo Paso: La Deontología.....	61
3.4.1 La Extensión de la Deontología a la Realidad Social: Cómo el lenguaje nos Habilita para crear Instituciones Sociales.....	63
3.5 El (No) Misterio de las Funciones-Status Declarativas.....	63
3.5.1 Porqué el Lenguaje es Especial y no sólo una Institución Social más.....	64
<b>4. La Teoría General de las Instituciones y Los Hechos Institucionales</b> .....	68
4.1 La Función de las Instituciones.....	71
4.1.1 Las Instituciones Son Acerca de Personas.....	72
4.2 El Mantenimiento de la Realidad Institucional: Deontología, Libertad y Poder..	75
4.2.1 Racionalidad y Acción.....	76
4.3 Estructura lógica de los Hechos Institucionales e Instituciones.....	80

4.3.1 La ampliación de la fórmula: Términos ‘Y’ Flotantes.....	80
4.3.2 Iteración De Las Reglas Constitutivas.....	82
4.3.3 Interacción Continuada de las Iteraciones.....	82
4.3.4 Indicadores de Status.....	85
4.3.5 La codificación.....	86
4.3.6 Tipo 1: La Creación de un Hecho institucional sin una Institución: El muro en la Frontera.....	87
4.3.7 Tipo 2: Creación de un Hecho Institucional a partir de Reglas Constitutivas...	88
4.3.8 Tipo 3: Las distintas Manifestaciones de las Reglas Constitutivas.....	88
4.3.9 Rasgos aparentes de los Hechos Institucionales.....	90
4.4 Las instituciones Reales.....	92
 <b>5. Poder y Background: La Conexión Entre Deontología, Legitimidad y Libertad</b> .....	94
5.1 Poder.....	94
5.2 ¿Qué Sustenta al Poder?.....	96
5.3 Del Bio-Poder a las Prácticas de Background.....	99
5.3.1 El Poder del Background.....	101
5.4 Cómo Entender El Poder Dentro de La Ontología Social.....	103
5.5 La Corona de la Realidad Institucional.....	105
 <b>6. Reflexiones sobre la Ontología Social Digital</b> .....	108
6.1 Qué es la Red.....	109
6.1.1 Comunicación Online: Más posibilidades, misma esencia.....	110
6.2 El Espacio Público Red y La Institución Digital.....	112
6.3 El Vacío de Poder sobre la Comunicación Digital.....	115
6.4 Nodos de Intencionalidad Colectiva.....	121
6.5 Vuelta al Único Mundo.....	125
 <b>Unas Conclusiones muy Breves</b> .....	126
 <b>Bibliografía</b> .....	128

# *Introducción*

*Nuestro hermoso deber es imaginar que hay un laberinto y un hilo*  
**Jorge Luis Borges**

Cuando decidí postularme para ingresar a la maestría en Sociología de la UAM-A, tenía en mente un tema de investigación: Internet visto como Espacio Público. Sin embargo, el presente trabajo no versa principalmente sobre ello. Lo sucedido en aquel momento fue que, debido a mi falta de pericia, no encontré la teoría sociológica adecuada para interpretar la estructura lógica de la red de redes. No descarto la existencia de autores especializados, pero la mayoría de ellos parecen más enfocados al análisis de coyuntura o al ensayo de opinión, que a prestar atención al fenómeno desde sus lineamientos básicos de existencia. En mi humilde opinión, tales propuestas teóricas no proporcionan herramientas sustanciales para entender cómo un ente digital creado por y para la comunicación a escala global, por medio de distintos tipos de lenguajes, puede gestar efectos que nada tienen de virtuales, sin mencionar que dichos efectos traspasan límites territoriales y culturales. Por ello mi entramado teórico de entonces se me antojaba cimentado en arenas movedizas.

No obstante, tuve la suerte de encontrar entre mis profesores de clase al Dr. José Hernández Prado, cuya contagiosa pasión y puntual asertividad me motivaron a trabajar bajo su tutela en un tema que yo desconocía por completo: La Construcción de la Realidad Social de John R. Searle.

Mi atracción hacia el tema bebe de dos fuentes: una fascinación por mirar siempre tras de bambalinas y la intuición de que este tema sería útil para interpretar la ontología que sustenta a Internet. No me equivoqué. Searle, como filósofo del lenguaje, la mente y la conciencia y como ávido lector de teorías tanto psicológicas como sociales, ensambló una propuesta teórica que describe cómo desde ciertas capacidades y disposiciones mentales se gestan los mecanismos comunes que conforman y sustentan a todas las sociedades humanas. Siendo tales mecanismos esencialmente lingüísticos. Por ello creo encontrar en la ontología social de Searle una visión útil para estudiar fenómenos sociales emergentes, como los que están apareciendo por la vía de la comunicación digital, dada su centralidad en el fondo y no en la forma.

El presente trabajo es una revisión e interpretación muy personal de la teoría de la Ontología Social acuñada por Searle. Decidí desarrollarla con amplitud debido a que su reciente manufactura no ha permitido una atención adecuada, por parte de los científicos sociales de habla hispana. Hay además la necesidad de brindar un panorama amplio de la teoría que pudiese ser esclarecedor para su aplicación en futuras investigaciones. No obstante, sigo creyendo que las teorías son formas de visión desechables que pretenden ayudarnos a entender la realidad del mejor modo posible. Y lo sobresaliente en ellas es que siempre están en posibilidad de ser modificadas, ampliadas o simplemente ignoradas, pudiendo resultar útiles bajo ciertos enfoques y totalmente irrelevantes desde otros. Lo mismo vale para el presente entramado teórico.

La primera parte del texto, que consta del capítulo 1 al capítulo 5, es básicamente una sistematización de la propuesta teórica de Searle escrita en sus dos libros *The Construction of Social Reality* (1995) y *Making The Social World* (2010). El capítulo 1 es un acercamiento y una contextualización de la propuesta teórica de Searle, examinando su relevancia. El capítulo 2 trata sobre los rasgos básicos de los seres humanos que nos permiten crear una realidad social y está aderezado por consideraciones de Damasio, Lakoff y Castells que consideré enriquecedoras para la aclarar la propuesta de Searle y que suscriben su misma línea ontológica. El capítulo 3 revisa al lenguaje y sus funciones, reconociéndolo como la primera institución y el requisito indispensable de la realidad institucional. El capítulo 4 aborda la teoría general de las instituciones y los hechos institucionales; sus elementos, rasgos, funciones, causas y demás. El capítulo 5 ofrece una explicación sobre el qué y el cómo se cohesionan todos los elementos anteriores, evitando el colapso de los entramados institucionales. Por último, el capítulo 6 significa una segunda parte para esta Idónea Comunicación de Resultados, constituyendo una reflexión sobre el fenómeno de Internet visto a través de la óptica searleana. Allí presento una propuesta de porqué se podría entender a Internet como un fenómeno lingüístico; justifico su entendimiento como un ente institucional, presento una de sus modalidades como función-status de Espacio Público en Red y resalto el elemento medular que motiva todos los hechos sociales, incluso a los que no comparten espacio e ideas claras: la intencionalidad colectiva. De tal suerte que este capítulo final constituye una pequeña auto-revanche con respecto al tema que me proponía desarrollar en un principio.

*Construir con palabras  
un puente indestructible...*

**Mario Benedetti**

*La cuestión es, dijo Alicia, si usted puede hacer  
que las palabras signifiquen cosas distintas*

**Lewis Carroll**

## 1 *El único mundo*

*Vivimos en un mundo, no en dos, o en tres, o en diecisiete* (Searle, 1997: 19). Quizá pudiera parecernos obvia la consideración; que cualquier persona con más de dos dedos de frente lo sabe y que detenernos en ella resultaría estéril; pero lo curioso es que tradicionalmente en la sociología se ha perdido de vista que vivimos en un único mundo y se habla de una realidad escindida entre naturaleza y cultura.

Pero, ¿de dónde le vino a la sociología ese afán por fraccionar el mundo en que vivimos, por suponernos como seres que habitan un cuerpo separado de nuestra mente e interpretar a la naturaleza y la cultura como agua y aceite? La respuesta no es sencilla. Podríamos comenzar por la tradición filosófica griega, mencionar a Descartes, detenernos en Freud y recordar a muchísimos más. Sin embargo, limitándonos a lo que atañe a la sociología y siguiendo la argumentación del doctor Hernández Prado, quizá fuera desde 1895, cuando Émile Durkheim publicó sus *Reglas del Método Sociológico*, que tal tendencia quedó establecida. Allí Durkheim, uno de los sociólogos más influyentes de todos los tiempos, propuso un perfil, un objeto y un método de estudio para la insipiente sociología de finales del siglo XIX; declarando que al objeto de estudio de la sociología lo conformaban los “hechos sociales”. Los cuales definió –aproximadamente- *como las formas de actuar, de pensar y de sentir exteriores a los individuos humanos y dotados de una fuerza coercitiva sobre sus colectividades* (Hernández Prado, 2014: 7). La parte medular del método de sociológico era tratar a los hechos sociales como “cosas”, como entidades objetivas.

Con tales afirmaciones, lo que quería Durkheim era establecer a la sociología como una ciencia relevante e independiente. Y además, evitar diluir a su objeto de estudio *dentro de la biología o la psicología como habían hecho antes autores tales como Herbert Spencer o John Stuart Mill* (Hernández Prado, 2014: 9). Para sostener su punto, Durkheim defendió tanto la autonomía y la especificidad de la sociología, que en sus obras y estudios posteriores –véase el *Suicidio* y *Las Formas Elementales de la Vida Religiosa*– tendió a minimizar abiertamente la relevancia o pertinencia causal de otros ámbitos de la realidad distintos a la influencia social.



Asimismo, pensadores Alemanes de finales del siglo XIX y principios del XX abrazaron este tipo de concepción que divorcia a las ciencias naturales y las sociales. Por ejemplo, las propuestas de las “*ciencias del espíritu*” de *Wilhelm Dilthey* y las “*ciencias culturales*” o “*de la cultura*” en el neokantismo de la Escuela Baden; sobre todo, con *Heinrich Rickert* (Hernández Prado, 2014: 9); posturas teóricas que influyeron en Max Weber, otro de los grandes hitos de la sociología, quien:

(...) adoptó la doble propuesta rickertiana de las ciencias de la cultura como diferentes de las ciencias de la naturaleza y de una división epistémica de la realidad entre naturaleza y cultura –la única partición pertinente (...) (Quien) enfatizó, por su parte, la historicidad o mutabilidad histórico-social de los valores y profundizó el divorcio entre naturaleza inhumana y cultura humana (Hernández Prado, 2014: 11).

Confluyeron de este modo dos grandes clásicos de la sociología, Durkheim y Weber; el primero preocupado por el reconocimiento de la sociología como ciencia y el segundo, por la diferenciación entre ciencia cultural y ciencia natural. Las generaciones de sociólogos subsecuentes no se distanciaron mucho de tales enfoques, como lo muestran la *fenomenología sociológica* de *Alfred Schutz*, *Peter L. Berger* y *Thomas Luckmann* y la *etnometodología* de *Harold Garfinkel*, deudoras de la sociología “comprensiva” de *Max Weber* (Hernández Prado, 2014: 12).

Ahora bien, sin temor a equivocarme, el libro de *La Construcción Social de la Realidad* escrito por *Peter Berger* y *Thomas Luckmann* editado por primera vez en 1966, es una de las obras teóricas más influyentes en la sociología contemporánea. Dicho trabajo, siendo de inspiración fenomenológica, afirma que *todo lo que concebimos como real es un constructo social*. Nociones como Conocimiento y Realidad deben ser abandonadas en su concepción universal y han de ser tratadas como “conocimiento” y “realidad” entrecomillados, pertenecientes, variables y sólo aplicables al contexto social y cultural del que provienen. Y por ello, literalmente hablando, *una es la realidad que existe para un hombre de negocios de Nueva York y otra la que hay para un monje budista en el Tibet* (Berger y Luckmann; 1986: 13). En consecuencia, la labor de la sociología del conocimiento, según aquellos autores, *es investigar el modo puntual en que las sociedades humanas construyen socialmente y mediante universos*

*simbólicos específicos su respectiva realidad no únicamente social, sino además natural* (Hernández Prado, 2014: 4).

Es cierto que tal enfoque teórico resultó una herramienta útil, capaz de abrir las puertas de la tolerancia y de romper con los esquemas dominantes de algunas líneas de pensamiento occidental de mediados de siglo XX -aceptar que existen múltiples visiones del mundo y vías civilizadoras; una pastilla difícil de tragar para ciertos grupos *modernizadores*-. Pero una vez cumplido lo anterior, la propuesta de *La Construcción Social de la Realidad* arroja un velo sobre la posible comprensión de una estructura común a todas las sociedades humanas. Está claro que cada grupo social humano posee sus particularidades, pero existen entre ellos características que nos permiten entenderlos a todos dentro de la misma categoría, es decir, la *sociedad humana*.

Recuerdo que durante mis clases de sociología en la licenciatura, quizás debido a un curioso azar en la selección de profesores que me fueron asignados, se nos repetía constantemente que *no existen verdades universales dentro de la sociedad*; que debíamos desconfiar de la afirmación de Durkheim acerca de entender a los hechos sociales como poseedores de un carácter objetivo; y que a quien afirmase lo contrario, lo llamáramos *positivista*, con un ademán que demostrara nuestro desdén.

A pesar de ello, ***existen hechos objetivos en el mundo***. Hechos que no dependen de nuestras preferencias o interpretaciones personales. Deseemos individualmente aceptarlos o no, *el hecho es que ahí están*. Que el monte Everest tenga nieve en su cúspide; que el bosón de Higgs existía aun antes de ser descubierto por los humanos; que Enrique Peña Nieto ocupa la presidencia de México o que el día que escribo esto es un miércoles, todo ello denota *hechos objetivos*. Esto abre paso a preguntas del tipo: ¿cómo es posible que los seres humanos podamos tener hechos objetivos y susceptibles de conocimiento, provenientes de entramados sociales creados, en principio, por opiniones subjetivas? ¿Cómo es que lo construido socialmente puede percibirse como un *hecho tan real* y objetivo como lo proveniente del mundo físico? ¿Cómo puede considerarse la autoridad de una persona, tan real como un pedazo de hierro? O en palabras de Searle; *¿cómo puede haber estados de consciencia o actos de habla* (que resulten) *significativos como parte del mundo físico*? (Searle, 1997: 19).

## 1.2 *La propuesta realista de John R. Searle*

Atendiendo a las preguntas anteriores y aprovechando su formación y actividad de filósofo del lenguaje y de las estructuras del pensamiento, Searle<sup>1</sup> se ha abocado a describir y explicar la línea continua que existe entre un *mundo físico constituido por hechos brutos y una realidad social objetiva, dependiente de los estados de conciencia y de la intencionalidad colectiva*. Su propuesta se aleja de la concepción *idealista*, central en la fenomenología y predominante en buena parte de la sociología, y vira en el sentido de aceptarnos como seres físicos, habitantes de un universo que interpretamos, describimos, combinamos, simbolizamos y transformamos, pero que no podemos alterar a simple voluntad, como ya lo propuso Durkheim. Searle suscribe dos postulados: *el Realismo Externo, según el cual hay un mundo real independiente de nuestro pensamiento y (una versión particular de) la idea de verdad como correspondencia* (Searle, 1997: 20). Esta última plantea *que nuestros enunciados verdaderos se convierten en verdaderos por el modo en que las cosas son en un mundo real, que existe independientemente de los enunciados* (Searle, 1997: 20); en otras palabras, si lo que digo es verdad, lo es porque *corresponde a los hechos*.

Presentaré en las siguientes páginas, principal pero no únicamente, una revisión global de dos libros de Searle: *The Construction of Social Reality* (1995) y *Making The Social World* (2010) <sup>2</sup>. Entre ambos textos existe una brecha de quince años que permitió el ensamblaje de diversas críticas, aportes, reconsideraciones y aclaraciones, las cuales conformaron una teoría que pretende *explicar la naturaleza fundamental y modo de existencia -lo que los filósofos llaman la esencia y ontología- de la realidad institucional humana*. (Es decir) *la creación y el mantenimiento de los rasgos distintivos de la sociedad humana y por lo tanto, de la civilización humana* (Searle, 2010: 3). Además, ambos libros descansan en el sencillo supuesto con que comencé este apartado: tenemos un único mundo; *no podemos permitirnos el postular dos mundos o*

---

<sup>1</sup> John Roger Searle (31 de Julio de 1932, Denver, EE.UU.) posee el título de *Slusser Professor of Philosophy* en la Universidad de Berkeley. Ha sido ampliamente reconocido por sus contribuciones a la filosofía del lenguaje, la filosofía de la mente, la conciencia y el razonamiento práctico. Le fue concedido el premio *Jean Nicod* en el año 2000 y es miembro de la Academia Europea de Ciencias y Artes.

<sup>2</sup> Buena parte de las traducciones de las citas textuales de Searle que presento en este texto, además de ciertas interpretaciones y consideraciones teóricas, se las debo al doctor José Hernández Prado.

*tres mundos o cualquier cosa por el estilo* -como es el caso en Sir John Eccles, que argumenta por la separación de un mundo físico, otro mental y otro social-.

*Nuestra tarea consiste en dar cuenta de cómo vivimos exactamente en un mundo y cómo todo este fenómeno, que va de los quarks y la atracción gravitacional a las fiestas de cocktail y los gobiernos, es parte de un solo mundo* (Searle, 2010: 3). Debemos explicar cómo la realidad institucional se deriva y es dependiente de los hechos físicos, lo cual ha sido un asunto esquivo dentro del ámbito de la sociología.

### *1.3 La Filosofía de la Sociedad*

Quiero resaltar, además, que Searle establece a *Making The Social World* como un manifiesto de la necesidad de crear una nueva rama de la filosofía: *la Filosofía de la Sociedad (The Philosophy of Society)*. Lo anterior ya es posible y necesario, afirma el autor, dado el reciente interés y desarrollo surgido en torno a la *ontología social* y a la *intencionalidad colectiva*. Respecto a esto, podría objetarse que ya existe una rama filosófica reconocida, la “filosofía social” (*social philosophy*). Pero esta rama ha sido tradicionalmente constituida, más bien, como una filosofía de la ciencia social o como una continuación de la filosofía política. Searle apunta:

*Yo estoy pensando en algo más fundamental que la filosofía de la ciencia social o de los aspectos sociales de lo político. Lo que propongo es el estudio de la naturaleza de la sociedad humana en sí misma: el modo de existencia de las entidades sociales (...) No necesitamos tanto una filosofía **de** las ciencias sociales del presente y del pasado, como una filosofía **para** las ciencias sociales del futuro, y de hecho, para cualquiera que busque un profundo entendimiento del fenómeno social (...) Resulta que la sociedad tiene una estructura lógica (conceptual y proposicionalmente hablando) que admite, y de hecho requiere, un análisis lógico* (Searle, 2010: 6).

Me siento muy atraído por esta propuesta, debido a que en el mundo académico occidental, tanto las preguntas acerca del lenguaje como las que cuestionan a la

sociedad han sido tratadas desde la perspectiva epistemológica. ¿Podemos saber realmente lo que otros quieren decir cuando hablan? ¿Cómo sabemos que las afirmaciones que hacemos acerca de la realidad social son realmente verdaderas? ¿De qué forma podremos verificarlo? Como Searle lo comenta, *la ventaja de hacer filosofía en estos tiempos, es que podemos dejar atrás treientos años de obsesión por la epistemología y el escepticismo* (Searle, 2010: 6). Aunque dichas preguntas son sumamente interesantes, se sumergen en mares de percepción subjetiva en lugar de atender a los rasgos comunes de la estructura en las sociedades humanas, cuestión que considera el filósofo norteamericano debiera ser medular en la sociología.

Cabe mencionar que Searle es un autor que “ha hecho su tarea”. Si bien muy raramente menciona sus fuentes, es fácil identificar los conceptos de sociólogos, filósofos, lingüistas y hasta psicólogos que evoca, dentro de sus textos. Bebe con mucha avidez de Durkheim, Simmel, Weber, Giddens, Frege, Russell, Wittgenstein, Quine, Carnap, Austin, Foucault, Wertheimer y Köhler, entre otros. Afirma de ellos que:

*Es un hecho extraño de la historia intelectual que los grandes filósofos del siglo pasado hayan dicho poco acerca de la ontología social (...) Pero si ellos no se enfocaron en los problemas que (me preocupan), sí desarrollaron técnicas de análisis y aproximaciones al lenguaje que aprovecharemos bastante. De pie sobre sus hombros, al igual que sobre mi propio trabajo anterior, voy a tratar de mirar en un terreno que ellos no contemplaron* (Searle, 2010: 6).

Searle se sirve de recursos teóricos propuestos por él y por otros, interpretándolos desde el Realismo Externo y enriqueciendo su visión con dos teorías filosóficas: la de los *Actos del Habla*, que retoma principalmente de Austin, la cual intenta solventar la cuestión de *¿cómo pasamos de la física de las manifestaciones a los actos del habla ejecutados por hablantes y escritores?* (Searle, 1997: 19); y aquella otra de *la Mente*, en una de sus versiones planteada por el propio John R. Searle:

*¿Cómo casan una realidad mental, un mundo de consciencia, intencionalidad individual y colectiva y otros fenómenos psicosociales, con un mundo que consiste exclusivamente en partículas físicas en campos de*

*fuerza y en el que algunas de esas partículas están organizadas en sistemas que, como nosotros mismos, son bestias biológicas conscientes?* (Searle, 1997: 19).

El trabajo de Searle que revisaré procede de la consideración de que toda sociedad humana descansa sobre algunos principios bastante simples. Sus enormes complejidades son distintas manifestaciones de algo subyacente que les es común. El punto aquí es que parece plausible suponer que utilizamos un mecanismo lógico para crear toda clase de hechos institucionales. Y Searle afirma que, en realidad, *usamos un mecanismo lingüístico que podemos aplicar una y otra vez con diferentes contenidos* para este propósito. A lo largo de las siguientes páginas intentaré ir dejando en claro todo lo anterior y exponer las respuestas de Searle a dos preguntas principales:

*¿Cómo construimos una realidad social objetiva a través de dicho mecanismo lingüístico? Y ¿cómo puede haber una realidad social objetiva que dependa, en parte, del acuerdo humano?*

A continuación, recapitularemos el aparato conceptual utilizado por Searle, comenzando por las características innatas a los humanos que permiten crear la realidad institucional.

## 2 *Ontología fundamental*

El objetivo principal del argumento de Searle es explicar la ontología social humana. Y debido a que dicha ontología es causada por la mente, es necesario abordar la capacidad de la mente para crear la realidad institucional. Es decir, *la intencionalidad*. Enfatizo esto porque, dentro de la teoría searleana, para entender a la sociedad humana tenemos que entender que el comportamiento humano colectivo es una manifestación de la intencionalidad colectiva, la cual se deriva de la de la intencionalidad individual.

La dirección que toma Searle en su análisis deviene de la premisa *del único mundo*. Afirma que los fenómenos de la mente y la sociedad dependen del nivel más básico de la física y la biología: *la biología depende de la física. La neurobiología es una rama de la biología. La conciencia y la intencionalidad son causadas por fenómenos neurobiológicos. La intencionalidad colectiva es un tipo de intencionalidad y la sociedad se crea mediante la intencionalidad colectiva* (Searle, 2010: 25). La mayor parte de nuestros conceptos aceptados sobre el mundo derivan de la física. Y sin importar que existan desacuerdos entre ciertas teorías muy difundidas, como el Big Bang o la física cuántica *versus* la física relativista original, hay dos teorías básicas aceptadas de manera general: *la Teoría Atómica de la Materia y La Teoría Biológica Evolucionaria*. Ellas nos brindan una imagen de la realidad que, a mi parecer, Searle explica de manera tan genial como cruda:

*El mundo consiste exclusivamente en entidades que, por comodidad y conveniencia, aunque no sea exacto, describimos como partículas. Esas partículas existen en campos de fuerza y están organizadas en sistemas. Las fronteras de esos sistemas están fijadas por relaciones causales. Ejemplos de esos sistemas son las montañas, los planetas, las moléculas de H<sub>2</sub>O, los ríos, los cristales y los bebés. Algunos de esos sistemas son sistemas vivos; y sobre nuestra pequeña Tierra, los sistemas contienen una buena cantidad de moléculas basadas en el carbono y hacen abundante uso del hidrógeno, del nitrógeno y del oxígeno. Tipos de sistemas vivos evolucionan a través de la selección natural, y algunos de ellos han llegado a generar evolucionariamente ciertas clases de estructuras celulares*

*-específicamente: sistemas nerviosos- capaces de causar y sostener la conciencia. La conciencia es un rasgo biológico, y por consiguiente físico, pero evidentemente también mental de ciertos sistemas nerviosos de nivel superior, tales como los cerebros humanos y un buen número de diferentes tipos de cerebros animales (Searle, 1997: 26).*

Desde el principio Searle argumenta en contra de la dicotomía clásica entre *mundo físico y mental*. Su exposición señala una línea continua en la que los rasgos mentales son una derivación de los rasgos biológicos. Por más que deseemos entender a las ideas y la mente como categorías independientes del mundo físico, lo cierto es que ellas provienen de un cerebro que no es otra cosa que un cúmulo de tejidos orgánicos. Además, dicho sea de paso, un cerebro mal alimentado o que sea golpeado severamente, no podría tener una actividad *mental* adecuada.

## *2.1 La mente y la intencionalidad*

Tenemos que empezar por la intencionalidad porque para entender a la sociedad, debemos entender el comportamiento humano colectivo. Este comportamiento es una manifestación de la intencionalidad colectiva (*collective intentionality*) y la comprensión de esta intencionalidad deriva de la de la intencionalidad individual, que a su vez se deriva de la conciencia.

Para la filosofía de la mente, uno de los rasgos mentales primordiales, y punto de partida de su argumentación, es la *conciencia*. Esta consideración me hizo cuestionarme, ¿qué es la mente y qué es la conciencia? Ya que Searle no lo dice. Me dí a la tarea de consultar un poco sobre neurociencia y ciencia cognitiva para aclarar más el asunto. El trabajo principal que tomé de guía para ello fue *Comunicación y poder* (2012), de Manuel Castells, pues a pesar de no ser la neurociencia la especialidad de su autor, éste hizo un excelente recopilado que fue supervisado por los neurócientistas Antonio Damasio y George Lakoff, de quienes también consulté un par de textos. A lo largo de éste y los siguientes capítulos, iré agregando la información que considere pertinente y que fortalezca la exposición sobre Searle. Entonces, comencemos.



El cerebro es un órgano, pero la mente es un proceso. La mente se encarga de la creación y manipulación de imágenes mentales (visuales o no) en el cerebro. Las imágenes mentales se generan mediante la interacción entre regiones concretas del cerebro y del cuerpo que responden a estímulos internos y externos. El cerebro construye patrones neuronales dinámicos trazando mapas y almacenando actividades y las respuestas que provocan. En todos los casos estas imágenes se originan en un acontecimiento que se percibe relacionado al cuerpo; proviene de la capacidad sensible de este –como lo percibido por el nervio óptico, el oído, etcétera. Por lo tanto, las imágenes mentales corresponden a alteraciones en el cuerpo provocadas por el entorno. Dichas alteraciones corresponden a la experiencia sensorial. Y es a través de la interacción de dicha experiencia con varias áreas del cerebro y las imágenes almacenadas en la memoria, que se gesta el complejo proceso de interpretación de la realidad. La consciencia posiblemente surge de la necesidad de integrar un mayor número de imágenes mentales de la percepción con imágenes de la memoria. Según Castells:

*Cuanto mayor sea la capacidad de integración de un proceso mental, mayor será la capacidad de la mente para solucionar problemas que garanticen la supervivencia del cuerpo al que pertenece (...) Pero la mente consciente necesita un principio organizador para orientar esta actividad de nivel superior. Este principio organizador es el yo: la identificación del organismo concreto al que debería servir el proceso de manipulación de las imágenes mentales (Castells, 2012: 194).*

Cuando se tiene identificado el objetivo a preservar, el yo, el cerebro define una manipulación mental concreta para la supervivencia y bienestar de ese “yo”. Ser consciente, por lo tanto, puede entenderse como *tener cierto grado de lucidez, centrar la atención y conectar el objeto de atención con un protagonista central (el yo)* (Castells, 2012: 192). Y de la mano de la consciencia, viene la *intencionalidad*, siendo la última *un término filosófico que designa la capacidad de la mente para dirigirse o enfocarse hacia objetos o estados del mundo, que son típicamente independientes de uno mismo* (Searle, 2010: 25). Los estados intencionales siempre son *acerca* de algo o *se refieren* a algo. Modos de ellos son la creencia, el deseo, la esperanza, ó el temor.

La forma en la que interpreto a los estados intencionales es entendiéndolos como patrones neuronales de diferentes niveles de complejidad que han conducido a imágenes mentales, sin importar que estos sean aprehendidos en el agente vía procesos culturales, racionales o emocionales, pero con la condición de que su dirección sea del “yo” hacia estímulos externos. Es decir, son imágenes del “yo creo tal cosa”, “yo deseo tal otra”.

Por otra parte, los estados intencionales, atendiendo a la versión de la teoría de la verdad como correspondencia de Searle, poseen *condiciones de satisfacción*. Es decir, las condiciones del mundo que satisfacen un estado intencional. Esto se comprende dada la naturaleza primaria que crea las imágenes mentales; los estímulos externos provenientes del mundo. *La mente funciona conectando en red modelos cerebrales con modelos de percepción sensorial que derivan del contacto con las redes de materia, energía u actividad que constituyen nuestra experiencia, pasada, presente y futura* (Castells, 2012: 93), lo que permite anticipar las consecuencias de ciertas señales de acuerdo con las imágenes almacenadas en el cerebro. Si toco el fuego, me quemo. Eso es una imagen mental, que constituye una creencia basada en la experiencia y por ende un estado intencional. Entonces, los deseos o los temores representan sus condiciones de ser cumplidos; una creencia tiene como condición corresponder con los hechos. Derivado de ello, debemos entender que a este nivel, cada estado intencional conlleva condiciones de satisfacción. O dicho mejor por Searle; *los estados intencionales en general son representaciones de sus propias condiciones de satisfacción* (Searle, 2010: 30). Cuando abordemos el apartado del lenguaje regresaremos a este punto.

Es importante mencionar que *la intencionalidad puede ser inconsciente*. Poseemos un bagaje de nociones intencionales latentes que *siempre son accesibles a la conciencia*, aunque no pensemos en ellas en todo momento. Generalmente durante nuestra vida diurna los estados mentales son conscientes e intencionales; sé porqué me dirijo a donde voy y porqué guardo las llaves en la bolsa. A su vez, todas mis creencias existen ahora mismo en mi mente aunque no esté pensando en ellas y las tengo incluso cuando estoy dormido. Muchas veces pareciera que actuamos “sin pensar directamente” en lo que hacemos. Por ejemplo, podemos estar inmersos en una conversación con alguien y al mismo tiempo prepararnos un café. Aunque nuestros pensamientos conscientes se enfoquen en discutir los problemas esenciales del ser y la nada, o los chismes más calientes de la semana, estaremos capacitados para abrir la alacena y sacar

el café, después dirigirnos al cajón de las cucharas, etcétera. Si cuestionáramos el porqué actuamos de dicha manera, sabríamos responder –creemos que el café está en la alacena y la cuchara en el cajón-, pero lo cierto es que pocas veces atendemos conscientemente a dichos comportamientos que parecieran reactivos. Sin embargo, la mayoría de nuestras acciones provienen de creencias o incluso deseos que siempre son accesibles a la consciencia y operamos nuestra vida diaria con ellos.

### 2.1.1 *La red y el background*

Los estados intencionales no se presentan como unidades aisladas. Nuestras creencias y deseos siempre se encuentran en relación a otros deseos y creencias. Si tengo la intención de ir al mercado a comprar comida, debo creer también que en el mercado venden comida, que aceptan el dinero que traigo como moneda corriente, que el mercado estará donde recuerdo, etcétera. A esto Searle lo refiere como *Red de Estados Intencionales*. Pero sucede que no sólo existe una *red* de estados intencionales que los relaciona, sino también se necesita *un set de habilidades, capacidades, disposiciones, maneras de hacer las cosas, y en resumen, saber cómo permitirnos efectuar nuestras intenciones y aplicar nuestros estados intencionales en general* (Searle, 2010: 31), el cual es denominado por Searle, *Background*. En breve, la *red* es tomada como el *qué* estados intencionales se relacionan, mientras que el *background* es el *cómo* hacerlo.

Searle ubica la noción de background como parte de la ontología mental de los seres humanos, que se conecta con la capacidad de pensar en el futuro, es decir, de relacionar acontecimientos previsibles con las redes neuronales del cerebro. Para que el cerebro conecte redes previamente trazadas con acontecimientos externos, debe darse un proceso de comunicación, mediante un protocolo lingüístico que permita tal proceso. Según Lakoff (2008), los protocolos más importantes son las metáforas. Podemos entender a las metáforas como las estructuras físicas en nuestro cerebro encargadas de “nocionar” el mundo en nuestra mente. Dicho proceso se da creando imágenes mentales que sean análogas –o cuando menos relacionales- a lo percibido por nuestro ser –ya sean percepciones internas o externas. Y la forma en que la mente puede acceder a dichas imágenes es activando las redes neuronales específicas que se estimulan al percibir situaciones comparables. Siguiendo a Lakoff:

*Neuronas que disparan unidas permanecen unidas. Como el mismo circuito se activa día tras día, sus sinapsis neuronales se van fortaleciendo hasta que se forma un circuito permanente. Esto se llama “reclutamiento neuronal” (...) “Reclutamiento” es el proceso de refuerzo de las sinapsis a lo largo de una ruta creando un camino por el que pueda fluir una activación suficientemente fuerte. Cuantas más neuronas se utilicen, más se “reforzarán”. El “refuerzo” es un incremento físico del número de receptores químicos para los neurotransmisores en las sinapsis. Este circuito “reclutado” constituye físicamente la metáfora. Por ello el pensamiento metafórico es físico (...) las metáforas simples pueden combinarse mediante conexiones neuronales para formar metáforas complejas (Lakoff, 2008: 83-84).*

Las metáforas resultan decisivas para conectar los circuitos cerebrales entre sí, además de ser responsables del lenguaje y por lo tanto, de la comunicación humana. A través de las metáforas es como se construyen las narraciones o marcos neuronales. Los marcos son redes neuronales de asociación de redes neuronales específicas. Por lo tanto, podemos interpretar al background como el conjunto de marcos neuronales – consistentes en redes de asociaciones que activan esquemas habituales de respuesta ante situaciones que percibimos como análogas a otras ya experimentadas.

Por otra parte, en el lenguaje las palabras se asocian en campos semánticos y los campos semánticos se refieren a marcos conceptuales. *Las metáforas enmarcan la comunicación seleccionando asociaciones específicas entre el lenguaje y la experiencia a partir de los mapas del cerebro* (Castells, 2012: 197), lo cual nos proporciona otra forma de apreciar la existencia del background en nuestra vida cotidiana, al comprenderlo como una forma extendida de la semántica, ya que resulta prácticamente imposible...

*(...) Determinar el significado literal de cualquier sentencia, y sus condiciones de satisfacción, sin un background de capacidades, disposiciones y habilidades, que no son ellas mismas parte del contenido semántico de la sentencia* (Searle, 1995: 142).

Por ejemplo, si alguien dice “córtate las uñas”, nadie mentalmente capaz imaginaría hacerlo con una sierra eléctrica; ni tampoco aceptaríamos que un estilista decidiera cortar nuestro cabello con una podadora de pasto. Y esto ocurre a pesar de que ambos objetos sean útiles para satisfacer el verbo “cortar”, por lo que no hay nada ilógico en pensar la posibilidad de ambas situaciones al no existir nada en las sentencias que nos indique lo contrario. Pero: *entendemos el verbo en cada caso de un modo diferente, porque en cada caso nuestra interpretación depende de las capacidades de background* (Searle, 1997: 142).

Pero la tesis del background no se limita a ello; es extendible a todos los contenidos intencionales. Los estados intencionales no podrían conjuntarse sin las capacidades, disposiciones y potencialidades de background que no son parte del contenido intencional y que nunca podrían incluirse como parte de ese contenido. Tratemos de exponer la forma en que se estructura y funciona el background.

En primer lugar, una habilidad del background es la de crear categorías que organicen y den coherencia a lo percibido. Dichas categorías crean la sensación de familiaridad cuando entramos en contacto con objetos y lugares nuevos o desconocidos. Es por ello que las nuevas experiencias, o incluso cuando intentamos imaginarlas, resultará que estas siempre tendrán referencia a una categoría previa. Utilizaremos para describirlas frases como “se parece a...” o “es como un...”. Aun los alebrijes, quimeras, o cuadros surrealistas poseen figuras de las cuales podemos decir “eso es un animal”, “eso, un insecto”, “eso, una mujer”. E incluso los desvaríos más demenciales siempre harán algún tipo de alusión a los sets categoriales almacenados en el background, extendiéndose esta habilidad hasta funcionar como una capacidad de interpretación semántica de sentencias; permitiendo generar maneras estereotípicas de interpretación lingüística, que se ajustan de forma inmediata y sin mayor esfuerzo a los mensajes que recibimos –como ya se expuso en el ejemplo del cortaúñas y la podadora de pasto-. La habilidad de interpretación perceptiva y semántica depende de conjuntar y poner en marcha la información obtenida de nuestra experiencia previa y, por lo tanto, la red de estados intencionales. Pero eso no es todo:

*Las secuencias temporalmente extendidas de las experiencias vienen a nosotros en una forma narrativa o dramática* (Searle, 1997: 146).

Como ya se mencionó más arriba, las metáforas cerebrales construyen las narraciones o marcos neuronales, de modo que nuestra mente ya posee un tipo de *narración esperada*, que se traduce en una serie de creencias y expectativas respecto a lo que sucederá en cada una de las situaciones de nuestra vida, producto de la creación e interacción de nuestros mapas cerebrales. Estos mapas se inscriben en las redes cerebrales a través de la evolución biológica y la experiencia cultural, por lo que los marcos referidos a la interacción social no son arbitrarios: surgen de la organización social que define los roles sociales en una cultura, que después queda incorporada a los circuitos cerebrales. El background es resultado de esa serie de correspondencias entre los roles organizados en narraciones, narraciones estructuradas en marcos, marcos simples combinados en narraciones complejas, campos semánticos (palabras afines) en el lenguaje conectados con metáforas y la cartografía de los mapas del cerebro creada por la acción de redes neuronales construidas a partir de la experiencia (evolutiva y personal, pasada y presente).

Por tanto, el background parece ser capaz de generar *una aplicación dinámica sobre una serie de acontecimientos sucesivos* (Searle, 1997: 141). No sólo percibimos los objetos, sino que proyectamos un horizonte de expectativas, respecto a lo que deseamos o creemos de dichos objetos y la forma en que *deben* interactuar entre sí. A falta de mejor término, interpreto dicha característica de background como un tipo de *guión categorial* que estamos acostumbrados a poseer respecto a cada situación. Tal guión categorial es producto de nuestros mapas y marcos neuronales. Por eso es posible que se presente crispación, angustia, desesperación, frustración o enojo cuando no sabemos qué esperar de alguna situación, o cuando ésta se sale del *guión*; porque tales situaciones van en contra de nuestra noción del mundo, es decir, de nuestras estructuras mentales. El guión categorial es la interpretación que heredamos de los marcos respecto a qué se debe y no hacer, qué se espera de mí, qué esperar de los demás.

Con base en lo anterior podemos decir que el Background nos predispone a ciertos tipos de conducta. Al organizar y utilizar nuestros deseos, creencias y demás estados intencionales, tendremos una noción de qué se debe y cómo se debe actuar respecto a las situaciones que nos resulten familiares, o que trataremos de relacionar con experiencias previas. Pero volveremos al background en el capítulo 5. Por ahora, regresemos a la ontología básica.

### 2.1.2 *Intenciones y acciones*

Hay un sentido ordinario para la palabra intención, que distingue a éste término del de acción. Una cosa es tener la intención de actuar de determinada manera y otra, relacionada con esa intención, pero diferente de ella, es el acto o el hecho en sí mismo. El sentido ordinario no distingue entre la intención anterior al acto y la intención implícita en el acto, lo que podemos llamar, respectivamente, *prior intention* e *intention-in-action*. Searle señala que la palabra más cercana a la *prior intention* es *plan*; y tal palabra típicamente designa a una decisión. Si planeo algo es porque he decidido hacerlo, mientras que la palabra más cercana a *intention-in-action* es *intentar*. Cuando intento algo, sea que lo logre o no, de cualquier forma hubo una intención implícita en el acto de intentarlo.

Cualquier acción involucra *intention-in-action*, pero no todas las acciones poseen una *prior-intention*, porque sucede que a veces actuamos de manera completamente espontánea, sin ningún plan. Ontológicamente hablando, la *prior-intention* es un estado mental y la *intention-in-action* es el evento psicológico que acompaña el movimiento corporal cuando ejecuto efectivamente una acción intencional que involucra un movimiento corporal (Searle, 2010: 33).

Una notable característica de las intenciones es que su condición de satisfacción requiere, tanto para las *prior-intentions* como para las *intentions-in-action*, que funcionen causalmente en la producción de la acción. Por ejemplo, si tengo la *prior intention* (el plan) de levantar el brazo dentro de un minuto para comprar algo en una subasta, pero olvido esta intención y casualmente lo levanto porque me dio comezón en la axila, mi intención original no habrá sido satisfecha.

Hay entonces dos cosas sobre la intencionalidad que son esenciales para las acciones sociales y la ontología social. La primera, la distinción entre *prior-intentions* e *intentions-in-actions*, y la segunda que tanto las *prior-intentions* como las *intentions-in-actions* son causalmente auto-referenciales. El argumento medular para exponer lo anterior es que, a diferencia de los estados intencionales, *donde las condiciones de satisfacción pueden provenir de distintos ámbitos*, en el caso de las intenciones (prior-

intention e intention-in-action) *es crucial para el funcionamiento de la intención que tal intención figure causalmente en el logro de las condiciones de satisfacción* (Searle, 2010, 36). Como ya se había dicho, que la acción sólo se efectúe por efecto de seguir la intención a la que se atiende.

Una vez entendida la estructura de las acciones simples, revisaremos la estructura de las *acciones complejas*, donde una sola acción puede implicar diversos niveles de análisis o incluso de consecuencias. Por ejemplo, si voy en el metro y se me ocurre jalar la palanca de emergencia sin ningún motivo, lo cual es una acción básica, lo que habré hecho acarrea más significaciones; en primer instancia dicho acto significa emitir una señal de emergencia y también tiene la consecuencia de detener el avance del tren, y al no tener un motivo considerado como válido para emitir la señal de emergencia y detener el convoy, dicha acción *constituye* un delito, por lo que el más bajo nivel de efecto, mi movimiento corporal necesario para jalar la palanca, provoca el más alto nivel de efecto y la combinación de todos los niveles de efecto es la acción compleja total. *Por ello pueden existir todo tipo de efectos adicionales que no eran parte del contenido de la intention-in-action y por lo tanto, no eran parte de las condiciones de satisfacción* (Searle, 2010: 37). Esto llega a tener consecuencias impresionantes. Pensemos en la *recesión económica del 2008*, donde la suma de acciones de algunos cuantos tuvo consecuencias globales, sin que al parecer nadie deseara ese resultado.

### *2.1.3 Decidiendo la acción: el impulso emocional*

Después del recorrido de Searle para explicarnos la intencionalidad y sus dos manifestaciones con la acción, surge una interrogante; ¿cuál es el proceso mental-cerebral que engarza la intencionalidad, tanto *prior-intention* como *intention-in-action*, para llevar a cabo una acción? En este apartado utilizaré elementos propuestos por Antonio Damasio (2005) para intentar esbozar una respuesta tentativa a la cuestión, debido a que este autor considera que dicha respuesta podría estar en el importante papel que desempeñan las emociones y los sentimientos en la toma de decisiones.



Searle nos dice: (...) *biológicamente la forma primaria de relacionarnos con la realidad son nuestros planes (prior-intention), nuestros intentos (intention-in-action), nuestras percepciones y nuestros recuerdos* (Searle, 2010: 39). Respecto a la percepción y la memoria, podemos decir que se perciben sólo los objetos realmente presentes involucrados en la acción intencional y se recuerdan (con mayor vivacidad) sólo las acciones que realmente se hicieron -siempre y cuando no exista alguna patología-. Pero resulta impráctico desligar la percepción y la memoria de las emociones y sentimientos, porque implicaría evadir su relación con los estados intencionales.

Los sentimientos y la constitución del yo surgen en una relación próxima, pero sólo cuando se ha formado el yo, las emociones se procesan como sentimientos. Éstos últimos tienen un papel fundamental a la hora de determinar la orientación de la mente para garantizar el destino de la actividad hacia el yo que preserva. Interpretando a Damasio, un sentimiento es la percepción de un determinado estado del cuerpo junto con la percepción de un determinado modo de pensar:

*Los sentimientos surgen de cambios impulsados por las emociones en el cerebro que alcanzan un nivel de intensidad suficiente para procesarse de forma consciente (...) y al ser conocidos por el yo consciente, los sentimientos pueden controlar el comportamiento social y en última instancia, influir en la toma de decisiones vinculando los sentimientos del pasado y el presente para anticipar el futuro activando las redes neuronales que asocian sentimientos y acontecimientos* (Castells, 2012: 196).

Las emociones y los sentimientos se conectan en la mente para orientar al yo hacia la toma de decisiones en relación con sus redes neuronales internas y externas (nociones del “yo” y estados intencionales, respectivamente), las cuales se tienen almacenadas en la memoria. Es decir, los sentimientos incluyen asociaciones con otros acontecimientos, ya sean experimentados directamente por la persona o transmitidos genética o culturalmente, generándose así los patrones emocionales. Y como podrá apreciarse, estos patrones están íntimamente ligados a las *prior-intention* e *intention-in-action* y a la noción de background.

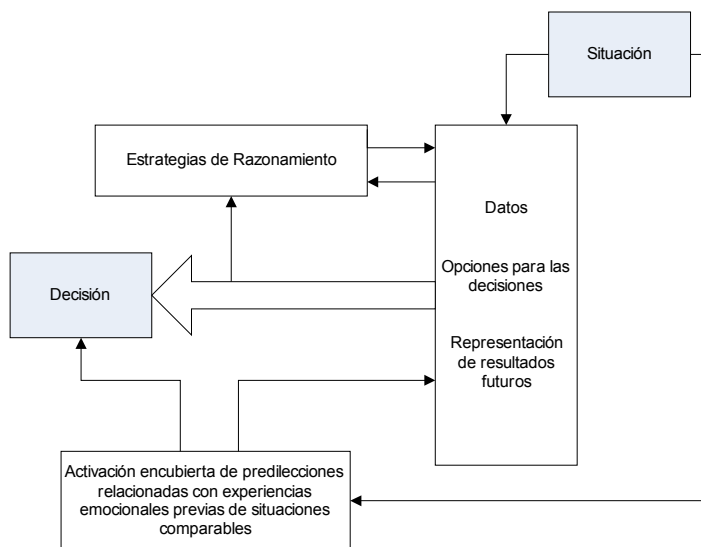
Pero, ¿qué son las emociones? Las emociones son modelos diferenciados de respuestas químicas y neuronales que se producen cuando el cerebro detecta un estímulo emocionalmente competente (ECS), es decir, cambios significativos en el entorno y en el propio organismo, inducidos por el contenido de una percepción –como el sentimiento de miedo que activa una mente conciente en el cerebro, cuando se mira una imagen conectada al estado intencional que evoca la posibilidad de muerte o daño-. Y los patrones emocionales conllevan una respuesta reflejo ante los ECS.

Castells, retomando a Ekman, menciona que se han identificado seis emociones básicas que se reconocen siempre, *las cuales son: miedo, asco, sorpresa, tristeza, alegría e ira. Los especímenes que no poseen un sistema de detección y/o generación emocional adecuado es improbable que sobrevivan* (Castells, 2012: 195). El funcionamiento de dichas emociones puede relacionarse con dos sistemas concretos del cerebro. Cuando nuestro cerebro procesa acontecimientos (interiores o exteriores) a partir de sus marcos (o redes de asociación establecida), la conexión neuronal crea experiencias emocionales activando dos recorridos emocionales definidos por neurotransmisores específicos: el circuito de la *dopamina* que lleva las emociones positivas (sorpresa, alegría, ira); y el circuito de la *norepinefrina* que traslada las emociones negativas (miedo, asco, tristeza). *Estas rutas emocionales están conectadas en red con el prosencéfalo, donde tiene lugar una gran parte del proceso de toma de decisiones. Tales rutas convergentes se denominan marcadores somáticos y desempeñan un papel fundamental vinculando las emociones con las secuencias de acontecimientos* (Castells, 2012: 196), es decir, con la memoria y el background.

La forma en que sentimos y en la que pensamos determina nuestra manera de actuar, tanto individual como colectivamente. De acuerdo con Damasio, la acción humana se produce a través de un proceso de toma de decisiones en el que intervienen emociones, sentimientos y razonamientos. El punto crucial en este proceso es que las emociones tienen un doble papel a la hora de influir en la toma de decisiones. Por una parte, activan de manera encubierta las experiencias emocionales relacionadas con el asunto para el que hay que tomar una decisión. Por otra, las emociones pueden actuar directamente en el proceso de toma de decisiones impulsando al agente a decidir según lo que siente. *No es que el razonamiento se vuelva irrelevante, sino que las personas*

*tienden a seleccionar la información de su background, que favorece aquella decisión que se sienten inclinados a tomar.*

La toma de decisiones, entonces, tiene dos caminos: el razonamiento enmarcado y el directamente emocional. Pero el componente emocional puede actuar directamente sobre la decisión o indirectamente marcando el razonamiento con un marcador somático que limita el espacio para toma decisiones basadas en la experiencia. Para apreciar éste proceso con mayor claridad, añado el diagrama de Damasio:



El proceso de Toma de Decisiones Según Antonio Damasio (Damasio; 2005)

Como puede apreciarse, las emociones influyen en dos de las tres posibilidades de toma decisiones que conllevan a la acción. Además, al ser estímulos directos sobre el cerebro la probabilidad de su participación en los procesos mentales es mucho mayor que la de un razonamiento meramente cognitivo. Y si bajo la terminología de Searle, “todas las acciones involucran una *intention-in-action*”, entonces debería considerarse el impacto de los marcadores somáticos dentro de nuestras preferencias e inclinaciones; y por lo tanto, dentro de la noción de intencionalidad. Por lo que la intencionalidad, como yo la interpreto, sería no sólo la capacidad de “nocionar” objetos y estados de cosas diferentes de uno mismo, sino también nuestra inclinación emocional hacia ellos.

#### 2.1.4 Niveles de la intencionalidad: imaginación y libertad (*The Gap*)

Realicemos un recorrido por la intencionalidad que vaya de lo más a lo menos básico. Los animales entramos en contacto directo con el ambiente a través de dos formas; la percepción y la acción. En el primer caso, el ambiente causa algo en el animal, la percepción; y en el segundo, es el animal quien causa algo en el ambiente, mediante su *intention-in-action* o acción intencional. La memoria, por su parte, almacena la experiencia de ambos procesos. Hasta aquí puede observarse que en los niveles directos de creación de los estados intencionales, se requieren componentes causales que los gesten y condiciones de satisfacción que los justifiquen. Pero en el siguiente nivel de la intencionalidad, estas condiciones causales dejan de ser necesarias.

Los estados intencionales de nivel superior, tales como las creencias y los deseos, pueden no provenir de su experimentación corpórea directa como componente causal –aunque sí de una percepción inducida vía social o cultural-. Como ya se mencionó, los deseos y las creencias tienen condiciones de satisfacción, pero estos no son indispensables; es posible desear algo que nunca pueda ser cumplido; asimismo, se puede creer en algo que nunca sea comprobado.

Pero aun existe un tercer nivel, que es el que sobreviene con la imaginación, la cual no tiene ningún componente causal ni condiciones de satisfacción. En ella no hay responsabilidad. Se puede imaginar lo que uno desee o tema, incluso un presente o un futuro distinto. También puede imaginarse lo que no podríamos creer, desear o intentar jamás. Por lo tanto es una acción voluntaria totalmente libre. De modo que juega un rol importantísimo en la ontología social:

*(...) Porque la creación de la realidad institucional que existe (lo hace) sólo porque creemos que existe (y esto) requiere cierto nivel de imaginación (Searle, 2010: 40).*

Alguien tuvo que imaginar el dinero, la propiedad privada, las tasas de interés, los matrimonios, las fiestas de cocktail, y toda clase de instituciones. Y para que funcionen, tenemos que imaginarlas; ya que las instituciones mismas no existen como objetos

naturales. Entonces debemos reconocer y aceptar dispositivos sociales que son esencialmente simbólicos. Y ¿cómo se da éste proceso en nuestra mente?

Recordemos que *las redes de asociaciones de imágenes, ideas y sentimientos que se conectan con el tiempo en nuestro cerebro, constituyen patrones neuronales que estructuran y relacionan las emociones, los sentimientos y la conciencia* (Castells, 2012: 193). Es por ello que hay ciertos olores que inmediatamente conectan con un recuerdo y, a su vez, con una emoción específica. En mi caso, siempre que muerdo un durazno me es imposible no sentir la misma nostalgia que experimenté durante un periodo de mi niñez. Interpretamos la realidad como reacción ante acontecimientos reales, internos o externos, pero nuestro cerebro no se limita a reflejar dichos acontecimientos, sino que los procesa de acuerdo con sus propios modelos de conexiones neuronales previamente creados. Esto se produce a través de una serie de correspondencias que van estableciendo las conexiones neuronales entre las características de los acontecimientos y el catálogo de respuestas de que dispone el cerebro para cumplir su función reguladora. *Tales correspondencias no son fijas, pueden manipularse en la mente. Por lo que la conexión neuronal crea nuevas experiencias* (Castells, 2012: 193). Pero para que esto suceda, se necesita la mente consciente, una mente que simbolice correspondencias entre acontecimientos percibidos y mapas mentales. Y este proceso de correspondencias son las metáforas de las que hablamos antes.

Es por ello que no es necesario experimentar la situación personalmente. Las imágenes pueden actuar como una fuente de estímulos equivalente a las experiencias vividas. Pero sí es necesario contar con percepciones y metáforas previas que sirvan de materia prima para el proceso creativo de la imaginación. Al respecto de lo anterior, en nuestros días es un gran problema saber si la imaginación es una capacidad que puede salir de nuestros paradigmas y no llegar a necesitar en absoluto una experiencia perceptiva previa. Las investigaciones más sofisticadas parecen no confirmarlo. Pero también es cierto que cada tanto aparecen circunstancias e invenciones nuevas que rompen con todo lo conocido hasta ese momento.

Pero continuemos con la argumentación. Avanzando más dentro de la estructura de los estados intencionales, Searle aventura, no sin mucho cuidado de su parte, que

acompañando a la imaginación se presenta una consecuencia lógica; la existencia de tres huecos o brechas (*the gap*). Los cuales son:

1. Típicamente en las acciones voluntarias, todos experimentamos cierto “gap” entre la reflexión de nuestras creencias y deseos, presentes en el background, y la formación de la decisión de actuar o *prior-intention*. No podemos suponer que exista un algoritmo computacional dentro de la mente que utilice los deseos y las creencias disponibles para crear unívocamente una decisión.
2. También experimentamos otra brecha o “gap” entre la decisión y la puesta en marcha de la *intention-in-action*. Una decisión no garantiza por sí misma la ejecución de la acción. Ejemplo, al decidir saltar de un trampolín de diez metros y ejecutar el acto.
3. El último “gap” se presenta cuando la ejecución de la acción requiere de un esfuerzo continuado; si se tiene la intención de correr un maratón, ninguna *intention-in-action* basta para continuar todo el proceso de competición.

*En filosofía, existe un nombre tradicional para este gap: es llamado “libre albedrío” (Searle, 2010: 41).*

Aunque, claro está, Searle se cuida de no plantear al “gap” como si de un asunto retórico o una verdad moral se tratase. Sin importar la opinión que se tenga al respecto, lo cierto es que los humanos tenemos la experiencia del **gap**. Sin embargo, eso no garantiza que realmente tengamos libre albedrío –aunque lo hace bastante factible–.

Con el concepto de *the gap* terminamos de exponer la estructura de la intencionalidad. En suma, sostengamos aquí que la intencionalidad es un rasgo biológico, e incluso físico, de los seres conscientes que no es posible reducir o derivar de otra cosa. Buscamos hacer o entender cosas tan naturalmente como pensamos y pensamos tan naturalmente como digerimos nuestros alimentos. Ahora bien, de un mundo compuesto de partículas que generan sistemas: que se convierten en organismos vivos: que desarrollan conciencia algunos de ellos y de la cual provienen las diferentes

formas de intencionalidad, capaces de experimentar el “gap” *¿cómo podemos dar cuenta de la existencia de hechos sociales dentro de esta ontología?* (Searle, 1997: 27).

## 2.2 *Intencionalidad colectiva*

Searle considera a la intencionalidad colectiva como *el ladrillo fundamental de toda la ontología social humana y la sociedad humana en general* (Searle, 2010: 43). Hasta el momento sólo hemos hablado de una intencionalidad individual que se expresa en frases en primera persona del singular: “yo creo”, “yo quiero”, etcétera. Pero también existen formas de intencionalidad en primera persona del plural; “estamos haciendo tal cosa”, “perseguiamos esto”, “creemos aquello”. Éstas son las que expresan la intencionalidad colectiva, es decir; la capacidad de los humanos y de algunos animales para cooperar, atendiendo a un objetivo común en el grupo.

Es posible cooperar no sólo en las acciones que se realizan, sino también al compartir actitudes, deseos, creencias, planes e intentos. De tal suerte que existen *prior-intention colectivas* e *intentions-in-action colectivas*, análogas a las individuales y ellas serían las formas más importantes de la intención colectiva. Lo que viene a ser un *fenómeno biológico primitivo previo a cualquier forma cultural o lingüística*; y al mismo tiempo una capacidad del *background*.

Especies de todo tipo se sumergen en acciones y actitudes cooperativas. Las ventajas de sobrevivencia que esto proporciona a los miembros de un grupo resultan obvias; el moverse en manadas, parvadas o cardúmenes para protegerse, la efectividad de cazar en grupo, las conglomeraciones rotativas de pingüinos para resistir el invierno, la organización pre-bélica que alcanzaron los *homo sapiens* para aniquilar a los grupos de homínidos rivales, ejemplos sobran. A lo que Searle añade:

*(...) La forma más simple de los hechos sociales entraña formas simples de conducta colectiva. Como ya queda dicho, la capacidad para la conducta colectiva es biológicamente innata, y las formas de la intencionalidad colectiva no pueden ser eliminadas o reducidas de alguna otra forma* (Searle, 1997: 55).

Ahora bien, Searle se centra en explicar lógicamente la existencia de la intencionalidad colectiva y a decirnos que es un rasgo biológico innato de los humanos y otras especies animales. Pero no nos da una pista de cómo es esto posible. Ante lo cual me aventuro a creer que una forma en la que la intencionalidad colectiva puede surgir entre los humanos es mediante la activación de las llamadas “neuronas espejo”, en las cuales está en el origen de la empatía, aunque también de la identificación de rechazo.

Los efectos de las neuronas espejo y sus patrones neuronales activados ayudan a la mente a representarse las intenciones de los demás (Damasio, 2005), debido a que éstas neuronas activan las mismas redes neuronales de un agente cuando tiene miedo y cuando ve que otro lo siente, o cuando ve imágenes de personas que sienten miedo o sucesos que provocan miedo. En otras palabras, las neuronas espejo se activarán lo mismo cuando el agente realiza una acción y cuando observe la acción de otro agente, permitiendo comprender los estados emocionales de otros individuos. Constituyendo un mecanismo subyacente a la cooperación y el compromiso en los animales y humanos, además de activar los procesos de imitación, empatía y ergo, de la intencionalidad colectiva.

No obstante, para que la acción de otro agente tenga un significado en mi cerebro, tengo que valorar lo que tal agente está haciendo. El córtex parietal medio se activa con acontecimientos emocionalmente competentes, resultado de su evaluación del entorno (Damasio, 2005). De acuerdo con Damasio, las neuronas espejo no tienen significado en sí mismas y por sí mismas no pueden llevar a cabo la simulación de una acción. Dependen de una experiencia previa análoga en el agente que percibe para efectuar una simulación interna y establecer el significado de las acciones –tanto para el otro espécimen observado, como para el agente que lo percibe-, por lo que las neuronas espejo no son, después de todo, como un espejo. Son más bien como titiriteros que manejan los hilos de distintas memorias.

En palabras de Castells, pareciera que la existencia de las neuronas espejo nos *dota de la capacidad para evaluar las intenciones de los demás y enviar señales para manipular esas intenciones, puede ayudar a evolucionar hacia una mayor cooperación, induciendo mejores resultados individuales y de grupo* (Castells, 2012: 201). Es decir,



nos permite efectuar todas las bondades de la intencionalidad colectiva que hemos mencionado, además de las que enumeraremos a continuación.

El argumento de Searle prosigue con ciertas implicaciones lógicas. Afirma que las intencionalidades individuales en muchas ocasiones *derivan* de la intencionalidad colectiva compartida. Es decir, *la contribución individual de cada animal a la conducta colectiva habrá de tener un contenido intencional distinto del de la intencionalidad colectiva (...) aun siendo la intencionalidad individual parte de la colectiva* (Searle, 1997: 55). Este es uno de los puntos que más rescato de la argumentación searleana, pues trata de romper la idea dominante en teorías como el *rational choice*, según las cuales todo puede ser reducido a la unidad y por lo tanto, las sociedades no son más que la suma racional de muchas consciencias individuales. Trataré de explicar esto.

Cuando trabajamos en equipo sucede que existe un objetivo que el grupo desea alcanzar y el grupo se reparte tareas individuales cuya satisfacción implica conseguir el logro general. En el caso de los humanos, cuando jugamos algún deporte en equipo, sería absurdo que todos ejecutásemos exactamente los mismos movimientos; alguien debe adelantarse a la zona de anotación, otro más cubrir su avance, algún jugador encargarse del pase, etcétera, convirtiendo a la situación del equipo en un “nosotros estamos haciendo una jugada de anotación”, aunque cada individuo pueda tener una intención distinta: “yo estoy cubriendo al corredor” o “yo estoy realizando el pase”. Además, *en la intencionalidad colectiva se tiene el presupuesto de que los otros están cooperando conmigo* (Searle, 2010: 53). Yo no hago su parte y no puedo lograr el resultado de ésta, pero mientras hago la mía necesito el supuesto de que el otro está haciendo o hará la suya, logrando así el objetivo en común. Puede suceder incluso que yo no sepa cuál es la contribución del otro u otros, o cómo hacen aquello que hacen, pero juntos cooperamos para lograr lo que se ha planeado o lo que estamos haciendo. Esta idea puede extenderse: ¿cuántas de nuestras actividades en la vida social son realmente motivadas individualmente y no son parte del cumplimiento de una intencionalidad colectiva?

Por otra parte, es cierto que toda la vida mental de las personas sucede dentro de su propio cerebro. Pero ello no implica de ninguna manera la negación de *un sentido de*

*colectividad*. No es casualidad que en todo lenguaje humano, además de la expresión nominal “yo”, exista un “nosotros”, siendo el elemento crucial de la *intencionalidad colectiva* el sentido de *hacer algo juntos*. No se trata de sumar muchos “yoes” haciendo algo; es “nosotros haciendo algo”. Tampoco es un “yo hago porque tú haces”. Para comprender el punto, pensemos en todas las veces que decidimos asumirnos como parte de un “nosotros”, aunque esto vaya en contra de una ventaja racional. Si en un partido de basketball somos los mejores anotadores del juego y aun así *nuestro* equipo pierde, asumiremos la derrota en conjunto; “nosotros perdimos”. O cuando decidimos esperar a alguien para comer, posiblemente gastaremos más tiempo y dinero que si lo hiciéramos solos. Pero en general preferimos “hacerlo juntos”.

Como ya se dijo, ser partícipe de la *intencionalidad colectiva* es estar inmerso en una actitud cooperativa. Y sucede que lo hacemos aun en situaciones que podrían ser calificadas de “accidentales”. Al caminar por la calle aceleramos el paso o lo cedemos a alguien para evitar chocar; nos hacemos a un lado para permitir que alguien más se siente en las bancas públicas; o esa forma inexplicable de acomodar los cuerpos para entrar y permanecer en el vagón del metro durante las horas pico, por mencionar sólo algunos ejemplos. Situaciones como aquellas son tan cotidianas que parecen obvias, pero si prestamos atención a toda la coordinación y cooperación que se requiere y que se llega a alcanzar casi de manera espontánea entre las personas y que podríamos agradecer a las neuronas espejo, comenzaremos a entender la ingerencia de la *intencionalidad colectiva* en nuestra vida social. Incluso los conflictos sociales requieren cooperación. En una pelea de box o en una guerra se requiere de acuerdos, declaraciones y reglas. Según Searle, dos sujetos propinándose golpes en la calle no estarían siendo parte de una *intencionalidad colectiva*, pues lo que hacen es deslindarse de actitudes cooperativas. Pero yo difiero de él. Hasta en las peleas callejeras se necesita estar en una actitud cooperativa; para pelearse se necesitan dos y ambos deben estar de acuerdo en enfrentarse. De lo contrario, alguno de ellos podría sencillamente dar la media vuelta e ignorar al contrario.

Quiero hacer notar dos características de la *intencionalidad colectiva* que podrían estar escapando a la argumentación. Resulta cierto que mi *intencionalidad individual* sólo puede operar o valer para las acciones que yo puedo hacer, pero una *intención colectiva* es capaz de causar cosas que las intenciones individuales que la

componen no pueden motivar por sí solas. Los soldados que efectúan un ataque kamikaze pueden ser un claro ejemplo de esto. Y por otro lado, Searle nos dice que si muchas personas se encuentran haciendo lo mismo, como el circular en su carro por una avenida a cierta hora, hay que notar que sólo son muchas intencionalidades individuales coincidentes, pero no una intencionalidad colectiva. Al contrario de Searle, yo no estoy completamente de acuerdo con ello ya que, en rigor, existe una cooperación para no quedar *embotellados*; por lo que decidí calificar este tipo de fenómenos de intencionalidad colectiva como *accidentales*.

Basándose en la exposición anterior, Searle llega a la siguiente definición de hecho social; *cualquier hecho que entraña intencionalidad colectiva* (Searle, 1997: 44). Lo que implica que si dos personas salen juntas, o en el transporte público una le cede el lugar a otra, eso ya es un hecho social porque hay una intencionalidad colectiva que sumerge a sus participantes en una actitud cooperativa. Sin embargo, existe una subclase de hechos sociales que es representativa de la realidad social humana: los hechos institucionales. La explicación de éstos es la quintaesencia del presente trabajo.

### *2.3 La distinción entre hechos brutos y hechos institucionales*

-¿Nevar? Pero si estamos casi en junio.  
-¿Por qué no? Los montes no saben  
los nombres de los meses.

*Ernest Hemingway*

Desde sus trabajos en filosofía del lenguaje, Searle ha venido sugiriendo la línea continua que une a *los hechos brutos, físicos y biológicos, por un lado, con aquellos rasgos del mundo que son asuntos culturales y sociales, por el otro* (Searle, 1997: 45).

Los *hechos brutos* existen de manera independiente de las instituciones. No requieren de ningún deseo, acuerdo, opinión, y en general podríamos decir que a su existencia le importa un higo todo lo relativo a la intencionalidad. Aunque como única excepción, necesitan de la institución del lenguaje para poder ser enunciados —que no conformados—. Hechos como la atmósfera, los anillos de Van Hallen, el cobalto, los ríos, la fotosíntesis, el comportamiento de la luz como partículas o como ondas o la

trayectoria ovoide de la tierra alrededor del sol, son hechos brutos. Y aunque mágicamente todos los seres humanos desapareciéramos y ya nadie los nombrara, seguirían existiendo. *De la rosa, sólo queda el nombre desnudo*, dijo Shakespeare, pero el nombre no es la rosa.

En contraste, los *hechos institucionales* dependen del reconocimiento y la aceptación de los humanos. Aludo a cuestiones como la ciudadanía, las fechas, el dinero, que el idioma en el que escribo es el español, los impuestos y la economía. Es necesario hacer hincapié en que todo lo anterior no deja de ser *objetivo*, en el sentido de que no es cuestión de preferencias individuales, o valoraciones, ni de juicios morales. Pero ¿de dónde obtienen tal objetividad los hechos institucionales? Al ser creados por humanos ¿no son entidades subjetivas? Para responder a estas preguntas revisaremos la distinción entre la objetividad ontológica y la objetividad epistémica.

### *2.3.1 El Sentido de objetividad de los hechos institucionales*

Existen dos sentidos para entender la realidad; el epistémico y el ontológico. Comencemos por entender al sentido epistémico como aquel que versa sobre asuntos de *conocimiento, o lo que sabemos*. Sin entrar en pormenores, “*objetivo*” y “*subjetivo*” son básicamente predicados de juicio (Searle, 1997: 27) en este sentido epistémico. Generalmente decimos “eso es subjetivo” cuando queremos señalar que la verdad o falsedad de una sentencia no depende de los hechos, sino que es dependiente de actitudes, creencias, puntos de vista ó sentimientos de quien profiere el juicio en cuestión. A un juicio como “Lady Gaga es una mujer hermosa”, se podría responder; “bueno, eso depende de lo que tú juzgas por *hermosa*”. En cambio, al juicio objetivo; “Lady Gaga nació el 28 de Marzo de 1986” nadie podría suponerlo un asunto de preferencia o de percepción. *Esa fecha de nacimiento es un hecho objetivo*, porque su creación es un asunto de intencionalidad colectiva, donde las personas cooperaron al aceptar y/o reconocer las convenciones del calendario. Y al ser un asunto colectivo, se establece por encima de las preferencias individuales.

El sentido ontológico, por su parte, entendiéndolo de manera muy parca, es aquél que está enfocado a señalar *lo que hay*. Objetivo y subjetivo son aquí *predicados*

*de entidades y tipos de entidades, e imputan modos de existencia* (Searle, 1997: 27). Es decir, en el sentido ontológico ya no se puede hablar de juicios. Se hace mención a fenómenos que existen independientemente de creencias, deseos ó actitudes mentales. Sin embargo, el sentido *ontológicamente subjetivo* requiere de los sujetos para que ellos sientan o perciban la existencia de los fenómenos. Pongamos por caso el “dolor”, que es independiente de toda creencia, deseo, actitud o acuerdo; pero si el dolor existe, es porque es sentido por alguien, mientras que las montañas, la lluvia, las erupciones volcánicas o los terremotos son *ontológicamente objetivos* debido a que *su modo de existencia es independiente de cualquier perceptor o de cualquier estado mental* (Searle, 1997: 27).

La realidad es compleja. Las distinciones que hemos hecho poseen cruces entre sí. Podríamos pensar en *juicios epistémicamente subjetivos* de *hechos ontológicamente objetivos*, como “la aurora boreal es más hermosa que la austral”, siendo las auroras boreal y austral hechos *ontológicamente objetivos*, a los que se les aplica un juicio *epistémicamente subjetivo*. En cambio, el enunciado “me duele mi pie” es *epistémicamente objetivo*, ya que no depende de opiniones o actitudes –cualquiera que haya sentido dolor y no sea un faquir puede comprender esto–, mientras que es un *hecho ontológicamente subjetivo*, *pues el fenómeno mismo, el dolor real, posee un modo subjetivo de existencia* (Searle, 1997: 27).

Pero ¿cómo se relaciona la objetividad con la intencionalidad? Utilizaré el ejemplo que propone Searle sobre un desarmador. Dicho desarmador es un objeto *ontológicamente subjetivo* en el sentido de que “para ser lo que es” requiere de los sujetos. Necesita que los usuarios y/u observadores le otorguen una *intencionalidad* de uso para cumplir la función acorde a lo que fue diseñado. Si nadie pensara que tal objeto es un desarmador y que sirve básicamente para poner o quitar tornillos, no podría ser usado y por lo tanto no podría llevar a cabo su función. El objeto *es* porque la gente lo ve como, lo usa como y lo construye con el objetivo de ser un desarmador; le ha sido asignado intencionalmente un uso. Por otra parte, podemos decir que por más que mi actitud personal sea la de tratar a este desarmador como un martillo, que mis sentimientos hacia él rayen en el fetiche o que prefiera llamarlo “Jimmy”, lo cierto es que seguirá siendo nombrado y reconocido colectivamente como un “desarmador”; ya posee una intencionalidad colectiva. De ahí que si alguien menciona el nombre de esa

herramienta, podamos entender de qué se habla. Se convirtió en un *hecho objetivo*, epistémicamente hablando. Esto es sólo el corolario del concepto de *asignación de una Función-Status*, que iremos atendiendo en las próximas páginas. Pero antes es menester aclarar una distinción más.

### *2.3.2 Fenómenos Independientes de la mente y fenómenos relativos a la intencionalidad*

Existen muchos fenómenos que son mentales: las creencias, deseos, miedos y esperanzas. E intuitivamente sabemos que también hay fenómenos que son totalmente independientes de mente: las montañas, ríos, moléculas y demás. Pero aparte de estas categorías tan usadas, hay algunos fenómenos que no están ubicados en nuestras mentes, pero que dependen de nuestras actitudes. Por ejemplo, el dinero, la propiedad, el gobierno o los matrimonios. Todos ellos son *hechos institucionales*. En el libro *The Construction of Social Reality*, Searle llamó a estos fenómenos “relativos al observador”, pero la expresión resultó confusa, debido a que implicaba observadores externos y no siempre los hay. Entonces, a partir de *Making The Social World* prefirió Searle cambiar el término de “relativo al observador” (*observer-relative*) por el del “relativo a la intencionalidad” (*intentionality-relative*). En los hechos relativos a la intencionalidad las actitudes de la gente *no pueden añadir objetos materiales* al mundo pero *sí añadir rasgos epistémicamente objetivos*. Si faltase la actitud intencional de reconocer la autoridad de la ley, esta perdería su existencia. Pero la ley no es en sí misma un objeto físico.

En mi opinión, es necesario enfatizar la característica de *colectividad* que sustenta a los *hechos institucionales*, debido a que todos los fenómenos de la realidad institucional son relativos a la intencionalidad colectiva. La *actitud de reconocimiento y aceptación compartida de las personas con respecto a la institución es indispensable para la creación y mantenimiento de las instituciones*. Dicha actitud colectiva de tratar al dinero como dinero, de reconocer los matrimonios y la legitimidad de los gobiernos, es lo que hace que cobren su cuota de realidad. De lo contrario, sólo tendríamos fetichistas, posesivos y fanáticos aislados. Pero ¿cómo se crean los hechos institucionales?

## 2.4 *La asignación de funciones*

*“Pero ya no es el mismo diario, ahora es un montón de hojas impresas que el señor abandona en un banco de la plaza”*

**Julio Cortázar**

Existe un primer rasgo, que fue bosquejado en el ejemplo del desarmador y que es fundamental para la creación de los hechos institucionales: *la asignación (imposición) de funciones*, definida por Searle como *la capacidad que los humanos y otros animales tienen para imponer funciones a los objetos y fenómenos, tanto naturales como creados para ejecutar las funciones asignadas* (Searle, 1997: 32). El hecho de que podamos asignar una función a un objeto o fenómeno es un rasgo de la *intencionalidad*, debido a que, según Searle, *las funciones nunca son intrínsecas al mundo natural, sino relativas a la intencionalidad*.

Hay que colocar el acento en el hecho de que todas las asignaciones de funciones responden a un *sistema de valores*. Tal sistema es un marco referencial acordado, en mayor o menor medida, colectivamente, donde se encuentran los intereses, propósitos, objetivos y valores privilegiados por el grupo. Esto puede ser obvio para los objetos que creamos con propósitos claros como los pisapapeles o cafeteras, que “en el nombre llevan la penitencia”. Pero la idea se vuelve más sugerente si analizamos que incluso cuando creemos “descubrir una función de la naturaleza” lo único que hemos realizado es comprender un proceso causal. Una de las consecuencias posibles del epistemológico Realismo Externo, es que la naturaleza es ciega; no tiene propósito intrínseco de ningún tipo. Sencillamente, al igual que a los objetos artificiales, asignamos funciones a los fenómenos y objetos naturales aunque desconozcamos el propósito último por el que fueron creados. Si he logrado exponer el argumento medianamente bien, se podrá seguir la idea de que *toda función es valorativa*. Las funciones nunca son intrínsecas a la realidad; se asignan según los *intereses* de los usuarios. *Pueden ser definidas en términos de la promoción de un conjunto de valores que albergamos –vida, supervivencia, reproducción, salud-* (Searle, 1997: 35) en cuyo caso son *relativas a la intencionalidad*. Y dependiendo del éxito con que libren el cometido para el que las designamos, iremos relacionándolas con nociones calificativas de valor: bueno, malo, funcional, disfuncional, etcétera.

Vayamos a un ejemplo un tanto complejo: la mutación. Dentro de un sistema de valores ampliamente aceptado por la mayoría de las culturas humanas, se privilegia el derecho a la vida, a la supervivencia de las especies. Podría parecer, y se ha llegado a afirmar, que la función de la mutación es mejorar las características físicas de la especie, para que de esta manera pueda incrementar sus posibilidades de adaptación y su supervivencia. Pero lo cierto es que la mutación es un azar biológico. En la mayoría de las ocasiones las mutaciones no resultan útiles para el propósito de la adaptación y la supervivencia. Si una mutación consigue consolidarse como una ventaja adaptativa para la especie, esto dependerá de un proceso causal, mas no de una función planeada por la naturaleza. Imaginemos que nuestro sistema de valores privilegiara la asimetría y la aniquilación; entonces la función de la mutación sería generar deformidades y enfermedades genéticas. En cuyo caso, también llega a cumplir tal función. De aquí se sigue la idea de que...

*(...) Una función es una causa que sirve a un propósito (...) y el propósito tiene que venir de algún lado; en este caso, proviene de los seres humanos*  
(Searle, 2010: 59).

De hecho, aunque el objeto o el fenómeno fracasen constantemente en su cometido, seguirá siendo definido como “funcional”. Cuando yo era niño mi familia tenía un viejo automóvil. La función básica de los automóviles es servir como medio de transporte y esto era verdad para ese cacharro que raramente conseguía avanzar más allá de unas cuantas cuerdas. En términos lógicos, la fórmula de las funciones es la siguiente: *Siempre que la función de X (automóvil) sea hacer Y (servir como medio de transporte), entonces se supone que será causa, o de algún modo, resultara ser Y* (Searle, 1997: 37). Incluso, en los casos en que X fracase continuamente en valer, hacer o representar Y, seguirá sosteniéndose que *X tiene la función de Y*. Lo único que cambia es, de acuerdo con nuestro marco valorativo, que *X puede no funcionar, funcionar o ser disfuncional*.



### 2.4.1 *Funciones agentivas y funciones no agentivas*

Cuando agentes conscientes crean objetos, les asignan funciones que responden a sus propósitos inmediatos —en realidad me es difícil imaginar si existe otro motivo para crear—. El propósito para el que están diseñados objetos como libreros, bañeras, escaleras o rasuradoras, es fácilmente identificable. También sucede que se utilizan objetos creados por la naturaleza para satisfacer ciertos propósitos: “este árbol representa a nuestros antepasados”, “esta piedra es mi pisapapeles”, “la albaca funciona muy bien para dar mejor sabor a la pasta”. Como dejan ver los ejemplos, los propósitos pueden ser prácticos, estéticos, religiosos, gastronómicos, o cualesquiera otros. Pero dichos objetos requieren de la intencionalidad continua de los agentes para no perder su función. Las herramientas de la era paleolítica que se han encontrado hasta ahora han perdido su función; ya no son usadas por nadie y sólo por un gran esfuerzo intelectual creemos entender *para qué eran útiles*. O tal vez en un rincón olvidado de su casa pueda encontrar un *beeper* —el aparato localizador que fuera popular en la última década del siglo XX—; ese objeto ha perdido la intencionalidad de los usuarios para que sirva como un localizador; ya no *funciona*.

Por otra parte, en situaciones complejas podemos encontrar objetos o fenómenos que necesitan de la intencionalidad de los usuarios para desempeñar su función específica, no obstante puedan pasar desapercibidos. Es el caso de las computadoras, donde todas sus piezas son parte del funcionamiento de la misma, pero a menos que seamos especialistas, quisquillosos o las piezas fallen, no prestaremos atención a cada una por separado; sólo a su resultado en conjunto. ¿Cuántos usuarios promedio sabemos con certeza la función del procesador? Sin embargo, de todos los objetos, artificiales o naturales, que satisfacen un propósito de uso asignado por agentes, podemos decir que su función no es descubierta y que no ocurre naturalmente, *puesto que todas estas funciones constituyen casos de usos que los agentes dan intencionalmente a los objetos* (Searle, 1997: 38). A este tipo de funciones Searle las nombra *funciones agentivas*.

No obstante, *algunas funciones no se imponen a objetos con propósitos prácticos, sino que se asignan a objetos y procesos que se dan naturalmente como*

*parte de una explicación teórica del fenómeno en cuestión* (Searle, 1997: 38). No requieren de intencionalidad alguna de los agentes y de hecho, siguen cumpliendo su función sin requerir esfuerzo alguno de los mismos, por lo que; *no podemos cambiarles el uso, sólo la explicación*. Este tipo de funciones son llamadas por el autor *funciones no agentivas*. Como sabemos, los corazones bombean sangre y una explicación que pudiese ser adecuada dentro de nuestro contexto propondría los corazones funcionan para bombear sangre e irrigarla por todo el organismo, manteniéndolo con vida. La función *de bombear sangre para mantener con vida al organismo* se encuentra dentro de un sistema de valores que privilegia la vida y la supervivencia. Aunque en realidad se trata sólo de un proceso causal. Un marco de referencia distinto podría decir que la función del corazón es otra. Pero no podrá cambiar el uso y el hecho de que *los corazones bombean sangre*.

Es difícil marcar una línea tajante entre las funciones agentivas y las no agentivas. En ocasiones una función agentiva puede reemplazar a una no agentiva, como es el caso de los órganos artificiales. O si pensamos en las estrellas y su uso para la cartografía, la astronomía e incluso la astrología, podría discutirse si las estrellas poseen una función agentiva o no agentiva, pero en general podemos distinguirlas por medio de la necesidad que tengan de la intencionalidad continuada de los usuarios para llevar a cabo su uso. Sí la requieren, serán *funciones agentivas*, pero si siguen funcionando sin requerir ningún esfuerzo de nuestra parte, serán identificadas como *funciones no agentivas*.

#### *2.4.2 De la intencionalidad colectiva a los hechos institucionales*

Avanzando dentro de la taxonomía jerárquica de la realidad social e institucional propuesta por Searle, recordemos que nuestro autor define *hecho social* como todo hecho que entraña una intencionalidad colectiva, siendo los *hechos institucionales* una subclase de hechos sociales que asignan funciones agentivas que habilitan o restringen capacidades sociales a objetos, personas o eventos. Así, la cacería de un ñu por una jauría de hienas o la aprobación por el Congreso Mexicano de la Reforma Energética propuesta por el Ejecutivo son hechos sociales. Pero sólo el segundo es un hecho institucional; la cacería de hienas no.

Los animales también son capaces de imponer funciones agentivas a los objetos. Muchas especies de primates utilizan piedras o palitos como herramientas que les facilitan la extracción de comida. Incluso son capaces de enseñar las asignaciones de función de una generación a otra. Pero el siguiente paso en la taxonomía es, a mi parecer, el que encierra todo “el truco” para seguir la línea continua de la construcción de la realidad institucional humana dentro de la realidad física y su distanciamiento con la de otras formas de vida, *porque implica la imposición colectiva de funciones a objetos en circunstancias en las que la función asignada al objeto no puede cumplirse meramente en virtud de los rasgos físicos intrínsecos al objeto* (Searle, 1997: 56).

En el apartado anterior se habló de cómo agentes conscientes asignan funciones a objetos y personas; *el paso siguiente consiste en la introducción de funciones agentivas de tipo colectivo* (Searle, 1997: 56). Si tenemos un agente consciente capaz de tomar un objeto físico y utilizarlo como una silla y sentarse en él, es fácil imaginar a un grupo de agentes que tomen un objeto de mayor tamaño y decidan utilizarlo como banca para poder sentarse todos. *La intencionalidad colectiva puede asignar funciones agentivas tan fácilmente como la intencionalidad individual* (Searle, 1997: 56).

### 2.4.3 Asignación de Función-Status

Quizá la característica más importante de las *funciones agentivas* es su capacidad para *representar* o de *valer por objetos o estados de cosas que son independientes de ellas* (Searle, 1997: 39). La decisión de utilizar un objeto como banca puede depender sólo de sus características físicas, pero aquí hablaremos de objetos que son capaces de cumplir su función sólo merced del acuerdo y reconocimiento colectivo. La argumentación de Searle trata extensamente de una clase especial de funciones, que son las *funciones-status* (*status-functions*).

Como todas las funciones, las funciones-status son relativas a la intencionalidad, pero la intencionalidad de la que dependen para ser creadas y mantenerse es la intencionalidad colectiva. Las funciones-status son asignadas y efectuadas sólo en virtud del acuerdo colectivo, no siendo dependientes de la estructura física del objeto – los presidentes no parecen tener cualidades físicas excepcionales–. Searle se refiere a las

funciones-status como algo que es en cierto sentido *simbólico*, porque el objeto físico que las porta cumple la función de indicar algo que va más allá de sí mismo, adquiriendo un status nuevo ligado a esa función. Huelga decir que los objetos que tienen una función-status asignada necesitan del reconocimiento colectivo continuado de que dicho objeto en realidad posee un status especial al que va vinculada la función. La función está siempre íntimamente ligada con el status en el sentido que no podría tener el status si no tuviera esa función (Searle, 1997: 101).<sup>3</sup> De modo que sin el reconocimiento de tal status no se podría efectuar la función. Y sin la posibilidad de efectuar dicha función, entonces no se posee el status.

Hay casos extremos donde:

(...) la función-status puede vincularse a una entidad cuya estructura física está relacionada de un modo meramente arbitrario con el cumplimiento de la función (Searle, 1997: 59).

Cuando acontece un crimen en la calle, el procedimiento general de los investigadores policíacos es el de acordonar el área con cintas plásticas de color amarillo. Esas cintas *funcionan* como una barrera que impide el paso a toda persona no autorizada. Pero si nos detenemos a pensar ¿porqué un pedazo de plástico flexible, delgado y de no más de tres pulgadas de ancho es capaz de detener mi avance? no encontraremos una respuesta completa, merced a su constitución física. Lo que sucede es que a dicha cinta se le ha asignado un nuevo status: *el estatus de un marcador de restricción de paso*.

Situaciones con niños son muy buenas para detectar objetos a los que se les ha asignado una función-status que resulta arbitraria con relación a su estructura física. Retomando el ejemplo de la cinta restrictiva para áreas de investigación, recuerdo haber estado en una escena acordonada con dicha cinta y haber escuchado una escena educativa entre una madre y su hijo. La madre decía al niño que no podía pasar porque ahí estaba la cinta y su hijo argumentaba que eso no era ningún problema; él podía pasar por abajo o incluso cortarla con los dedos. La respuesta de la madre fue tajante; “no hijo, no puedes”. Lo que subyace en el diálogo es la existencia de una función-status

---

<sup>3</sup> A raíz de esta afirmación de Searle es que decidí traducir *status function* como funciones-status, para resaltar la ligadura entre ambos términos.

asignada a la cinta que no podría cumplir sólo merced a su estructura física –como bien señaló el niño– y que posee reconocimiento colectivo de las personas, por lo que es vista como una barrera legítima que impide el paso –situación aclarada al niño por la madre.

Por lo tanto, una característica de la imposición intencional de una función-status es su necesidad de ser compartibles y entendibles con y por los demás, sin importar que el proceso original que da pie a la imposición de función sea desconocido por la mayoría. Por ejemplo, el concepto de dinero –donde pedazos de papel, metal o marcas sobre cintas magnéticas representan un valor de intercambio– puede no ser comprensible en su totalidad para la mayoría de las personas –pienso en todo el proceso macroeconómico que se requiere para que cada Estado-Nación imprima su moneda y el valor que ésta tomará frente a la economía mundial y demás–. Pero sabemos, de una u otra forma, cómo utilizarlo dentro de nuestra vida cotidiana. Su función es comprensible y compartida. De lo contrario, el dinero no funcionaría.

Como ya se ha repetido en varias ocasiones, las asignaciones de función-status requieren para su realización de una forma específica de intencionalidad colectiva; de la *aceptación* o *reconocimiento* colectivo de que la persona o el objeto posee la función asignada y el status que va ligada a la misma. Pero es necesario comentar que en escritos anteriores a *Making The Social World*, Searle tendió a enfatizar la *aceptación* colectiva. Algunos comentaristas, especialmente Jennifer Hudin, hicieron notar que ella implicaba aprobación (*approval*) y esto no siempre sucede. A lo que nuestro filósofo de la mente respondió:

*La aceptación, como yo la interpreto, va desde el refrendo entusiasta al reconocimiento de mala gana, incluido el reconocimiento de que uno se encuentra sin posibilidades para hacer algo al respecto, o rechazar las instituciones en las cuales nos encontramos insertos. Entonces, para evitar el malentendido, utilizaré “reconocimiento” o a veces la disyunción “reconocimiento o aceptación” (...) Quiero enfatizar de nuevo que reconocimiento no implica aprobación. Odio, apatía e incluso desesperación son consistentes con el reconocimiento de lo cual uno odia, se encuentra apático, o desesperado por cambiar (Searle, 2010: 8).*

En suma, la asignación (imposición) de función es uno de los rasgos de la capacidad de los agentes conscientes para crear hechos institucionales. Es un fenómeno relativo a la intencionalidad y depende del sistema de valores en que se encuentren inmersos los agentes conscientes que las crean. El proceso de creación puede llegar a ser “invisible” e incomprensible para los demás, pero la función en sí misma siempre deberá ser comprensible para ser compartida y reconocida. Además, existe una subclase de las funciones agentivas que es la de *simbolizar, representar o valer por algo*. Y es este tipo de asignación de funciones la que requiere reconocimiento colectivo para poder efectuarse.

Por el momento se ha expuesto aquí, según Searle, el rasgo distintivo de la realidad social humana y por qué difiere de las sociedades animales que se conocen: la asignación colectiva de funciones simbólicas a objetos que no podrían efectuar tal función sólo en virtud de su estructura física. Cabe mencionar que no se está apelando aquí a una presunta “superioridad” del *homo sapiens sapiens*. Sencillamente, la estructura lógica de algunos fenómenos humanos es especial. Citando a nuestro autor, *si resultara que otras especies también tuvieran impuestos, elecciones presidenciales o los tribunales de divorcios, yo podría darles la bienvenida al club* (Searle, 2010: 7).

Ahora bien, ya tenemos descrita la ontología fundamental de los seres humanos que permite crear la realidad social-institucional; es decir, las capacidades cerebrales-mentales que devienen en las formas de intencionalidad e intencionalidad colectiva de los agentes conscientes y su manifestación en las asignaciones de función-status. Ahora es tiempo de decir que la función-status más famosa y asequible es el lenguaje, el cual es un conglomerado de marcas y sonidos a los que se les han impuesto intencional y colectivamente significados que puedan ser fácilmente accesibles a la conciencia. Pero esa no es su única relevancia. En realidad, resulta *el lenguaje el conjunto entero de las instituciones* (Searle, 1997: 45), porque es por medio del lenguaje que podemos crear y mantener la realidad institucional. Dedicaremos gran parte del siguiente capítulo a explicar cómo es ello posible.

### *3 Las piedras angulares del mundo social: lenguaje y compromiso*

El presente capítulo atenderá principalmente a un rasgo particular de la especie humana; rasgo que hace posible la creación y mantenimiento de la realidad social-institucional, según John R. Searle. Me refiero al tipo de lenguaje que es capaz de crear matrimonios, gobiernos e impuestos. Pero antes de ello, será necesario abordar sumariamente una distinción muy sencilla con respecto a las reglas que rigen los comportamientos sociales.

#### *3.1 Las reglas constitutivas y las reglas regulativas*

Esta distinción, originalmente esgrimida por J. Rawls en *Two Concepts of Rules* (1955), estriba en las dos maneras en que las reglas determinan la acción. Por un lado, *algunas reglas regulan actividades ya existentes* (Searle, 1997: 45), como las reglas de tránsito, donde primero existieron los carros y su tránsito por las calles y después se observó la necesidad de *regular* el flujo de vehículos por medio de reglas. Éstas son llamadas por Searle y Rawls, *reglas reguladoras*. Su forma lógica es “haz X” (“Do X”). *Sin embargo, algunas reglas no sólo regulan, sino que crean la posibilidad misma de ciertas actividades* (Searle, 1997: 45). Searle utiliza el ejemplo del ajedrez; no se trata de que las personas estuvieran moviendo pedacitos de madera sobre tableros y que para regular dicha actividad se inventara el ajedrez:

*(...) ocurre más bien que las reglas del ajedrez crean la posibilidad misma de jugar al ajedrez (...) (Este tipo de reglas son) constitutivas, (en el sentido de que) jugar al ajedrez queda en parte constituido por la actuación según esas reglas* (Searle, 1997: 45).

Si no se siguen por lo menos buena parte de las reglas constitutivas de una actividad, entonces no se está haciendo dicha actividad. La forma lógica de las reglas constitutivas es “**X cuenta como Y, en C**”. Por ejemplo, tal pieza es un alfil que se moverá así en determinado juego de ajedrez, o Enrique Peña Nieto cuenta como el Presidente

Constitucional en los Estados Unidos Mexicanos. Dado lo anterior, podemos decir que las reglas constitutivas crean posibilidades de acción al definir las. Lo que como veremos más adelante, es una declaración.

### *3.1.1 Las reglas constitutivas en la conformación de los hechos institucionales*

La potencia explicativa que Searle encontró en la locución “**X cuenta como Y en C**” estriba en su simpleza y generalización. Si bien ésta no es la única fórmula que permite crear hechos institucionales, puede decirse que es la modalidad más sencilla y que nos permite comprender a las restantes.

Desglosemos los elementos de la fórmula:

- **X**: es una entidad física –personas, objetos, marcas, sonidos o eventos–.
- “**Cuenta como**”:  *nombra un rasgo de la imposición de un status al que se vincula una función por medio de la intencionalidad colectiva, yendo el status y la función a él vinculada más allá de las funciones brutas, puramente físicas, que pueden asignarse a objetos físicos* (Searle, 1997: 61).
- **Y**: denota *algo más que los rasgos puramente físicos del objeto nombrado por el término “X”* (Searle, 1997: 61). Éste término es un ente simbólico al que se vincula una función-status reconocida socialmente, lo que implica una deontología –habilitación, obligación o restricción de capacidades sociales–. Tal función puede ser asignada de manera permanente a alguna entidad de tipo X, o existir como posibilidad de imposición para determinado conjunto de X.
- **C**: Hace referencia al contexto en el que se asigna la función-status. El presidente de un país posee esa función-status “Y” asignada para representarla en contextos específicos. Las habilitaciones que le confiere tal función-status no son válidas en todos los contextos, por ejemplo, en la alcoba con su esposa.



En otras palabras, la fórmula “X cuenta como Y en C” denota la asignación de una *función-status*, que se convierte en un “extra” de las características del objeto físico; rasgo exclusivo de los hechos y objetos institucionales. Todo el *quid* en la creación de hechos institucionales se encuentra...

*(...) En el carácter no físico, no causal de la relación entre los términos X e Y en la estructura por la cual simplemente hacemos que las cosas X cuenten como cosas Y (Searle, 1997: 62).*

No obstante, si bien en *The Construction of the Social Reality* Searle afirmó que todo hecho institucional implica la asignación de una función-status, y que estas asignaciones poseían la misma forma lógica y aplicación de las reglas constitutivas, en 2010, debido a algunas críticas que abordaremos más adelante, precisó su parecer:

*(...) aunque todas las funciones-status son hechos institucionales, no todos los hechos institucionales existen precisamente dentro de instituciones consistentes en reglas constitutivas (Searle, 2010: 23).*

Según relata Searle, *Making The Social World* es una continuación y ampliación lógica de *The Construction of Social Reality*, producto de las reflexiones personales del autor más el trabajo colectivo de críticos y comentaristas. Pero parece ser que una consideración teórica fundamental y dos casos especiales de aplicación propiciaron la decisión de escribir un nuevo libro al respecto:

*La principal diferencia entre el presente trabajo (Making the Social World) y mi anterior libro es que en ese tiempo (1995) no vi la centralidad de las Funciones-Status Declarativas (Status Function Declarations) en la creación y mantenimiento de los hechos institucionales. Entonces vi que el lenguaje es esencial para crear y mantener la realidad institucional, pero creí que la fórmula de la regla constitutiva, “X cuenta como Y en C” era suficiente para explicarlo todo. En realidad, esta fórmula es tan sólo una de las modalidades de las declaraciones que establecen funciones, pero habría más (Searle, 2010: 19).*

Por ello puede decirse que en el libro de 1995 se expuso una teoría *especial* y en el de 2010 una teoría *general* sobre la ontología social humana. Y siendo las Declaraciones un tema medular dentro de la teoría general de Searle, resulta conveniente explicar qué son ellas y cuál es su función.

### 3.2 *Funciones-Status creadas por declaraciones*

*“las palabras decidieron el curso de las acciones,  
tal como suele ocurrir en esta vida”*  
**Julio Cortázar**

En términos generales, la principal innovación teórica del libro *Making The Social World* sobre su predecesor de 1995 es introducir una nueva y fuerte propuesta teórica:

*Todos los hechos institucionales, y por lo tanto, todas las funciones-status son creadas por actos del habla del tipo que en 1975 (en “A Taxonomy of Illocutionary Acts”) bauticé como “Declaraciones” (Searle, 2010: 11).*

La mente humana, explica Searle, está habilitada para crear sistemas de representaciones simbólicas, las cuales se utilizan para ejecutar actos del habla. Hasta ahora, derivado de la naturaleza del sentido, tenemos identificados cinco y sólo cinco tipos de actos del habla o actos ilocucionarios<sup>4</sup>, que son:

- *Asertivos (Assertives)*: dicen o afirman cómo son las cosas –“el agua moja”–.
- *Directivos (Directives)*: básicamente son órdenes –“cierra la puerta”–.
- *Comisivos (Commissives)*: por los que nos comprometemos nosotros mismos a hacer cosas, ejemplo; las promesas –“vendre por ti mañana a las ocho”–.
- *Expresivos (Expressives)*: expresan nuestras emociones y actitudes –“eso me pone nervioso”–.

---

<sup>4</sup> El término “ilocucionario” o “ilocutivo” –*Illocutionary, Illocutive*– se debe a Austin (Austin, John (1962), *How To Do Things with Words*), destaca Searle en nota a pie de página.

- **Declarativos o Declaraciones** (*Declarations*): por los que hacemos que algo sea el caso, diciendo que es el caso –“Acepto ser tu novia”; “por la presente, cedo los derechos de mi obra”–.

Y con los actos del habla Declarativos es que creamos y mantenemos a la realidad institucional. Explicaremos esto.

Hay ciertos actos del habla del tipo *asertivo* o incluso *expresivo*, que representan cómo son las cosas en el mundo: “el gato está sobre la alfombra”, “la nieve es blanca”, “Sócrates es mortal” o “me siento contento”. De estos actos se dice que son verdaderos si constituyen una representación adecuada de lo que ocurre en el mundo. Searle imagina una metáfora en la que los actos del habla representativos tienen una *dirección de ajuste* (*direction of fit*), que va de la palabra al mundo. Es decir, el acto de habla representativo es verdadero si se ajusta (*fit*) al mundo y falso si no lo hace.

Pero hay muchos actos del habla cuyo asunto no es describir cómo son las cosas en el mundo. Estos actos tratan de cambiar al mundo, de hacerlo de determinada manera y lograr que él se ajuste a lo que dice el acto de habla, como es el caso de los *comisivos* y *directivos*. En estos actos se va del mundo a la palabra (*world-to-word direction of fit*); es decir, tienen su ajuste cuando el mundo cumple lo que dice la palabra. Son verdaderos cuando el mundo se hace como dicta la palabra y falsos si no lo hacen. Estamos hablando de las proposiciones que pueden ser *promesas*, *órdenes* y demás. Por ejemplo, si un policía le ordena a un automovilista “detenga el auto”, no está describiendo cómo son las cosas, sino que está buscando que *algo en la realidad cambie* por la ejecución de su acto de habla; en este caso, el que a la persona que se le ordena, detenga su auto. Y si yo hago una promesa, se espera que en el mundo suceda lo que prometí; de lo contrario, mi acto de habla habrá fallado. Será falso.

Por otra parte, existen fascinantes actos del habla que combinan las dos formas de adecuación, las dos direcciones de ajuste. Ellos cambian situaciones en el mundo y al mismo tiempo lo describen tal como es. Estos son los tipos de actos de habla que Searle bautizó como “Declaraciones”: *ellos cambian el mundo por la vía de declarar algún estado de cosas como existente, y al hacerlo, traen a la existencia ese estado de cosas* (Searle, 2010: 12). Los casos más famosos de *declaraciones* son aquellos que Austin

llamó los “enunciados preformativos” (*performative utterances*). En ellos algo se hace el caso cuando se dice explícitamente que ése es el hecho; por ejemplo, “se levanta la sesión”, “los declaro marido y mujer” o “mediante este tratado, se declara la paz”.

Lo que nos lleva a una fuerte afirmación teórica searleana:

*(...) con la importante excepción del lenguaje en sí mismo, toda la realidad institucional, y por lo tanto, en un sentido, toda la civilización humana, es creada por actos del habla que tienen la misma forma lógica que las Declaraciones. (Aunque) no todos ellos son, estrictamente hablando, Declaraciones (Searle, 2010: 12-13).*

Y a estos casos en los que los humanos creamos un hecho institucional contenido en una función-status por la vía de representarlo como existente, Searle los llama –no sin un amplio sentido de la lógica– “Declaraciones de función-status” (*Status Function Declarations*):

*Toda la realidad institucional humana es creada y mantenida en existencia por Declaraciones de funciones-status, incluyendo el caso de que no sean actos de habla en la forma explícita de las Declaraciones (Searle, 2010: 13).*

Es decir, la realidad institucional es creada y mantenida en su existencia por sets de representaciones lingüísticas que tienen la misma forma lógica que las declaraciones, describiendo y cambiando al mundo al mismo tiempo. Entonces, es necesario explicar cómo las reglas constitutivas se ajustan a ello. La forma general de creación de un hechos institucional es cuando *nosotros* (o “yoes”) Declaramos que la función de status “Y” existe. Las reglas constitutivas de la forma “X cuenta como Y en C” son lo que se puede llamar *Declaraciones Sostenidas* (*Standing Declarations*) que hacen posibles a muchas otras declaraciones que establecen funciones. La regla “X cuenta como Y en C”:

*(...) es por sí misma una Declaración de Función-Status y será aplicada en casos individuales donde no se necesite un acto independiente de*

*aceptación o reconocimiento, porque el reconocimiento ya está implícito en la aceptación de la regla* (Searle, 2010: 13).

Por ejemplo, la Constitución es una *Declaración Sostenida* que provee otros hechos institucionales: si nací dentro del territorio mexicano, cuento como un ciudadano mexicano, porque está *declarado en la Constitución*. Dado que esto es una función provista por una Declaración Sostenida, no requiere de ningún acto de reconocimiento o aceptación ulterior. La aceptación de la regla constitutiva, la cual proviene de una Constitución reconocida y aceptada, es suficiente para comprometer a los participantes de la institución a aceptar a cualquiera que haya nacido dentro del territorio mexicano como un ciudadano mexicano.

Hasta aquí la discusión refuerza el punto de que toda la realidad institucional es creada por una representación lingüística. Sin embargo, Searle afirma que:

*(...) usted no necesita de palabras reales provenientes de lenguajes existentes, pero sí necesita algún tipo de representación simbólica para que los hechos institucionales existan* (Searle, 2010: 14).

Debe notarse que se está hablando de objetos, marcas o cualquier otra clase de dispositivo simbólico, independiente de las palabras, que pueda ser un *indicador de status*, como lo son la altura del sombrero del chef o las insignias que indican grados dentro de la milicia. Hablaremos de estos indicadores a profundidad en el próximo capítulo.

El lenguaje es un gran contenedor de representaciones simbólicas, pero resulta interesante ver que la única institución humana que sí requiere obligatoriamente de palabras es el lenguaje mismo, pues para existir necesita de vocablos y no de otra cosa que palabras:

*Una vez que puede verse el poder de la Declaración para crear la realidad institucional, una realidad de gobiernos, universidades, matrimonios, propiedad privada, dinero y todo el resto de instituciones, se puede ver que*

*la realidad social tiene una estructura formal tan simple y elegante como el lenguaje usado para crearla (Searle, 2010: 16).*

Pero ¿qué estamos entendiendo por lenguaje?

### *3.3 El Lenguaje, rasgo biológico y social*

*Ese idioma que hablamos sería ininteligible sin ellos.  
“¡Ellos!” ¿Qué significa ellos? Nada. Un ruido.  
Elena Garro*

Llegamos por fin a lo que considero dos de las aportaciones más importantes de John R. Searle a la teoría social, que serán los siguientes objetivos a explicar en el presente capítulo: el primero es brindar una argumentación del lenguaje humano como algo que surge de formas prelingüísticas de intencionalidad y de bases biológicas. Segundo, explicar aquellos rasgos especiales del lenguaje humano que procuran un fundamento para toda la ontología social o realidad institucional. Puede apreciarse así que la progresión general del argumento de Searle va de la intencionalidad hacia el lenguaje y de éste a las instituciones sociales.

Uno de los detalles negativos que encuentro en la argumentación searleana es que a pesar de reconocer el origen biológico de muchos de los rasgos sociales, sólo los aborda desde una perspectiva filosófica, como también sucede con la intencionalidad y el lenguaje. Por ello me di a la tarea de utilizar nuevamente los aportes de Damasio y otros colegas suyos, para llenar ese hueco en la línea continua que va de las células vivas hasta la Web. Según Damasio, el proceso lingüístico –de simbolizar– se construye en torno a metáforas. Aquí estoy haciendo mención a las metáforas como mecanismo que sucede en nuestro cerebro para “nocionar” el mundo en la mente. Recordemos que este proceso se da creando imágenes mentales que sean análogas –o cuando menos relacionales– a lo percibido por nuestro ser. El proceso de nocionar es en sí mismo, un proceso simbólico; se crea una imagen que representa otra cosa.

La forma en que la mente puede acceder a dichas imágenes es activando las redes neuronales específicas que se estimulan al percibir situaciones comparables. Las neuronas encargadas de dicha activación son las neuronas espejo que, recordemos, son

las encargadas de realizar un proceso de simulación perceptivo, mismo del que depende la aprehensión y creación del lenguaje en la mente para facilitar la transición de la observación y la acción a la representación en general, es decir, el proceso de abstracción. La capacidad de abstracción introduce la expresión simbólica, origen del lenguaje. De nuevo, las neuronas espejo aparecen como una de las piedras angulares del mundo social.

Pero volviendo al entramado teórico-filosófico, la preocupación por el lenguaje no es originaria de Searle. Argumentaciones sobre ello se pueden observar desde Aristóteles hasta Habermas, e incluyen a Weber, Durkheim, Simmel, Foucault y Bourdieu. Pero afirma nuestro autor:

*(...) todos los filósofos de la política y sociedad que conozco, tomaron al lenguaje como algo dado. Ellos asumieron que somos animales hablantes-de lenguaje (language-speaking animals) (...) (y) los peores culpables en esta consideración son los teóricos del Contrato Social (Searle, 2010: 62).*

Estos últimos incluso pensaron a los humanos como hablantes en el estado de naturaleza. Y aunque es verdad que Habermas, Bourdieu y los demás han hablado mucho del lenguaje en sus escritos y lo han declarado muy importante para la sociedad, no parece que hayan descrito *qué es*, dando por supuesto que somos seres hablantes y comenzando sus respectivas teorías partiendo de allí.

Ante tal situación, Searle argumenta que si por “estado de naturaleza” se entiende uno en el que no había instituciones humanas, entonces *nunca* hubo estado de naturaleza, porque, según las argumentaciones previas, los humanos siempre hemos sido hablantes. Sucede que:

*(...) una vez que se tiene un lenguaje compartido, ya se tiene un contrato social; de hecho, ya se tiene una sociedad, (...) se puede tener una sociedad que tenga lenguaje pero que no tenga gobiernos, propiedad privada, o dinero. Pero no se puede tener una sociedad que tenga gobierno, propiedad privada y dinero, pero no tenga un lenguaje (Searle, 2010: 62).*

Ergo, Searle afirma que el lenguaje humano es constitutivo de la realidad institucional humana y en consecuencia, todas las instituciones humanas son esencialmente lingüísticas, por lo que sin una explicación adecuada del lenguaje no podríamos dar plena cuenta de la ontología de la realidad social. Así que continuemos por aquí.

### *3.3.1 Los rasgos del lenguaje: léxico, fonología, sintaxis y semántica*

En primer lugar, existen cuatro componentes básicos en el lenguaje humano: 1) *léxico*, que es vocabulario conque cuenta un idioma; 2) *fonológico*, que establece cómo se deben pronunciar las palabras; 3) *sintáctico*, que determina cómo deben estructurarse los enunciados y 4) *semántico*, que tiene qué ver con el significado de las palabras y fonemas. A veces se añade un quinto factor que es la *pragmática*, la cual se relaciona con el uso de los vocablos, es decir, cuándo es mejor una palabra y cuándo otra. Ante esto, Searle señala que quizá el rasgo del lenguaje humano que resulta crucial para diferenciarlo del animal es la sintaxis, que incluye tres rasgos:

- *Singularidad (discreteness)*: característica de la sintaxis que exige que las palabras sean capaces de conservar su significado. La palabra “manzana” significa lo mismo en infinitas sentencias. Aquí quiero señalar que podría haber una objeción a este rasgo; es cierto que en lenguaje “coloquial” o poético hacemos que una palabra, que ya tiene significado, represente otra cosa (metáfora), pero este nuevo significado *debe* ser referido, ó debe surgir, del original para que la metáfora tenga sentido.
- *Composicionalidad (compositionality)*: se refiere a que en el lenguaje humano “el orden de los factores sí altera el producto”. Por ejemplo; “Rodrigo ama a Lucía” no es lo mismo que “Lucia ama a Rodrigo”.
- *Generatividad (generativity)*: las reglas que componen al lenguaje permiten infinidad de variantes. No hay límite para la cantidad de enunciados que se pueden hacer con un lenguaje cualquiera y sus reglas establecidas.



Una vez establecidas las características principales del lenguaje humano, pasemos a describir la línea que va desde los rasgos biológicos primitivos de seres con capacidades cognoscitivas suficientes, al lenguaje que utilizamos actualmente.

### *3.3.2 ¿Qué características son comunes al lenguaje y a la mentalidad prelingüística?*

Para explicar esto, nuestro autor se basa en un experimento mental bastante curioso. Comencemos por suponer una especie de homínidos que no tenga lenguaje -como lo tenemos ahora- pero sí un amplio rango de capacidades intencionales prelingüísticas. Homínidos con percepción, intencionalidad, memoria de corto plazo, etcétera, que también serían capaces poseer intencionalidad colectiva y por lo tanto, de un comportamiento cooperativo. A ellos les iremos sumando características para intentar llegar a la situación actual del lenguaje. Es necesario remarcar que los pasos que se describirán hacia el lenguaje humano no son propiamente históricos ni biológicos, sino lógicos. Se parte de cuatro preguntas planteadas por Searle:

- 1) ¿Qué rasgos del lenguaje humano ya están presentes en la conciencia prelingüística?
- 2) ¿Qué rasgos del lenguaje humano faltan en la conciencia prelingüística?
- 3) ¿Qué rasgos de la conciencia aún hacen falta para llegar al lenguaje humano?
- 4) ¿Qué funciones debe desempeñar el lenguaje, una vez que se tiene conciencia prelingüística?

Estas son las respuestas.

#### *1) ¿Qué rasgos del lenguaje humano ya están presentes en la conciencia prelingüística?*

Recordemos que todos los estados mentales e intencionales, excepto la imaginación, poseen direcciones de ajuste y tienen además condiciones de satisfacción; condiciones que los hacen válidos. Por ejemplo, la realidad debe ser propiamente como la percibe el organismo que interactúa con ella, o debe hacerse como la concibe la mente que busca

modelarla, lo cual es una condición necesaria a todo lenguaje, según veremos más adelante.

Hay un elemento que tratamos vagamente al hablar de background, que es común al lenguaje humano y a las formas prelingüísticas de conciencia –ya sea de animales o de seres humanos–; *las categorías*, de las que hablaron Aristóteles y Kant. Ellas son expuestas por Searle de la siguiente manera:

*Un animal que es consciente y habilitado para vérselas con el ambiente, ya posee la categoría de **objeto**, porque puede discriminar unas cosas de otras. Por ejemplo, el animal también puede **distinguir** un árbol de otro animal y de otras características del ambiente. Este animal ya tiene las categorías de **espacio y tiempo** porque es capaz de observar objetos localizados en el espacio, y su experiencia cambia a través del tiempo (...) Además, posee la categoría de **agencia** porque puede tener la experiencia de hacer que las cosas pasen opuestas a que las cosas simplemente pasen (Searle, 2010: 67).*

Aquí hablamos de categorías y no de conceptos, porque el *animal prelingüístico* no maneja conceptos en el amplio sentido del término. A pesar de ello, esa mente “prelingüística” ya es una mente conciente y por lo tanto estructurada, siguiendo a Aristóteles, mediante categorías tales como espacio, tiempo, objeto, causa, agencia, individuo y demás, que también son rasgos del lenguaje.

## *2) ¿Qué rasgos del lenguaje humano faltan en la conciencia prelingüística?*

En el lenguaje humano los elementos sintácticos pueden ser manejados libremente, mientras que ello no ocurre en el lenguaje animal o en los estados intencionales prelingüísticos. Un gruñido no puede ser descompuesto en más elementos. En cambio, una vez que se tiene un lenguaje estructurable en sentencias, podemos manejar a voluntad sus elementos sintácticos para imaginar mil y un posibilidades de una cierta situación. Este primer rasgo *será crucial para la construcción de la civilización humana* (Searle, 2010: 68).

El segundo rasgo del lenguaje humano que falta en el pensamiento prelingüístico son representaciones que tengan una doble dirección de ajuste, las *Declaraciones*, las

cuales son casos donde el lenguaje nos habilita para crear una realidad (social) por la vía de representar tal realidad como existente (Searle, 2010: 68). Esa realidad es la institucional, de la que están imposibilitados los animales dotados de una mente prelingüística. No existe ninguna analogía prelingüística para las Declaraciones. Los animales no pueden generar matrimonios por la vía de decir “los declaro marido y mujer”. *Ningún estado intencional prelingüístico puede crear hechos en el mundo por la vía de representar tales hechos como existentes* (Searle, 2010: 69), porque el lenguaje es en sí mismo una simbolización.

### 3) *¿Qué rasgos de la conciencia aún hacen falta para llegar al lenguaje humano?*

La respuesta más modesta a esta pregunta es: un orden establecido. Si bien la sintaxis del lenguaje se encarga de brindar orden a sus términos, el lenguaje humano puede jugar para crear frases con sentido o sin él. En la mente o pensamiento prelingüístico, o por ejemplo, en la percepción, también hay un orden, pero no podemos jugar con él. Nosotros y ciertos animales vemos y percibimos la realidad con cierto orden, pero salvo que haya una patología, ese orden es inalterable para que implique sentido.

Por ejemplo, vemos los objetos reales a ciertas distancias; unos más grandes y otros más pequeños; unos más coloridos que otros; y todo ello establece pertinencias y trasfondos o contextos. La percepción de las cosas no requiere al lenguaje. Searle utiliza el ejemplo de su perro; *el cual puede ver a un ladrón, pero no puede ver que ese es un ladrón porque carece del concepto adecuado. Pero vale lo mismo, el perro puede ver que ahí hay alguien o algo* (Searle, 2010: 70). Y aunque es verdad que los distintos lenguajes humanos experimentan la realidad de diferentes maneras, *una percepción normal, como mostraron los sicólogos de la Gestalt, es típicamente la de un objeto cuyas características resaltan del fondo* (Searle, 2010: 71).

### 4) *¿Qué funciones debe desempeñar el lenguaje, una vez que se tiene conciencia prelingüística?*

Por funciones del lenguaje se entiende las que responden a la pregunta ¿para qué sirve? Y la función principal del lenguaje, es decir, aquella función sin la cual el lenguaje no sería tal, es *comunicar*. El comunicar implica un mecanismo de transmisión del estado

intencional de un ser hacia otro. Dichos estados intencionales pueden ser de cualquier tipo de los que se mencionó antes, y como característica principal tienen la de que siempre se enfocan *a algo*. Por ejemplo, que hay determinado peligro en el entorno, dada la presencia de un predador peligroso. Se comunica entonces algo tan simple como “¡peligro!”. Entonces, la comunicación es el proceso donde la mente de alguien identifica algo e intenta y logra ponerlo en las mentes de los demás a través de dispositivos simbólicos, es decir, su lenguaje.

*El más simple tipo de comunicación podría ser el caso en el cual un animal comunica información acerca del mundo por la vía de comunicar una proposición no estructurada a otro animal* (Searle, 2010: 71). Esa proposición no estructurada es un contenido proposicional sin más sintaxis que la procurada por la percepción. *Este tipo de comunicación es aparentemente muy común entre los animales. Pienso en los chillidos de advertencia, por ejemplo* (Searle, 2010: 72).

En mi opinión, hay un punto fundamental que se escapa a la argumentación de Searle en esta parte. Pienso en una particular época durante mi preparatoria donde no importaba que tan entusiasta fuese el profesor en turno; yo no recibía nada de lo que querían comunicarme. En ese momento no me encontraba “dispuesto” a recibir información de mis profesores, imposibilitando el proceso de comunicación. Recordemos que la comunicación implica una relación y, como tal, relaciona al emisor del estado intencional con el o los receptores. No basta con la intencionalidad del emisor por transmitir su contenido; también se requiere de la intencionalidad del receptor para encontrarse perceptivo ante dicha comunicación. Argumento, pues, que el proceso de comunicación, en los términos que hemos venido utilizando, puede ser entendido como una acción derivada de la intencionalidad colectiva, consistente en compartir estados intencionales mediante el intercambio de información. En mi opinión, el encontrarse sumergidos en una actitud cooperativa –de intencionalidad colectiva– constituye un rasgo fundamental para comprender la agencia de los individuos en el reconocimiento y la aceptación de las estructuras institucionales.

Volviendo a nuestro tema central, hasta aquí se ha presentado un tipo de comunicación eficaz, pero un lenguaje muy limitado que tienen prácticamente todos los

animales. Sin embargo, falta en este lenguaje el elemento lingüístico que caracteriza a los lenguajes humanos.

### 3.3.3 *La distinción entre expresión y representación*

No es lo mismo una simple *expresión* que *representación*. Mediante la expresión, trasladamos un estado mental hacia otras mentes. Si yo grito “¡ouch!”, los demás entienden que sufrí un dolor que me hizo gritar y expresarlo así. Pero si digo “llueve”, el estado mental que comunico es más que una expresión; es la representación de un estado de cosas que tiene mi mente y que logro comunicarles a los demás mediante la palabra “llueve”.

Los actos del habla puramente expresivos –a pesar de que lo hagan a través de ciertas palabras-, tales como “¡ouch!”, “¡maldición!” y demás, no son propiamente lingüísticos. Y no lo son porque todavía no *representan* nada. *Lo que queremos entender es cómo nuestros primitivos humanos podrían haber evolucionado a las representaciones lingüísticas* (Searle, 2010: 73). Aquí quiero rescatar un comentario hecho por el doctor José Hernández Prado: aunque en muchos animales hay representación como *figuración*, quizás lo que Searle quiere decir mediante *representación* es *simbolización* fonética o hablada y ulteriormente escrita, pero en rigor, la representación que aquí se plantea es una figuración mental.

Entonces, cuando aparecen las representaciones o figuraciones, es cuando se introducen las condiciones de satisfacción para el lenguaje; cuando se grita algo como “¡fuego!” resulta que ello puede ser cierto o no, real o ficticio, porque el figurarse el mundo ya es distinto que sólo expresar percepciones individuales, lo cual complejiza al lenguaje. Vayamos a este punto.

### 3.3.4 *El sentido del hablante como la imposición de condiciones de satisfacción a las condiciones de satisfacción*

El “sentido del hablante” (*speaker meaning*) es lógicamente anterior al sentido convencional de la sentencia. En otras palabras, lo que el hablante quiere decir tiene

primacía lógica sobre lo que se entiende en la sentencia. El sentido del hablante tiene tres características principales:

- 1) La imposición de ciertas condiciones de satisfacción a las condiciones de satisfacción que tiene una sentencia.
- 2) La intención que posee el hablante al proferir una sentencia.
- 3) Este sentido tiene primacía lógica, en el terreno de la comunicación, al sentido de la sentencia.

Por ejemplo, las condiciones de satisfacción de la frase “me estoy muriendo” son que efectivamente me esté muriendo. Pero yo puedo decir “me estoy muriendo” no para significar una condición de desahucio personal, sino para practicar o ejecutar una canción que en determinado momento diga “me estoy muriendo”. Aquí resalta la necesidad de imponer condiciones de satisfacción al sentido del hablante, sobre las condiciones de satisfacción del sentido convencional de la sentencia. Por lo tanto, cuando nos comunicamos el sentido del hablante puede diferir del sentido de la sentencia, pero es lógicamente anterior a este último, porque es el que motiva el mensaje.

Recordemos que *comunicar* es, propiamente, una acción intencional colectiva que transmite estados intencionales. Y eso se logra sólo si podemos transmitir tanto el sentido de la sentencia como el del hablante, introduciéndoos así dentro de la semántica que permite la comprensión de los actos de habla que van más allá de las expresiones. Me refiero a los actos del habla asertivos, directivos, comisivos y declarativos.

### ***3.3.5 Convenciones lingüísticas: palabras y sentido de la sentencia***

“-¿Y qué significa confeti?...  
La palabra produjo una feria en los ojos de Felipe Hurtado”

**Elena Garro**

La última noción a explicar es la de *convención*:

*La convención ya involucra un tipo de generalidad porque involucra la posibilidad de repetir la misma cosa una y otra vez en diferentes ocasiones* (Searle, 2010: 75).

Los hablantes pueden comunicarse con sus oyentes a través de expresiones significativas, pero ello requiere de vehículos convenidos para transmitir esos mensajes. Las palabras son vehículos del pensamiento que significan y hacen referencia a cosas y estados de cosas en el mundo, facilitando su accesibilidad a la conciencia. Cuando compartimos las palabras con otros y éstos comprenden y aceptan su significación, es cuando pueden ser utilizados como un mecanismo estandarizado que haga referencia al mismo significante para todos los miembros de un grupo.

Entonces, si el hablante profiere intencionalmente algo, tendrá qué hacerlo de la manera convencional adecuada para tener éxito en comunicarlo. Es decir, utilizando la palabra acordada para hacer referencia a determinado objeto o estado. Por ejemplo, la palabra española “perro” siempre significará perro y nos traerá a la mente la noción de un animal mamífero, cuadrúpedo, que ladra, que puede ser peludo, que es llamado “el mejor amigo del hombre” y demás características relacionadas, siendo ello válido tanto para quien lo escuche, como para quien lo profiera dentro de la comunidad de hispanohablantes.

En este nivel ya estamos muy cerca del auténtico lenguaje hablado humano, que utiliza *dispositivos repetibles* (que) *consisten típicamente en palabras y sentencias del lenguaje* (Searle, 2010: 76). Pero para llegar a un cabal lenguaje humano como lo poseemos ahora, requerimos de un elemento adicional: necesitamos una sintaxis para esos términos convencionales, que amplíe enormemente las posibilidades comunicativas y de significación.

### *3.3.6 Composicionalidad sintáctica y generatividad*

Aparte de los dispositivos terminológicos –palabras que hacen referencia a cosas y estados de cosas en el mundo– requerimos de dispositivos sintácticos que posibiliten pasar de estructuras simples a combinaciones organizadas, significativas y complejas de

palabras. Recordemos que las palabras que poseen nuestros homínidos hipotéticos, en este punto, son únicamente *nombres comunes*, tales como “perro”, “gato”, “humano”; *adjetivos* (como “grande”, “rojo”, “bonito”) y *verbos* (“correr”, “pensar”, “dormir”), proporcionados en un primer momento por sus capacidades *categorías* de objeto, espacio tiempo, distinción, agencia, etcétera.

Aunque en este punto los homínidos hipotéticos no tienen contenidos proposicionales estructurados, sí tienen una estructuración de sus percepciones, la cual – se sigue del argumento de Searle– se hereda al lenguaje. Pero no es suficiente para constituir el lenguaje humano tal y como lo conocemos, porque a pesar de que los animales tienen “ubicación de rasgos” (*feature placing*), no tienen “referencia” y “predicación”, debido a que no tienen los dispositivos simbólicos requeridos, que son tanto terminológicos como sintácticos. Desde el punto de vista del animal, su figuración lingüística podría ser sencillamente algo como “cosa-peligrosa-acercarse-hacia-yo-ahora”. Los animales no pueden descomponer sus contenidos proposicionales en componentes lingüísticos. Ahora bien, a su presintáctico “cosa-peligrosa-acercarse-hacia-yo-ahora”, añadiremos los dispositivos sintácticos para convertir esa sintaxis en “ahora mismo un depredador se está acercando hacia mí”, la cual posee ya una estructura lingüístico-sintáctica.

¿De dónde provienen tales dispositivos y estructura sintáctica? Searle no lo dice. Es claro que los dispositivos sintácticos no pueden ser deducidos de las capacidades *categorías*; no parecen existir en la naturaleza. Pero nuestro autor insinúa que son el producto evolutivo de un constante trabajo de mejorar las capacidades comunicativas de los humanos. Hemos ido sumando elementos con el paso del tiempo, que facilitan la transmisión de estados intencionales de una mente a otra.

Recapitulando, requerimos tres pasos en el camino hacia el lenguaje humano: 1) La creación del significado del hablante, el cual impone condiciones de satisfacción a las condiciones de satisfacción; 2) La creación de recursos convencionales o palabras significativas; y 3) La creación de recursos sintácticos que producen diversos órdenes lingüísticos, diferentes al orden o la sintaxis propia de la percepción de los estados de cosas reales. Los elementos 2) y 3) nos procuran, respectivamente, *términos*



*significativos y composicionalidad* sintáctica en el lenguaje humano. Pero todavía falta otra característica exclusiva de éste, que es su *generatividad*.

*No tenemos aun la generatividad, que es, la capacidad de los hablantes de producir y entender un potencialmente infinito numero de nuevas sentencias: pero es fácil añadir la generatividad a la composicionalidad por la simple adición de algunas reglas recursivas, reglas que se pueden aplican una y otra vez indefinidamente* (Searle, 2010: 79).

Con todo lo anterior, ya se comienza a bosquejar un lenguaje muy semejante al que utilizamos los humanos y que les dará a los homínidos hipotéticos la posibilidad de crear una realidad institucional de la que están excluidos los demás animales. Pero aún falta un elemento crucial.

### ***3.4 El siguiente paso: la deontología***

Pero ¿por qué con significados convencionales, composicionalidad y generatividad seguimos tan sólo “en la ruta” o “en el camino” del lenguaje humano y aún no hemos llegado hasta él? Porque todavía falta –y con todo lo anterior apenas se produce– el último de los rasgos esenciales del lenguaje del que disponemos los humanos: el hecho de que el lenguaje implica *compromisos sociales* (*social commitments*):

*Resulta, y este es a mi parecer la quintaesencia del libro* (Making The Social World), *que no sólo usamos el lenguaje; no sólo hacemos actos del habla asertivos que digan cómo son los estados de cosas. También damos órdenes, hacemos promesas, damos las gracias, pedimos disculpas y todo ello conlleva sus respectivas condiciones de satisfacción, las cuales remiten a algo que no está presente en el lenguaje limitado de los demás animales: compromiso con los demás; compromiso social* (Searle, 2010: 80).

Hay dos componentes importantes en la noción de compromiso. El primero es la noción de un proyecto-compromiso (*undertaking*) que es difícil de revertir y el segundo, la

noción de obligación. La combinación de estos dos elementos es muy apreciable, por ejemplo, en las promesas:

*Cuando yo hago una promesa, estoy sobreentendiendo que ésta no es fácilmente reversible. Pero al mismo tiempo estoy creando una obligación* (Searle, 2010: 82).

Si alguno de nuestros homínidos hipotéticos dijera “un animal viene hacia nosotros”, con ello se comprometería públicamente a que tal cosa fuera verdad, porque si no lo es puede haber consecuencias negativas para todo el grupo.

*Entonces, una vez que tenemos un lenguaje explícito (...) ya tenemos una deontología. Ya se tienen **compromisos**, en su completo sentido público, que combina irreversibilidad y obligación. (Por lo tanto) el lenguaje es la forma básica de la deontología pública y estoy afirmando que en un completo sentido, esto involucra la pública asunción de obligaciones irreversibles* (Searle, 2010: 82).

Ahora bien, todos los tipos de actos del habla implican algún grado de compromiso. No significa que todos esos actos sean, en rigor, promesas, pero todos tienen irreversibilidad y obligación en cierto grado. Dicho sea de paso, *esta es una concepción del lenguaje que contempla que todo acto del habla es sobre todo un acto público* (Searle, 2010: 83). Decimos las cosas con palabras para ponerlas en las mentes de otros; para comunicarlas, no sólo para pensarlas.

Por lo tanto, podemos cerrar el argumento con la siguiente cita de Searle:

*(...) Siguiendo la idea de sentido común de que el lenguaje pudo haber evolucionado, y de hecho ha evolucionado, de las formas prelingüísticas de la intencionalidad, encontramos entonces que el lenguaje evolucionó al proveer algo que no estaba presente en la intencionalidad prelingüística: la pública asunción de los compromisos convencionalmente codificados* (Searle, 2010: 84).

O dicho de otro modo, quien es partícipe de un lenguaje, se compromete con quienes lo comparte.

### *3.4.1 La extensión de la deontología a la realidad social: cómo el lenguaje nos habilita para crear instituciones sociales*

De modo que con términos significativos, composicionalidad, generatividad y deontología ya es muy fácil, y quizás inevitable, que comencemos a crear y construir una realidad social de hechos institucionales. Hablo de una inevitabilidad empírica y no lógica. Con nuestra capacidad para representar (ó significar, como afirma Hernández Prado): *ya se tiene la capacidad de crear una realidad por la vía de estas representaciones* (significaciones), *una realidad que consiste en representaciones* (significaciones) (Searle, 2010: 84).

Basta con decir “este es nuestro líder”, “esta es mi esposa” o “esta es mi casa” para que nos introduzcamos en un mundo de realidades que incluyen obligaciones, derechos, deberes, restricciones y demás. Nos introducimos a los ámbitos de las propiedades económicas, la institución matrimonial, las sociedades políticas, etcétera, con los que tendremos ciertos compromisos de orden deontológico. *Ya que el lenguaje no sólo describe; crea, y en parte constituye, lo que describe y crea* (Searle, 2010: 85) *al declarar*. Sería por demás mencionar que el lenguaje no crea piedras o perros, pero sí instituciones, acuerdos y cientos de fenómenos que existen sólo porque imaginamos, decidimos, creemos y nos comprometemos a que existan.

### *3.5 El (no) misterio de las Funciones-Status Declarativas*

Searle otorga un ejemplo muy simpático para ilustrar este punto: supongamos que estoy con unos amigos en un *pub*, me dirijo a la barra y ordeno tres cervezas. Regreso a mi mesa y digo: “esta es la de Juan, ésta la de Pedro y esta es la mía”. Al decir esas simples frases, he creado varios derechos, curiosamente, sin decir una sola palabra sobre ellos. Si Juan tomara la cerveza de Pedro, además de la suya, o bien tirara la mía, habría reclamaciones no inesperadas. Inclusive, para crear esos derechos, yo no tendría que decir absolutamente nada, dice Searle. Bastaría con que llegara a nuestra mesa y pusiera

una cerveza frente a Juan, otra frente a Pedro y otra frente a mí. En ambos casos, se ejemplifica cómo puede declararse una deontología con la mayor naturalidad del mundo. Por lo que:

*(...) Si la metafísica de las Funciones-Status Declarativas puede funcionar efectivamente en un bar, entonces no debe haber ningún misterio en cómo pueden funcionar en toda la vida social (Searle, 2010: 89).*

### *3.5.1 Porqué el lenguaje es especial y no sólo una institución social más*

De un modo incluso intuitivo, el lenguaje se presenta como una institución social anterior a todas las demás. Es posible imaginar sociedades humanas que carezcan de gobierno, familias y demás; pero no de un lenguaje. La propuesta de Searle es que:

*(...) Toda la realidad institucional se crea mediante declaraciones y se mantiene y continúa su existencia, mediante representaciones que funcionan como aquellas declaraciones. Pero el lenguaje en sí mismo no es creado por una declaración (Searle, 2010: 110).*

Primero, recordemos que *todos los hechos institucionales son creados y mantenidos lingüísticamente* (Searle, 2010: 93), entendiendo a lo lingüístico como una característica simbólica y haciendo que algo adquiera propiedades que vayan más allá de las justificadas por su estructura física. Por lo tanto, todos los hechos lingüísticos son en cierto sentido hechos institucionales. No obstante, Searle hace una distinción entre los hechos *lingüísticos* y los hechos institucionales *no lingüísticos*. Estos últimos son aquellos en el que ciertos hechos brutos hacen prescindibles a las palabras que podrían conformarlos como hechos institucionales. El ejemplo que dimos antes sobre las cervezas denotaba un hecho institucional no lingüístico; al poner las cervezas frente a mis amigos, les otorgué el derecho de propiedad sobre esos objetos, sin necesidad de proferir palabras.

Considero que Searle se vale de esta distinción, aunque parezca una contradicción, para argumentar que todos los hechos institucionales son lingüísticos;

incluso los que parecieran no necesitar palabras, porque al final del día, tanto los hechos lingüísticos como los hechos institucionales no lingüísticos requieren de palabras que los constituyan. Por ejemplo, una guerra puede declararse cuando un ejército ataca a otro, y aunque las acciones parezcan sobreponerse o sustituir a las palabras, requerimos de los vocablos “invasión” o “ataque” para provocar, enunciar y comunicar el hecho. O en el ejemplo de las cervezas: aunque el hecho se efectúe con lenguaje corporal y no con fonemas, si alguien preguntara por la propiedad de tal cerveza y quién se la dio, se podría explicar el hecho por medio de palabras.

Entonces, para que los hechos institucionales puedan ser lo que son se requiere tener claro qué están designando; y eso sólo puede lograrse con ayuda del lenguaje. Necesitamos tener rótulos que designen a todos los hechos institucionales. En cambio, eso no hace falta con los propios hechos lingüísticos, ya que están constituidos únicamente por palabras. Y el hecho es en sí mismo su propio rótulo; para usar la palabra “lluvia” en español, no necesitamos nada más que del uso de la palabra lluvia.

Debe notarse, además, que en los hechos institucionales no lingüísticos se requieren elementos específicos extra. Lo que necesitamos, por ejemplo, es una persona calificada para posponer la reunión, declarar la guerra, formalizar el divorcio. Se requiere aquí de una convención extra-lingüística, además de la convención lingüística que implica decir y entender que la reunión se pospone, se declara la guerra o se formaliza el divorcio. Pero, para poder efectuar todo lo anterior, también se requiere de hablantes competentes.

Por lo tanto, pueden diferenciarse a los hechos lingüísticos (HL) de los institucionales no lingüísticos (HINL) en tres aspectos concretos:

*1) Los requisitos de creación:* Los HL requieren de convenciones de lenguaje o lingüísticas y los HINL requieren de esas mismas convenciones, además de otras extralingüísticas posibles por el propio lenguaje.

*2) Los elementos constitutivos:* Los HL se crean con sólo decirlos, mientras que los HINL necesitan ser dichos en ciertas circunstancias y acompañados de determinadas acciones.

3) *Los agentes*: Los HL recurren sencillamente a hablantes competentes y los HINL a hablantes situados en cierta posición o condición social, es decir, poseedores de una asignación de función-status.

He tratado de exponer cómo, según Searle, el lenguaje es un requisito indispensable para la existencia de los hechos institucionales. Sin embargo, aún falta remarcar la relevancia que posee cierta forma de lenguaje que es perdurable en el tiempo y que incluso parece “solidificarse” dentro de la realidad institucional humana. Me refiero al lenguaje escrito.

Es con la llegada del lenguaje escrito que los hechos institucionales pueden ser mucho más variados, firmes y versátiles, porque entonces el propio lenguaje escrito se convierte en aquellas X que requieren las Y en ciertos contextos C:

*La estabilidad del lenguaje escrito posibilita la creación y existencia continuada de las funciones-status que no requieren ninguna existencia física más allá de la representación lingüística por sí misma (Searle, 2010: 115).*

Por ejemplo, un contrato escrito representa una transacción comercial aceptada. Cuando los hechos institucionales adquieren una representación *por escrito*, se convierten en una Declaración Sostenida. Siendo el lenguaje escrito un contenedor de convención y compromiso social perdurable en el tiempo, que consolida los hechos institucionales.

Resumiendo el apartado, podemos concluir que:

*(...) El lenguaje humano no es como cualquier otra institución humana, porque es la condición para que existan otros hechos institucionales, los cuales requieren de dicho lenguaje para tener lugar. En otras palabras, usamos el poder de la semántica para crear capacidades que van más allá de la semántica (Searle, 2010: 114).*

Y finalizando el capítulo dejemos como conclusión del mismo, una cita de Searle:

*Se dice que Dios pudo crear la luz diciendo “hágase la luz”. Bien, nosotros no podemos crear luz, pero tenemos una capacidad remarcadamente similar. Podemos crear fronteras, reyes y corporaciones por el simple hecho de decir algo equivalente a “¡aquí hay una frontera!” “¡El hijo mayor será el rey!” “Permítanles conformarse como una corporación” (Searle, 2010: 100).*

En el siguiente capítulo se expondrá de manera explícita y sin rodeos, la teoría general de los hechos institucionales; el cómo se gestan, mantienen y se relacionan entre sí.

## *4 La teoría general de las instituciones y los hechos institucionales*

Vivimos en un mar de hechos institucionales, que en gran medida es invisible para nosotros, dice Searle. Así como un pez no ve el agua en la que vive, el lenguaje que constituye a la realidad social-institucional llega a pasarnos desapercibido. Además, la realidad es compleja; prácticamente nada viene en un estado puro y tanto los fenómenos naturales como las instituciones humanas siempre interactúan entre sí, difuminando los sentidos de existencia de los hechos institucionales y creando una impresionante amalgama.

Por ejemplo, yo nací en una fecha que me define actualmente como **mayor de edad**; entonces, puedo obtener una **credencial de identificación oficial** ante el **IFE**, que reconoce mi **ciudadanía** y que me permite **votar** en las próximas **elecciones**. Dicha identificación oficial me habilita para ingresar en establecimientos comerciales para adultos, como un bar. Pero para poder comprar algo en ese bar, necesito ser partícipe de un **idioma** en común con el **bar tender** y así poder realizar el **intercambio comercial**. Para ello, requiero de alguna forma de **dinero**, ya sea en **efectivo** o en **crédito**, que me permita comprar mi bebida. A su vez, el mencionado *bar tender* debe ser un **empleado** que reciba un **salario** por su **jornada de trabajo**. No olvidemos que tal salario es asignado por del **administrador del bar**, que responde al **dueño** del mismo, o un conjunto de ellos, miembros de una **asociación empresarial**, que requiere de la institución de la **propiedad privada**, etcétera, etcétera.

Todas las palabras en negritas denotan hechos institucionales. Son parte del entramado de instituciones que hace posible y comprensible cada situación relacional humana. Si a dicho entramado se le presta suficiente atención, puede provocar vértigo y parecer una enorme carga imposible de llevar. Pero sucede que en la vida cotidiana se presenta como ingrátida e invisible.

Para comenzar a definir qué son los hechos institucionales es necesario no olvidar que todo hecho social implica una intencionalidad colectiva. Pero los hechos institucionales requieren de la intencionalidad colectiva, más una asignación de función-



status. Actualmente en la sociedad mexicana, salir de paseo con alguien es un hecho social porque implica intencionalidad colectiva; pero no es un hecho institucional porque no asigna ninguna función-status como la de “ser novios”.

Cierto es que todos los hechos institucionales muestran distintos grados de complejidad y características; sin embargo, poseen un rasgo en común: *deontología*. Cabe decir que también hay ciertas deontologías apartadas de hechos institucionales. Por ejemplo, el que yo me detenga a ayudar alguien necesitado en la calle. Pero en general, no hay hechos institucionales sin alguna forma de deontología codificada y reconocida. Considero, además, que por definición todas las funciones-status implican deontología, debido a que el carácter simbólico de la función-status conlleva que su existencia requiera de ciertas actitudes por parte de los agentes, hacia el objeto institucional designado con tal función, actitudes que no pueden ser justificadas por la simple estructura física del objeto en cuestión. Entonces, el test para saber qué es una institución será la pregunta:

*¿El rótulo que designa al hecho trae consigo la asignación de funciones nuevas, como derechos y responsabilidades (deontología), que puedan ser cumplidas sólo si se da una aceptación (y/o reconocimiento colectivo) de la función? (Searle, 1997: 101).*

Así encontramos que la Iglesia Católica es una institución, pero la religión, en general, no lo es –sino tan sólo un hecho institucional–; que el CONACYT es una institución, pero que no lo es la ciencia; que la propiedad privada es en sí misma una institución, pero que un simple carro no lo es. Que las palabras canciller, marido, presidente y policía hacen referencia a asignaciones de función-status que conllevan una deontología; pero “celebridad” no. Acotando la idea, podemos decir que los hechos institucionales pueden ser vistos como un set de equivalencias e implicaciones lógicas:

***Hechos Institucionales*** = *Funciones-Status* → *Capacidades deónticas* → *razones independientes de deseos para la acción*. En palabras simples, todos los hechos institucionales son funciones-status que implican capacidades deónticas, y las capacidades deónticas siempre proveen razones independientes de deseos para la acción (Searle, 2010: 23).

Ya se ha definido a las funciones-status, y he mencionado implícitamente lo que es la deontología. Pero para continuar, es conveniente brindar un acercamiento más explícito a las posibilidades que brindan las capacidades deónticas y las razones independientes de deseos para la acción:

- *Capacidades deónticas:* para Searle, todas las funciones-status, sin excepción, acarrearán “poderes deónticos” ó “capacidades deónticas” (*deontic powers*). Al hablar de deontología nos referimos al poder de habilitar o restringir capacidades sociales, que pueden expresarse en derechos, obligaciones, requerimientos, permisos, autorizaciones y demás. Existen capacidades deónticas *positivas* –como los derechos–, y *negativas* –como las obligaciones–; capacidades deónticas *condicionadas*, cómo el poder votar dentro de las elecciones internas de un partido si se está adscrito a este y capacidades deónticas *disyuntivas*, como la capacidad de poder registrarse en un partido o en otro.
- *Razones independientes de deseos para la acción:* escribe Searle que *las funciones-status con capacidades deónticas procuran el cemento (the glue) que mantiene cohesionada a la civilización humana. Y una vez reconocidas, ellas nos procuran razones para actuar, que son independientes de nuestras inclinaciones y deseos* (Searle, 2010: 9). En otras palabras, hablamos del *compromiso* que tenemos hacia las instituciones y, por lo tanto, *hacia* los demás miembros de la colectividad. Cada función-status acarrea derechos y obligaciones, que valen tanto para quien recibe el status, como para quien interactúa con él. Más adelante ahondaremos en este punto.

Cuando los hechos institucionales se consolidan como un mecanismo estandarizado, es cuando podemos hablar de instituciones. Por lo que en *The Construction of Social Reality* Searle afirmó que todos los hechos institucionales ocurrían dentro de instituciones. Pero para el libro de 2010 nuestro autor se dio cuenta de que existen hechos institucionales que surgen a partir de *la red institucional*, sin pertenecer a una institución específica. Por ejemplo, cuando se presenta una crisis económica, que generalmente es producto de una intrincada interacción de instituciones económicas, políticas e incluso culturales, ésta puede convertirse en un hecho institucional, pero sólo

bajo la condición de que conlleve una deontología. Por ejemplo, que un Estado declare que en situación crisis bajará las tasas de interés. La crisis económica en este caso, a pesar de haber surgido de la red institucional y no de una institución específica, se convertirá en un hecho institucional, al adquirir una función-status que acarrea la obligación de bajar las tasas de interés.

Entonces, de acuerdo con Searle, todas las instituciones son un mecanismo estandarizado de asignación de funciones-status que implican capacidades deónticas por medio de reglas constitutivas expresadas en procesos lingüísticos. Son una muestra de la intencionalidad colectiva de los humanos dotada de cierta estabilidad y plasmada en hechos institucionales, de tal modo que no puede haber una institución que no presente hechos institucionales, aunque sí puede haber hechos institucionales sin una institución específica.

Y dado todo esto ¿para qué sirven las instituciones y los hechos institucionales?

#### *4.1 La función de las instituciones*

Las instituciones humanas son variadísimas y abarcan terrenos religiosos hasta de los estados-nación y desde los equipos deportivos hasta las grandes corporaciones. Si nos preguntamos cuántos tipos de hechos institucionales puede haber, Searle nos propone virar la pregunta hacia ¿qué clases de capacidad podríamos crear por acuerdo colectivo? Las instituciones son creadas por medio de la imaginación humana y las volvemos hechos objetivos-epistémicos al aceptarlas colectivamente como existentes. Obviamente, no podemos incrementar la fuerza muscular de los atletas, ni cambiar en modo alguno las características ontológicas de la realidad con sólo acordarlo. Cuando imponemos una función-status, imponemos sólo aquello que es posible imponer por medio del acuerdo colectivo. En otras palabras:

*La creación de los hechos institucionales consiste en imponer una función-status a una entidad que no tenía previamente esa función-status. En general la creación de una función-status consiste en conferir algún tipo de **capacidad** nueva (Searle, 1995: 108).*

Entonces, las instituciones provienen de las funciones-status que se imponen a manera de reglas constitutivas, debido a lo cual es lógico pensar que las instituciones y los hechos institucionales crean la posibilidad de ciertas actividades, siendo ello un elemento definitorio de las instituciones, según Searle. Y así:

*(...) Las instituciones son estructuras habilitadoras que incrementan las capacidades sociales humanas en muchas maneras. Algunos teóricos sociales han visto a los hechos institucionales como esencialmente restrictivos. Ese es un gran error (Searle, 2010: 105).*

De cualquier forma, el autor reconoce que las instituciones más que restrictivas –como las pensara Durkheim– son condicionales; tú no puedes ser presidente si no eres elegido antes; no puedes gastar honradamente dinero si no lo tienes: no puedes anotar un gol válido si estas fuera de lugar, etcétera. Pero todas las instituciones incrementan las capacidades sociales, otorgando a los humanos una deontología en virtud de las capacidades sociales que designan tales hechos institucionales. Recordemos que las capacidades deónticas se relacionan con verbos como “deber”, “poder”, “autorizar”, “legitimar” o “prohibir”. Por ello las instituciones son entes simbólicos que posibilitan o acotan cierto tipo de acciones, característica heredada de la conjunción de las reglas constitutivas con la asignación de función-status declarativa.

#### *4.1.1 Las instituciones son acerca de personas*

Durkheim escribió que resultaba prudente tratar a los *hechos sociales como cosas*. Intentó un ejercicio metodológico que emparentara a la entonces naciente sociología con el prestigio de las ciencias naturales. Pero a un siglo de distancia, Searle reinterpreta esta postura aludiendo a la gramática de las frases nominales que designan a los objetos sociales. Los gobiernos, los contratos o los billetes de veinte pesos no son objetos en el mismo sentido que lo son las piedras, las moléculas o los planetas:

*Los objetos sociales están siempre constituidos por hechos sociales; y en cierto sentido el objeto no es sino la posibilidad continuada de la actividad* (Searle, 1997: 54).

Los objetos sociales responden a *funciones agentivas* y fuera del cumplimiento de dichas funciones realmente nos interesan muy poco. Resulta necesario entender que *la entera operación de las funciones agentivas y de la intencionalidad colectiva es un asunto de actividades en curso y de creación de la posibilidad de más actividades en curso* (Searle, 1997: 71). Es decir, los objetos institucionales sirven de “plaza” para que se desarrollen en ellos las posibilidades de acción que brindan. El diploma que el cirujano certificado cuelga en el muro de su consultorio no es sino la posibilidad continuada de ejercer su profesión. Aparte de mostrarlo cuando se requiere o cuando así lo desea alguien para dejar patente su status, el diploma en la pared es tan útil como una litografía de Andy Warhol.

Reafirmando el punto, mientras hablábamos de la *asignación de status* hicimos hincapié en el hecho de que al imponer un status a ciertos objetos, dichos objetos no cambiarán en su estructura física; lo que ocurre es que a un viejo objeto se le designó una nueva función que se manifiesta sólo cuando ejerce dicha función acorde con su status. Es por ello que a diferencia de los objetos físicos que se desgastan con el uso, *el uso continuado no desgasta las instituciones, sino que cada uso de la institución significa, en cierto sentido, una renovación de la misma* (Searle, 1997: 73). Cada vez que llevamos a cumplimiento una función-status, estamos representando un refrendo a la intencionalidad colectiva de los usuarios. *Una expresión renovada del compromiso de los usuarios con la institución* (Searle, 1997: 74). De aquí se sigue la primacía de los actos y los procesos sociales sobre los objetos sociales.

He utilizado el término genérico de “objeto” para definir cualquier entidad a la que se le asigne una función-status. Pero espero que quede suficientemente claro que las funciones-status pueden imponerse a distintas categorías ontológicas de fenómenos: personas (presidentes de reunión, esposas, sacerdotes, psicoanalistas); objetos (sentencias, billetes de veinte pesos, marcas, sonidos); y acontecimientos (elecciones, bodas, fiestas de sociedad, guerras, touchdowns). La categoría de *personas* es la que resulta fundamental, debido a que los objetos y los acontecimientos institucionales sólo

funcionan en relación con las personas o grupos de personas. El billete de veinte pesos no vale tanto como objeto, sino en cuanto el poseedor del billete tiene ahora el poder de gastar el valor nominal del billete. Esto apunta, según Searle, a que:

*(...) El contenido de la intencionalidad colectiva en la imposición de la función-status será típicamente que algún sujeto humano, singular o plural, tenga alguna capacidad, positiva o negativa, condicional o categórica* (Searle, 1995: 110).

En los casos en que la función-status declarativa se asigna a una persona, será ésta quien adquiera la capacidad de hacer algo que antes no podía hacer. Cuando se es declarado presidente de un país es posible tomar decisiones sobre rubros públicos que, previamente a la designación, era algo imposible. O cuando se asigna una *libertad condicional* se prohíben ciertas acciones y se deben cumplir otras. En el caso de que la función-status recaiga sobre un objeto, será el usuario del mismo quien pueda utilizar el poder conferido al objeto, como las capacidades que confieren los pasaportes o el dinero. En conclusión, según ya se ha dicho, la creación de hechos institucionales confiere capacidades deónticas a un objeto, persona o evento, cuando lo designa con la función-status “Y”.

Esto es válido incluso para los hechos institucionales que entrañan un *status puro*, es decir, que parecieran no designar ninguna función. Aquí hablamos de status meramente honoríficos. Llega a pensarse que recibir una medalla, un trofeo, un reconocimiento o una amonestación no conlleva ninguna función, derecho o responsabilidad codificada, pero (...) *todo hecho institucional, por definición, conlleva una deontología, sin importar lo limitada o pequeña que esta pueda ser* (Searle, 2010: 24). Incluso un nombramiento honorario puede llevar implícita la obligación de comportarse de cierta manera o mantener ciertas actitudes.

Ahora bien, los hechos institucionales son acerca de las relaciones entre las personas e incrementan sus capacidades sociales. Pero ¿qué es lo que permite la implementación y permanencia de las instituciones?

## 4.2 *El mantenimiento de la realidad institucional: deontología, libertad y poder*

*Fácilmente aceptamos la realidad,  
acaso porque intuimos que nada es real.*  
**Jorge Luis Borges**

Aunque resulta claro que Borges no se refería a la realidad ontológica, sí intuía la característica principal de la realidad institucional. Como premisa, podemos establecer que los elementos cruciales para el mantenimiento de la realidad institucional son la aceptación y el reconocimiento de la misma. Y al hacerlo colectivamente es como la convertimos en real. Además, según nuestro filósofo del lenguaje, realizamos este proceso por medio de las declaraciones, que al mismo tiempo que son capaces de crear la realidad institucional, también pueden sostenerla:

*(...) Queda razonablemente claro que la creación de las funciones-status es por la vía de las Funciones-Status Declarativas. Y es menos obvio, pero creo que es verdad, que la existencia continuada de las funciones-status requiere representaciones que funcionen como Funciones-Status Declarativas ¿Por qué? Las instituciones y los hechos institucionales dentro de las instituciones requieren un reconocimiento continuado o una aceptación, porque ellos existen tanto como sean reconocidos o aceptados (Searle, 2010: 103).*

Dicha aceptación, recordemos, puede ir desde el respaldo entusiasta hasta el reconocimiento resignado o renuente. Además, las instituciones no se gastan con su uso como las camisas o los zapatos. Al contrario, ese uso las revitaliza. Es un tipo de uso especial que requiere de actos del habla y que precisamente reconstituye a los hechos institucionales, haciendo importantes a las palabras mismas que son cultivadas o rechazadas para reafirmar o debilitar hechos institucionales e instituciones. *El continuo uso del vocabulario mantiene y refuerza la existencia de las funciones-status* (Searle, 2010: 104). A las frases; “Juan es nuestro líder” o “ésta es la frontera entre México y Estados Unidos”, subyacen las expresiones; “seguimos reconociendo que Juan es nuestro líder” y “seguimos reconociendo que ésta es la frontera entre México y los EUA”.

Por otra parte, cuando una institución va perdiendo reconocimiento es cuando podemos decir que se desgasta. Y junto con ella lo hacen ciertas palabras: el sentido de llamarse “camarada (továrishch)” dentro de las repúblicas de la extinta Unión Soviética o “hermano (gēgē)” en la China Maoísta, murieron con su contexto. Eran términos enfocados a sostener la cohesión social dentro de los gobiernos comunistas, pero al terminarse ambos regímenes, los términos perdieron vigencia y sentido.

Entonces el éxito de una institución o de un hecho institucional depende de su aprobación o reconocimiento colectivo. Enfatizamos que el compromiso y la aceptación son características derivadas de la intencionalidad colectiva que, recordemos, es la capacidad de ciertas especies animales de involucrarse en una actitud cooperativa. De modo tal que si acepto y me comprometo con una institución y sus consecuencias, de alguna u otra forma estoy cooperando con los demás. Por ello no es válido pensar que el sistema de aceptación dependa de la fuerza, ya que es el sistema de fuerza el que depende de la aceptación y/o reconocimiento. Pensando históricamente, cuando las personas en gran número han dejado de aceptar la validez de la fuerza estatal, esta se vuelve un mero ornamento. La Revolución Francesa, el resquebrajamiento del imperio Soviético, la disolución del Estado de Albania en 1992, o en menor escala, lo que sucede durante los disturbios y linchamientos, muestran que la total efectividad en la coerción no es producto de la fuerza, sino de la aceptación colectiva del sistema de funciones-status. Y cuando esta se pierde, el aparato se colapsa.

#### *4.2.1 Racionalidad y acción*

*(...) era tan familiar para él como sus propias ropas,  
sus zapatos o su deber  
Ernest Hemingway*

Dentro de la teoría de la construcción de la realidad institucional propuesta por Searle, el punto de las razones para actuar independientes de deseos y su conexión con la deontología resulta crucial, debido a que al considerar que los seres humanos tenemos una conciencia que presenta *the gap* –ese “hueco” que existe previo a las *prior-intention* y las *intention-in-action* y que perdura durante la ejecución de éstas últimas–, se necesitan estructuras sociales que cohesionen a los agentes. No somos simples robots programables que respondan de manera unívoca a estímulos dados –aunque algunos entramados institucionales así lo deseen–. Por lo tanto, las estructuras institucionales deben ser capaces de comprometer a las conciencias individuales en un actuar común.



En la vida diaria, nos damos cuenta de que todo el tiempo estamos actuando de forma independiente de deseos. La mayoría de los días nos levantamos a trabajar, evitamos utilizar lenguaje vulgar en ciertos espacios, portamos ropa “adecuada”, pagamos lo que consumimos y en general, cumplimos con nuestras obligaciones, *tengamos o no ganas de hacerlo*. La razón para actuar es independiente de nuestros deseos al respecto.

El deseo, en lo que concierne al actuar dentro de los marcos institucionales, puede coincidir o no con la obligación. Y la noción de obligación se deriva del compromiso que tenemos con las instituciones en las que estamos inmersos. No es posible reducir dicho compromiso a un deseo previo. Sin embargo, bien puede ocurrir en la vida real que la obligación o su reconocimiento no se impongan a los deseos que motivan acciones –dado el mencionado **gap**-. Las acciones que dependen de deseos logran superar o imponerse muchas veces a las acciones independientes de deseos entre los seres humanos. Por eso se quebrantan las leyes, hay corrupción y demás tipos de comportamiento no comunitario, situaciones que, tristemente, se presenta repetidas veces en México. Pero en general, si hablamos de un sistema institucional más o menos estable, la tesis se sostiene. De este modo:

*La manera en que el sistema de capacidades deónticas funciona, entonces, es por la vía de la racionalidad humana. Esto se nos oculta por el hecho de que en la mayoría de los casos nosotros no pensamos acerca de ello. Simplemente llevamos a cabo nuestras obligaciones diarias sin reflexionar sobre la estructura lógica subyacente. Esto viene a ser parte de nuestras disposiciones de **background**, aunque dicha estructura puede ser siempre traída al terreno de la reflexión, como estamos tratando de hacer ahora (Searle, 2010: 130).*

En la cita de Searle puede apreciarse el peso que él le da a la racionalidad humana. Pero como se vio en el capítulo 2, ésta no siempre es el motivador principal para la toma de decisiones. En su lugar, considero que uno de los mecanismos que consigue consolidar la “obligación” en los agentes es su representación lingüística. Al tornarse en vehículos del pensamiento –palabras– que pueden traerse con facilidad a la conciencia y ser compartidos por otros miembros de la comunidad en constante repetición, la obligación logra convertirse en una creencia que forma parte de nuestros estados intencionales y

*background*. En el momento en que alguien genera una imagen neuronal sobre una obligación reconocida y compartida colectivamente, esa obligación se va impregnando en nuestros marcos neuronales hasta convertirse, en algunos casos, en parte de nuestro sistema de respuestas reflejo. Frases del tipo “quedé de ir”, “estoy haciendo lo correcto”, “cumple con tu deber”, “siente los colores de tu bandera”, se van grabando en nuestros circuitos neuronales hasta convertirse en parte de nosotros. Además, podríamos añadir el efecto que producen las neuronas espejo de la empatía y el compromiso al interactuar con otros agentes que se encuentren dentro del mismo ambiente institucional. Por ello, en mi opinión, podríamos hablar de razones y respuestas reflejo independientes de los deseos para la acción.

Pero volviendo a Searle, él menciona que las nociones de compromiso y obligación, cuando son introyectadas, llegan incluso a modificar ciertas tendencias biológicas. Ejemplos límite pueden ser vistos durante la guerra, donde la supervivencia individual llega a pasar a segundo plano para muchos de los miembros de un ejército, sea éste regular o no. Y en casos menos extremos, nuestro horario extendido de actividades también brinda una buena muestra:

*Es importante enfatizar que las motivaciones deónticas organizan el tiempo de una forma que no es característica de otras especies. Nosotros compartimos con otras especies animales organizaciones temporales como los ciclos de las estaciones y la salida del sol y su puesta. Pero al crear razones independientes de deseos, los seres humanos también pueden organizar el tiempo de formas que son completamente arbitrarias. Yo puedo quedar en ver a alguien a cualquier hora del día o la noche en que ambos acordemos. Estamos engarzados en un sistema de capacidades deónticas (Searle, 2010: 130).*

El compromiso y la obligación, como su sentido lo indica, son nociones capaces de comprometernos y obligarnos con situaciones que no deseamos. Pienso en las veces en que el banco me informa que mi deuda se ha acrecentado debido a los cambios en la tasa de interés, obligándome a pagar más dinero del que tenía previsto, lo cual es algo que definitivamente no deseo, pero que tendré que aceptar. Y esto se debe a mi

compromiso con la institución financiera, el cual reconozco y acepto, aunque sea a regañadientes.

¿Por qué sucede esto? Bueno, en la argumentación que presenta Searle a este respecto (2010: 123 -132), el autor afirma que es debido a que los hechos institucionales de los seres humanos son coherentes con la racionalidad humana. Él define “la estructura de la racionalidad” desde la filosofía de la mente, pareciendo concluir que todo se reduce a un asunto de medios-fines, dando después un salto mortal hacia la importancia del compromiso. Decidí no incluir ésta parte, dadas las consideraciones que incluí en el capítulo dos sobre la importancia de las emociones en la toma de decisiones, además del proceso de empatía que conllevan las neuronas espejo. Pero para completar el argumento, recupero el ejemplo del silogismo utilizado por Searle para ejemplificar cómo los estados intencionales pueden engarzar lógicamente con la noción de obligación y compromiso.

Recordemos el silogismo clásico que propone: 1) Sócrates es humano; 2) Todos los humanos son mortales y 3) Por lo tanto, Sócrates es mortal. Atendidos a la lógica, 1 y 2 implican a 3. Si 1 y 2 son enunciados verdaderos, entonces 3 lo es también. Pero si a la lógica añadimos los estados intencionales, resulta entonces que si *creemos o deseamos* la verdad de 1 y 2, entonces estamos *obligados o comprometidos* a creer o desear la verdad de 3. Igualmente pasa con las pautas brindadas por los hechos institucionales que aceptamos. Si acepto a la institución bancaria y a las fluctuaciones financieras, entonces aceptaré que mi deuda se incrementó. Al aceptar las premisas, aceptamos las consecuencias.

Recapitulando, existen motivadores racionales, emocionales y de respuesta reflejo para la acción, que llegan a alinearse con las obligaciones y deberes. *La deontología hace posible para los seres racionales y conscientes usar las instituciones sin destruirlas* (Searle, 2010: 140). De cualquier forma, si no ha quedado claramente expuesta la forma en que el compromiso institucional permea nuestro actuar cotidiano, se atenderá este punto con mayor profundidad cuando se trate la relación entre las nociones de poder y *background*.

Hasta aquí ha quedado establecido qué son los hechos institucionales y las instituciones; para qué sirven y qué las sostiene. De este modo, podemos pasar a describir su estructura lógica, sus elementos definitorios y sus rasgos más ostensibles.

### *4.3 Estructura lógica de los hechos institucionales y las instituciones*

*Lo importante es que alguien  
debidamente autorizado  
certifique que uno probablemente existe*  
**Mario Benedetti**

Existen tres principios generales sobre los que se crea y mantiene la realidad institucional: 1) La intencionalidad colectiva (incluyendo la aceptación y el reconocimiento de la deontología); 2) La asignación de funciones; y 3) Un lenguaje suficientemente rico como para formular declaraciones que establezcan funciones-status a manera de reglas constitutivas. En este apartado se tratará de señalar con mayor precisión la vinculación entre las declaraciones y las reglas constitutivas.

En el libro de 1995, Searle argumentó que los hechos institucionales provenían de la aplicación de reglas constitutivas, bajo la simple fórmula “X cuenta como Y en C”, sin darse cuenta en aquel entonces de la falta de vinculación de dicha fórmula con los actos del habla que la hacen posible. Para percatarse de ello, la crítica de Barry Smith resultó fundamental.

#### *4.3.1 La ampliación de la fórmula: términos ‘Y’ flotantes*

Barry Smith menciona que en sociedades muy sofisticadas hay formas de imposición de funciones-status que no requieren de objetos o personas sobre los cuales imponerse,<sup>5</sup> bautizando a aquellos casos de imposición de funciones-status como “términos Y flotantes” (*freestanding<sup>6</sup> Y terms*). Es decir, se puede crear un status Y sin que exista un X concreto a quien asignarlo. Por ejemplo, en el libro de 1995, una de las afirmaciones más recurrentes era que toda institución tiene, al final de cuentas, una forma de

---

<sup>5</sup> John Searle: *From the Speech Acts to Social Reality* (2003).

<sup>6</sup> Decidí utilizar el término “flotante”, que a pesar de no ser la traducción literal para “freestanding”, representa una buena analogía para entender el concepto en español.

realización física. Se ponía el caso del dinero electrónico, que tiene su realización en las marcas magnéticas sobre los discos duros de computadora. Pero sucede que esas marcas *no son* dinero, sólo lo *representan*. De hecho, la mayor parte del dinero no existe físicamente; sólo está representado.

En cualquier caso, los términos “Y flotantes”, a pesar de no estar radicados en personas u objetos concretos, sí llegan a tener personas u objetos que los representen como válidos en determinado momento, para ejercer la *deontología* propia de la función-status. El dinero electrónico puede ser canjeado por efectivo. O en el caso de las corporaciones, ellas están constituidas por un número de personas que pueden operar en forma anónima. Aunque pareciera que “nadie es la corporación”, en determinado momento debe de existir un representante legal que tome las decisiones y existen además personas que la representan –su presidente, su consejo directivo, etcétera. Dichas personas pueden “encarnar” y hacer a nombre de la corporación todo lo que ella es capaz de hacer, siendo la corporación una “Y” flotante al no poseer una “X” específica.

No obstante, Barry Smith logró su cometido: demostró que la existencia de los términos “Y flotantes” señalan excepciones a la regla “X cuenta como Y en C” y mostró la necesidad de una fórmula que pudiese englobar al dinero electrónico o a las corporaciones. Ante tal situación, Searle propuso incorporar a las declaraciones dentro de la anterior fórmula, llegando al siguiente planteamiento:

***Nosotros (yo) hacemos el caso por Declaración que una función de status  
Y existe en C*** (Searle, 2010: 101).

Con la precisión anterior, quedan cubiertas dentro de esta nueva fórmula las asignaciones de función-status que pudieran no recaer sobre objetos concretos. No era posible establecer la fórmula general antes de abordar la estructura del lenguaje y sus consecuencias sociales. Pero ya habiendo realizado ello, podemos ver que toda asignación de función-status es dependiente de las declaraciones que las designan, sin importar que signifiquen una Y definida –como los matrimonios– o que ellas sean *Y flotantes*, como las corporaciones.

Pero ¿cómo pasamos de declarar reglas constitutivas a conformar la realidad institucional? ¿Cómo se relacionan entre sí los hechos institucionales y las instituciones? ¿Cómo podemos identificar esos hechos? ¿Qué rasgos presentan? Atendamos en primer lugar a 5 elementos lógicos que permiten la relación, conformación y comprensión de los hechos institucionales: iteración, interacción, indicadores de status, permanencia en el tiempo y codificación.

#### ***4.3.2 Iteración de las reglas constitutivas***

*Podemos imponer funciones-status a entidades a las que ya han sido impuestas funciones-status (Searle, 1997: 93).*

Una función-status que había sido creada previamente puede convertirse en un nuevo término “Y” de nivel superior. Sucede que es posible “anidar” funciones-status sobre un mismo objeto, persona o evento, convirtiéndolo en diferentes “Y”. Ejemplo; *un touchdown ocurre cuando ustedes cruzan la línea de gol con el balón en su poder en el curso de un partido* (función-status Y de nivel inferior), *y un touchdown son seis puntos* (función-status Y de nivel inferior a la que se ha asignado otra función-status Y de nivel superior) (Searle, 1997: 100), pudiendo extenderse este proceso muchísimas veces. Obtener esos seis puntos puede equivaler a ganar el juego; ganar ese juego, a obtener el campeonato; obtener el campeonato a extender el contrato de los jugadores, etcétera, etcétera. Y como consecuencia lógica *no es exagerado decir que esas iteraciones proporcionan la estructura lógica de las sociedades complejas* (Searle, 1997: 94). Puede notarse el paralelismo que existe entre *las acciones complejas* que se expusieron en el capítulo 2 de esta ICR, con la presente característica de iteración de las instituciones.

#### ***4.3.3 Interacción continuada de las iteraciones***

*(...) Un hecho institucional no puede existir aislado, sino sólo en un conjunto de relaciones sistemáticas con otros hechos (...). En cualquier situación real de la vida uno va a encontrarse en medio de un complejo de hechos institucionales interimbricados (Searle, 1997: 52-53).*

Searle afirma que la razón más obvia para que entre las varias clases de hechos institucionales existan relaciones sistémicas *es que los hechos en cuestión están diseñados precisamente para ese propósito* (Searle, 1997: 72). El dinero está concebido para valer como un medio de intercambio estandarizado en todo tipo de transacciones comerciales que involucren a la propiedad privada. La propiedad privada, a su vez, está concebida para ser un concepto válido *en* todo tipo de intereses económicos. Todos los hechos institucionales están diseñados para coexistir y relacionarse con otros hechos institucionales, formando el entramado institucional que nos brinda posibilidades de acción reguladas y un sistema de expectativas que sostienen a la realidad institucional.

Para obtener un sistema de expectativas mucho más estable, rasgo aparente de las sociedades no basadas en la fuerza bruta, se requiere que dentro de las estructuras de funciones-status iteradas, el *status* asignado traiga consigo capacidades deónticas específicas que sean reconocidas y efectuadas durante periodos de tiempo suficiente. Y ese *status* es válido también para los hechos institucionales que son creados por la conjunción de varias instituciones. Ocurre así la seguridad de su cumplimiento a la sociedad donde se desarrolla la institución. Para explicar la interacción de las iteraciones, usemos el ejemplo de los matrimonios:

*(...) hacer ciertos ruidos cuenta como proferir una **sentencia castellana**; proferir cierto tipo de sentencia castellana en ciertas circunstancias cuenta como realizar una **promesa**; realizar una promesa en ciertas circunstancias cuenta como **casarse*** (Searle, 1997: 96).

Las palabras en negrita designan hechos institucionales por sí mismos. Pero juntos crean un nuevo hecho institucional: el matrimonio, que asigna nuevas funciones-status a los individuos implicados, el *esposo* y la *esposa*, quienes ahora han adquirido nuevas capacidades deónticas. Este ejemplo permite considerar la importancia del contexto, por lo menos en tres elementos:

- 1) El lugar en donde se hace el mencionado *cierto tipo de ruidos* debe ser uno donde el castellano sea reconocido como un idioma; de lo contrario, todo podría parecer balbuceos incoherentes.

2) Tales sentencias castellanas deben tener asignado el status de declaraciones. Además, cuando llegamos al nivel de las promesas, estos actos del habla deben ser dichos en circunstancias muy específicas para ser tomados como contrato –no es lo mismo decir “Sí, acepto” frente a un juez y la familia de ambas partes de la pareja, que en el asiento trasero de un auto durante un arrebato pasional.

3) El status de los implicados: el juez debe ser un individuo investido con el status de juez para que pueda *hacer válido* al matrimonio. Y a su vez, las dos personas a casarse deben encontrarse en condiciones legales específicas que les permitan llevar a cabo su matrimonio.

Todo ello ha de ser cumplido y reconocido durante cierto periodo de tiempo, debido a que la existencia del hecho institucional depende de su condición de creado, recreado y aun no destruido. Estar casado implica soportar toda la ceremonia matrimonial, no divorciarse y no morirse mientras se está casado. Si eso se cumple, se sigue estando casado. Como podrá verse, la aceptación forma parte del contexto en que se crean y fundamentan las instituciones.

No obstante, Jonathan Friedman (en *Comment on Searle's 'Social Ontology'*, 2006) afirmó la existencia de hechos institucionales que al parecer no son materia de acuerdo, aceptación o reconocimiento colectivo. Pareciera que son “descubribles”, como es el caso de las recesiones económicas, las cuales son hechos objetivamente epistémicos aun cuando los agentes económicos no hayan acordado, deseado o incluso aceptado su existencia.

Ante tal crítica, Searle, en “*Reality and Social Construction: Reply to Friedman*” (2006), introdujo la expresión *systematic fallouts*. Ahí señaló que los hechos institucionales “descubribles” que parecieran no poseer reconocimiento, son propiamente las *consecuencias sistémicas (systematic fallouts)* del entramado de hechos institucionales –lo que al principio de este capítulo llamé la *red institucional*. Estas consecuencias heredan el reconocimiento, la aceptación y la intencionalidad colectiva del entramado de la interacción de las iteraciones institucionales. O en



términos de Searle, son las consecuencias no esperadas de un piso de hechos institucionales (*Ground-Floor Facts*) y son fenómenos muy recurrentes y estudiados en la macroeconomía. Además, son terreno de discusión importante para la sociología del riesgo. No obstante, como ya se dijo, todo hecho institucional implica capacidades deónticas que se encargan de procurar siempre razones independientes de deseos para la acción, provenientes del compromiso que se tiene al reconocer la institución. Por consiguiente, *debido a que los systematic fallouts no acarrear capacidades deónticas, no son por sí mismos hechos institucionales* (Searle, 2010: 23). Sólo son sus consecuencias fácticas, dependientes de hechos institucionales.

Regresando a la línea argumentativa, las instituciones deben tener cierta permanencia en el tiempo para sostener el sistema social de expectativas. Si las funciones-status han perdurado, se reducen las dudas con respecto a su cumplimiento presente y futuro, facilitando la aceptación y el reconocimiento hacia ellas, e incluso llegando a presentarse a los agentes como algo “dado”, que ha estado y estará presente, disminuyendo su cuestionamiento. Al convertirse en hechos epistémicamente objetivos, los hechos institucionales requieren de marcadores que los tornen visibles dentro de la realidad ontológica.

#### 4.3.4 *Indicadores de status*

*(...) De cuando en cuando asiste al movimiento de cabeza de Xavier, el gesto profesional tan ridículo cuando no se está en un consultorio y el médico no tiene puesto el guardapolvo que los sitúa en otro plano y le confiere otras potestades.*

**Julio Cortázar**

La existencia de hechos institucionales generalmente no puede ser inferida de los hechos brutos. Recordemos que una función-status asigna capacidades simbólico-sociales que no dependen de la estructura física. Es por ello que existen los *indicadores de status* que cumplen, en principio, una función epistémica: sirven para identificar a los hechos institucionales, cumpliendo el segundo papel del lenguaje en la creación y mantenimiento de la realidad institucional:<sup>7</sup> simbolizar.

---

<sup>7</sup> El primero es el de Declarar.

Comúnmente, los indicadores de status han de ser palabras. Las declaraciones son esencialmente palabras que crean la realidad misma que describen. Entonces, un presidente de sesión tiene a las palabras que lo designaron como muestra de su cargo. O bien yo puedo demostrar que me licencié en sociología, gracias a que tengo un título – palabra escrita- que así lo confirma. Aunado a ello, *algunos indicadores de status no necesitan ser explícitamente lingüísticos; es decir, no necesariamente han de ser palabras como tales* (Searle, 1997: 131). El ejemplo clásico son los anillos de boda, los uniformes o las insignias militares, que tornan aparentes las funciones-status de quienes portan dichas distinciones.

Además, pese a que los indicadores son básicamente epistémicos, ello no quiere decir que no efectúen más funciones. El hábito no hace al monje, pero lo distingue, porque simboliza una función-status y esa simbolización es, de una u otra forma, esencial para la ejecución de dicha función. En la realidad institucional, para que algo sea tiene que aparentar que lo es, dando como resultado que los indicadores de status no son sólo descriptivos, sino también constitutivos.

La función de los *indicadores de status* es la de hacer visible la posesión de las capacidades deónticas que designan las estructuras institucionales. *Los indicadores tornan aparentes los hechos institucionales* (Searle, 1997: 99), convirtiéndose en una declaración sostenida de la institución, aludiendo al reconocimiento de la misma por medio de un mecanismo estandarizado que ayuda a su permanencia a lo largo del tiempo. De este modo las escrituras certificadas de posesión de propiedad nos avalan como propietarios de una casa, evitándonos la necesidad de estar cerca de ella todo el tiempo para que nadie dude que sea nuestra.

#### 4.3.5 *La codificación*

Uno elemento lógico que debe tener todo hecho institucional es el de ser capaz de pasar la prueba de la codificación. Numerosos hechos institucionales han sido codificados explícitamente: la propiedad privada, los matrimonios, los códigos civiles, el comercio, etcétera. Es decir, podemos saber claramente cuál es la función-status que les fue impuesta y por consiguiente, cuales son sus capacidades deónticas. Pero las fiestas de

sociedad, las relaciones abiertas y demás situaciones por el estilo no parecen poseer una codificación explícita. No obstante, la posesión de status de amistad o “relación abierta” lo constituye la creencia de que posee ese status y que la posesión de dicho status está ligada a sus correspondientes funciones, por lo que las personas implicadas tendrán ciertas expectativas justificadas. Incluso tales patrones institucionales pudieran ser codificados si fuese realmente necesario, para saber si algo es una “relación abierta” o sólo una amistad pícaro. Pero, *huelga decirlo, la codificación explícita tiene su precio. Nos priva de la espontaneidad, flexibilidad e informalidad que tiene la práctica cuando no está codificada* (Searle, 1997: 101).

Ahora que conocemos la estructura y elementos lógicos de los hechos institucionales, atendamos a las formas como pueden gestarse.

#### *4.3.6 Tipo 1: la creación de un hecho institucional sin una institución: el muro en la frontera*

Existen muchos hechos institucionales que pueden evolucionar a partir de hechos físicos no institucionales. Searle utiliza como ejemplo una tribu hipotética que construiría un muro fronterizo alrededor de sus chozas, a fin de controlar el acceso y la salida de personas a la localidad. Después, aquel muro podría ir perdiendo su sentido defensivo e irse deteriorando hasta dejar como vestigio una simple línea de piedras que marcará la frontera del territorio tribal. Incluso podría darse el caso de la desaparición total de la línea de piedras, pero el reconocimiento de la línea fronteriza se mantendría, surgiendo un hecho institucional a partir de un hecho bruto:

*Para que el muro tenga una función-status de frontera no requiere ningún lenguaje escrito ni ninguna regla. En este caso, la gente involucrada impuso una función de status Y a un objeto X en el contexto C (...) Este caso, como todos los hechos institucionales, necesariamente involucra lenguaje, o al menos una forma de simbolismo* (Searle, 2010: 95).

Ha surgido la *obligación* de tomar en cuenta la línea divisoria de la aldea, algo que no entiende ni asumiría un perro, por ejemplo, quien sólo puede ser adiestrado para no

cruzar esa línea. Y esa obligación ha requerido de una declaración; una declaración que ni siquiera tiene que ser expresa ni necesita de la palabra “obligación”. Sin embargo, se han presentado actos del habla declarativos que establecieron la función-status de la línea como Y (frontera) en C (poblado) y sin ellos, no existiría el nuevo hecho institucional.

#### *4.3.7 Tipo 2: creación de un hecho institucional a partir de reglas constitutivas*

Pongamos por caso un grupo de cazadores que en determinado momento designan a uno de ellos como su líder. Entonces ese cazador vale como un líder en el contexto de la cacería, pero eso aún no es una institución. Los cazadores no tienen una institución para la designación de líderes, la cual puede venir después al generarse un mecanismo de elección, como elegir al más anciano del grupo o designar al vencedor en una prueba de valor. Este tipo de casos, llamados por Searle *ad hoc*, son simplemente ejemplos preinstitucionales. Se encuentran sometidos a la forma “X cuenta como Y en C”, pero señalan que existen pasos intermedios entre la aplicación de las reglas constitutivas y la creación de los hechos institucionales.

Las instituciones pueden ir surgiendo de reglas constitutivas que las precedan. No basta la regla constitutiva, sino que ésta tiene que haberse consolidado como un mecanismo estándar. Recordemos que elegir a un líder de cacería por una única vez, aunque sea por medio de una regla constitutiva, no es todavía una institución. En cambio, sí lo es la institución de la designación del sucesor del monarca: *el descendiente mayor contará como el nuevo rey cuando el antiguo rey muera* (Searle, 2010: 97), acompañándose a la aplicación de la regla una codificación, la permanencia en el tiempo e indicadores de status y pudiendo ser aplicada una y otra vez.

#### *4.3.8 Tipo 3: las distintas manifestaciones de las reglas constitutivas*

Los hechos institucionales poseen distintos grados de relación entre sí, complicándose de muchos modos distintos:

*La creación de una frontera por medio de una línea de piedras produce una muy simple deontología. (En cambio) la creación de una corporación produce una inmensamente compleja deontología, involucrando interrelaciones entre muchas personas (Searle, 2010: 98).*

La creación de las corporaciones involucra un sofisticado engarzamiento de reglas constitutivas que en su mayoría deben estar escritas para su establecimiento. Aquí encontramos contratos y certificados emitidos por variados tipos de instituciones, diferentes representantes legales, procesos de cesión, sucesión, etcétera. Esto permite que un sólo término Y se asigne a distintas X, según sea necesario.

Sí seguimos la terminología de la fórmula general para la imposición de funciones-status, hacemos el caso, mediante una declaración, que la función establecida Y existe en C, y atendemos a las excepciones y distintos tipos de declaración de reglas constitutivas; podemos englobar a la mayor parte de las manifestaciones de reglas constitutivas que gestan hechos institucionales en las siguientes tres fórmulas:

**Tipo 1:** *hacemos el caso, mediante declaración, que el objeto X tiene ahora la función de Y en C.* Hecho institucional típico, como la designación de un presidente ó un juez de la Suprema Corte.

**Tipo 2:** *hacemos el caso, mediante declaración, que X tendrá desde ahora la función de Y en C.* Por ejemplo, galardonar a un escritor como *Doctor Honoris Causa* ó que un tipo de papel moneda se convierta en dinero.

**Tipo 3:** *hacemos el caso, mediante declaración, que toda X que satisfaga la condición p, tendrá el estatus de la función Y en C;* El haber nacido en territorio mexicano satisface la condición “p” de ser mexicano.

Una vez que los hechos institucionales han sido establecidos, aceptados y reconocidos por un periodo de tiempo ¿qué rasgos llegan a presentar?

#### 4.3.9 Rasgos incidentales de los hechos institucionales

Searle menciona tres rasgos que podríamos calificar de aparentes e incidentales. El primero de ellos es que la creación de hechos institucionales puede ocurrir sin que los participantes sean conscientes de que están imponiendo colectivamente un valor a algo que no lo tiene de manera natural. Nos educamos en sociedades donde lo que percibimos son *objetos funcionales*. Damos por sentada la institución antes de preguntarnos: ¿es este pedazo de papel realmente dinero? Aprendemos que así es y que así funciona y punto. Recordemos que son hechos epistémicamente objetivos.

Los agentes conscientes todo el tiempo están creando y recreando las instituciones, haciéndolas evolucionar de acuerdo con la ingerencia de su propia intencionalidad individual. Sencillamente, pensamos “esto puede ser como”, “esto vale por” o “esto es dinero”:

*No es necesario que se piense “estamos imponiendo colectivamente una función a algo (que no la tendría) por sus rasgos puramente físicos”, aun cuando sea precisamente eso lo que se está haciendo (Searle, 1997: 64).*

Una situación curiosa que se presenta y que es señalada por Searle, es la de que los agentes *pueden aceptar la imposición de función simplemente a causa de una teoría emparentada, que puede incluso no ser verdadera* (Searle, 1997: 64). En la Europa medieval, se justificaba el poder del rey como proveniente de una designación divina. Lo mismo vale para las sociedades de hace siglos que para las de ahora: los agentes *pueden albergar toda clase de falsas creencias ulteriores acerca de lo que están haciendo y porqué lo están haciendo* (Searle, 1997: 64), sin afectar la consolidación y permanencia institucional.

El segundo rasgo, quizá el más irónico, es que *la posibilidad de abuso es característica de los hechos institucionales* (Searle, 1997: 65). Por ejemplo, ciertas personas que cumplen con determinadas cualificaciones en materia de derecho pueden

adquirir la función-status de abogados. Pero existen lugares, como el caso de la Plaza de Santo Domingo en la ciudad de México, donde se expenden los títulos y certificados de abogado a personas que no cumplen con las cualificaciones académicas necesarias. Ocurre la situación en que lo importante pareciera ser tener el certificado que te avale como poseedor del status y no el encontrarse cualificado para desempeñar la función. Se percibe así la posibilidad de abuso o de “trampa” y se desliga la importancia del cabal desempeño de la función con su correspondiente status. Sólo importa la obtención del status. Esto sucede cuando los hechos institucionales están tan bien establecidos, que se invierte el orden y el objeto institucional llega a primar sobre el proceso.

El siguiente rasgo incidental hace referencia a la relación entre regla y convención. *Qué puede hacer* una función-status remite a la regla, pero *quién o qué es lo que puede* obtener esa función-status es un asunto de convención.

No olvidemos que en los hechos institucionales los objetos que se seleccionan para valer por Y no requieren de una estructura física que justifique su función. Por lo tanto se requiere *convenir qué tipo de cosas pueden valer, hacer o ser vistas como tales*. Aun en los casos en que se supone que el término X es elegido porque tiene los rasgos necesarios para cumplir con las funciones del término Y —estadios deportivos, psicoanalistas, presidentes—, resulta que el término Y añade algo nuevo al término X que no poseía antes de serle impuesta la función de status. La diferencia que existe entre un plato y un psicoanalista es que el plato puede llevar a acabo su función merced de su estructura física, mientras que el psicoanalista requiere haber estudiado la carrera de medicina o de psicología con especialidad en psicoanálisis y obtener un título certificado que le confiera su status de psicoanalista.

Y es aquí donde podemos ubicar las diferencias que un mismo tipo de institución puede tener en diferentes culturas. Dada la laxitud del vínculo que existe entre las condiciones que determinan un X para que funja como Y, cada cultura puede poner el acento en cualificaciones diferentes. Por ejemplo, para obtener un permiso de conducir en Canadá es necesario ser mayor de edad, residente en el país y pasar diferentes tipos de pruebas, referentes a un conocimiento de leyes y reglamentos de tránsito, de salud, de capacidad de respuesta y obviamente de manejo de vehículos automotores, mientras que en la Ciudad de México, para obtener un permiso de conducir sólo es necesario ser

mayor de edad, pagar la cantidad requerida en la ventanilla y queda uno habilitado para ser conductor. No importa que la persona jamás se haya encontrado detrás de un volante o que sea daltónica y confunda la luz roja con la verde del semáforo.

#### *4.4 Las instituciones reales*

Si bien la teoría de Searle es bastante lógica en el amplio sentido de la palabra y puede ajustarse con facilidad en el mundo institucional en términos generales, también nos damos cuenta que Searle es todo un teórico del orden social, situación plenamente entendible por el contexto norteamericano en el que escribe. Pero cuando lo comparamos directamente con entramados institucionales concretos, aparecen los bemoles.

Por ejemplo en las instituciones mercantiles, unas de las más sólidas que existen, llega a suceder que las reglas institucionales no sean seguidas por una noción de compromiso con la institución y de cooperación con los demás; en ellas entran en juego motivaciones sumamente individuales que podrían no encajar con la intencionalidad colectiva. Se llegan a observar tendencias en sus participantes donde pareciera que la búsqueda de los recovecos legales y las omisiones a las obligaciones son las reglas del juego.

A su vez, Searle afirma que las instituciones no pueden cambiar la realidad ontológica. Pero en la práctica, el poder institucional sí llega a modificarla; cambios alimenticios en la población, transformaciones en el entorno o incluso decisiones sobre la vida y la muerte de las personas, pueden tener lugar. Y por el otro lado, las instituciones también llegan a operar bajo una lógica utópica que niega la objetividad epistémica, e incluso la ontológica, en pos de un discurso conveniente para una minoría. Basta escuchar los informes de gobierno presidenciales mexicanos para entender este punto.

En conclusión, tenemos una realidad institucional que es compleja, cambiante y en ocasiones hasta impredecible, porque somos seres humanos dotados de conciencia, lenguaje y capacidades mentales. Las instituciones humanas son, sobre todo,



habilitantes; los hechos institucionales nos otorgan capacidades sociales que de otro modo no tendríamos. Además, las instituciones producen en sus agentes motivaciones para actuar independientes de sus deseos. Tales motivaciones orientan nuestro comportamiento y después ellas mismas pueden convertirse en deseos. Y considerando la existencia del *gap* –ese hueco entre lo que estaríamos determinados a hacer y lo que finalmente hacemos- hay una deontología que enmarca a la realidad institucional con la que los humanos podemos, en ocasiones, comprometernos a desplegar, pudiendo así nutrirla y mantenerla.

En lo personal, al exponer qué son los hechos institucionales y las instituciones, qué los sustenta, cómo se gestan y qué rasgos llegan a presentar, me surgieron las siguientes preguntas: ¿cómo pueden funcionar tales estructuras sociales y hechos institucionales con su carácter deóntico, al ser sólo entes simbólicos? ¿No deberían ser inseguras y cuestionables de un modo permanente? ¿En verdad sólo el compromiso social puede sostener una realidad institucional que surja de seres imaginativos, racionales y, en cierto sentido, libres? Sobre esto tratará el siguiente capítulo.

## 5 *Poder y background: la conexión entre deontología, legitimidad y libertad*

Durante todo el capítulo 4 se habló mucho de las capacidades deónticas, bajo la forma de obligaciones, deberes, permisos, requerimientos, autorizaciones y demás. Pero para explicar la estructura de la civilización humana es necesario relacionar a las capacidades deónticas de los hechos institucionales con la nociones de poder<sup>8</sup> y background que las sustentan. A continuación profundizaremos sobre estas nociones dentro del ensamblaje conceptual propuesto por John R. Searle.

### 5.1 *Poder*

Nuestro autor no llega al extremo de ofrecer una teoría general del poder, pero sí se refiere a esta temática lo suficiente como para comprenderla e insertarla en su propuesta. Parafraseando a algunos autores, Searle menciona que tradicionalmente se ha entendido al poder como la situación en que individuos o agentes hacen justo lo que otros quieren, o bien ciertos agentes obtienen aquello que desean o bien imponen su voluntad sobre los primeros. Otras vertientes, como la de Steven Lukes en *El poder: un enfoque radical* (2007), dicen que el poder se presenta cuando cierto agente logra que otros agentes quieran lo que quiere el primero. Sin embargo, Searle asume una postura particular adoptando una noción que diferencia al poder de las relaciones que involucran ejercicio de poder.

Lo primero que hay que apuntar es que, para nuestro autor, el poder es una *capacidad*. Por tal motivo, puede existir sin que nadie lo ejerza. Por ejemplo, la mayoría de los propietarios promedio de un automóvil nunca han usado todos los caballos de fuerza de su motor (*horsepower*) y muchos de los poderes (o capacidades) que los presidentes tienen, como dirigir a los ejércitos durante las guerras, jamás han sido ejercidos; pero el no usar el poder no significa que no se tenga. Por lo tanto, el poder nombra una capacidad y no eventos concretos.

---

<sup>8</sup> Debido a que en inglés las palabras “capacidad” y “poder” se encuentran relacionadas con el vocablo “power”, además de que para Searle pueden llegar a ser sinónimos, me he tomado la libertad de utilizar “capacidad” o “poder”, según se considere conveniente.

Si analizamos la estructura lógica del poder veremos que cuando se dice que “S tiene el poder de hacer A”, A implica una relación de S con alguien o algo más. Lo que implica que “S tiene poder sobre P con respecto a la acción A”. Pero esto se podría expresar también diciendo “S tiene *derecho* sobre P con respecto a A” o “P tiene el *deber* de obedecer a S con respecto a A”. Muchas veces quien obedece sabe que *debe* obedecer. Además, el poder surge de maneras inesperadas o en relaciones que no parecerían ser de poder, cuando se hace una promesa a alguien y este alguien, entonces, tiene una forma de poder sobre quien prometió. Situaciones como estas ponen en evidencia el carácter deontológico de las relaciones de poder. Pero remarquemos: el poder es una capacidad que puede o no ser ejercida.

Otro elemento imprescindible en la noción de poder que presenta nuestro filósofo de la mente y de lo social es que el poder es *intencional*. Habría que decir entonces que el núcleo de la noción de poder puede expresarse de la siguiente forma; “S tiene poder sobre P si y sólo si S consigue *intencionalmente* que P se conduzca de una manera A, muy aparte de que P quiera o no conducirse del modo A”, lo que implica que el poder, por tanto, está lógicamente asociado al concepto de ejercicio intencional de poder. Si no hay intencionalidad, no hay ejercicio del poder. Conjuntamente, entre los seres humanos que interactúan en marcos de intencionalidad colectiva, el poder se ejerce mediante actos de habla directivos; que son órdenes. El estado intencional expresado en el acto de habla directivo de aquel que tiene el poder debe cumplir sus condiciones de satisfacción. De modo contrario, sólo se presentaría una situación casual y no causal.

Es por ello que dentro de la noción propuesta por Searle podemos distinguir entre ejercicio del poder e *influencia*. Rudamente hablando, el poder es la capacidad de obtener de la gente que haga algo sin importar que quiera o no hacerlo, mientras que el liderazgo es una clase especial de poder, es la habilidad de obtener de la gente que ellos quieran hacer algo que de otra forma podrían no haber deseado. Muchos auténticos líderes están fuera del poder y muchas autoridades políticas carecen de liderazgo. Churchill, De Gaulle o Lázaro Cárdenas gozaron al mismo tiempo de poder y liderazgo, y fueron líderes reconocibles aun cuando ya estaban fuera del poder. En contraparte, Jimmy Carter o Vicente Fox son más recordados por sus traspies públicos que por el establecimiento de un liderazgo político durante sus mandatos.

En sentido lógico, quien influye no impone su voluntad, aunque su voluntad sí es tomada en cuenta por quien tiene el poder de hacer que otros realicen un determinado tipo de acción. Asimismo, la influencia es a menudo ejercida de un modo no intencional, como cuando grupos de jóvenes comienzan a vestirse e imitar el comportamiento de algún personaje histórico o ficticio, o incluso el de algún profesor, mientras que el poder, por definición, siempre es y será intencional.

En síntesis, la noción de poder propuesta por Searle sostiene que siempre que se hable de poder será necesario especificar quién está teniendo poder sobre quién. Todo derecho (poder) implica un deber (obediencia). De no haber tal requisito, no se podría reconocer la intencionalidad que motiva al poder, ni el tipo de relación que ejerce. A razón de lo cual, cuando hablamos del poder institucional nos referimos a la capacidad intencional asignada, por medio de una función-status declarativa, de obtener determinado tipo de comportamiento por parte de los agentes implicados dentro del marco institucional. Este tipo de comportamiento determinado es definido por las reglas constitutivas. Y dicho sea de paso, cuando aceptamos y nos comprometemos con un ente institucional, también lo hacemos con el poder que conlleva, es decir, con su deontología. Ergo; el poder social existe porque aceptamos que existe.

## 5.2 *¿Qué sustenta al poder?*

A riesgo de ser reiterativos, volvamos a decir que si asumimos a los humanos como seres imaginativos, racionales y que experimentamos *the gap*, la única realidad social compatible con nosotros es aquella que presenta deontología. El aceptar la deontología involucra comprometernos con las instituciones y hechos institucionales de donde ésta proviene. Y tal compromiso, recordemos, es la condición *sine qua non* por la que una realidad social-institucional podría crearse y mantenerse. Cabe aclarar que la aceptación no es sinónimo de compromiso, pero ambos son términos relacionados. No es posible comprometerse sin aceptar la condición y el aceptar una condición implica cierto grado de compromiso. En los capítulos anteriores hemos hablado de cómo todas las instituciones requieren de aceptación y compromiso, lo que puede motivar la pregunta de por qué las personas se comprometen con un sistema de funciones-status que en muchas ocasiones no les trae ventajas obvias y que podría incluso ir en contra de sus deseos naturales. A esto Searle propone una respuesta inicial:

*Un motivo relacionado y de gran alcance para la aceptación de las instituciones y los hechos institucionales es la necesidad humana para adaptarse, para ser como los demás y para ser aceptado por ellos como un miembro del grupo, (en cuanto) participe de la intencionalidad colectiva (Searle, 2010: 108).*

No obstante, cada institución requiere de motivaciones específicas ulteriores para su aceptación. El acento se presenta sobre las instituciones jerárquicas de gran formato, como las gubernamentales, que requieren de una aceptación totalmente consolidada y de la aceptación del poder o *legitimidad*, la cual justifica la autoridad de unos sobre otros:

*Por ello, en cuanto a la realidad institucional concierne, la aceptación de la institución - lo que Max Weber llamó el problema de la “legitimación” - es tan crucial (...) Las instituciones funcionan solo en el entendido de que ellas son reconocidas y aceptadas. Pero el reconocimiento o aceptación, especialmente en el caso de las instituciones políticas, a menudo requiere de algún tipo de justificación (...) Típicamente, las instituciones funcionan mejor cuando ellas son simplemente tomadas por supuestas y ninguna justificación es demandada u ofrecida (...) Pero cualquier institución puede ser retada. Y los cambios sociales a menudo ocurren cuando las instituciones no son lo suficientemente aceptadas y es entonces cuando el sistema de funciones-status simplemente colapsa (Searle, 2010: 140).*

Entonces, para evitar tal colapso la estructura institucional requiere de una justificación que la legitime. Este es un punto no tratado por Searle, pero creo que es importante mencionarlo: cada régimen tiene su “discurso oficial”, que interpreta la historia de cierta forma –por ejemplo, decir que la monarquía fue instaurada por Dios; que el grupo en el poder es descendiente directo de algún héroe mítico, o bien, la práctica habitual de glorificar o desprestigiar a algún personaje histórico-. El discurso oficial también puede censurar lo que considera inadecuado y remarcar aquello que refuerza la imagen sólida del aparato gubernamental. En general, el poder gubernamental busca un control de la comunicación de cierto tipo de información para consolidar su discurso como un “saber popular”, de modo tal que los agentes introducen dentro de su *background* la información obtenida y la legitimación del sistema de funciones-status se da por

descontada. Claro está, como se mencionó en el capítulo 3, la comunicación es una acción intencional colectiva que transmite estados intencionales, por lo que sólo es eficaz si el receptor está dispuesto a recibir el mensaje. Incluso para la “manipulación mediática”, la aceptación de los agentes es una condición necesaria.

A pesar de ello, al estar los seres humanos dotados de *the gap*, siempre es posible violar las reglas de una institución. Y por supuesto mucha gente roba, engaña, abusa del poder y demás. Porque *las personas tienen fuertes motivaciones para romper las reglas y las reglas no se refuerzan por sí mismas. A veces se tiene que llamar a la policía o usar otra medida coercitiva* (Searle, 2010: 141) para preservar el orden institucional. Es por eso que existen las instituciones de fuerza bruta, como los diferentes cuerpos policíacos o el ejército. Dichas instituciones, al igual que todas las gubernamentales, requieren de una legitimación para que puedan operar como la fuerza coercitiva reconocida que, en última instancia, sostiene la legitimidad de otras instituciones. Por ello Searle llega a afirmar que el monopolio de la violencia armada es un supuesto esencial de todo gobierno –claro guiño a la teoría de Max Weber-. “El milagro” de las sociedades democráticas consiste en que el gobierno pueda funcionar basado más en su reconocimiento, que en la fuerza física que podría llegar a utilizar. Volvamos a recordarlo:

*En las sociedades donde la aceptación colectiva cesa de funcionar –por ejemplo, en la República Democrática Alemana en 1989- el gobierno, como ellos dicen, se derrumba* (Searle, 2010: 171).

Un curioso juego de palabras puede hacer evidente tal característica de las instituciones de fuerza bruta: el legitimador legitima si está legitimado. La coacción por sí sola no puede afianzar la dominación Estatal. La capacidad para lograr el consentimiento –o el miedo o la resignación- de las personas respecto al orden existente, es fundamental para imponer las reglas que gobiernan las instituciones y las organizaciones de la sociedad. Por ello puede apreciarse que la aceptación, en su forma de legitimación, sostiene al poder; y el poder, en su manifestación de posibilidad de fuerza coercitiva, representa un refuerzo a la legitimidad, gestando una simbiosis entre legitimidad y poder que sostiene la estructura de los hechos institucionales. Esto representa para Searle, una condición necesaria para la civilización humana:

*Todo lo que nos resulta apreciable de la civilización requiere la creación y el mantenimiento de relaciones institucionales de poder a través de funciones-status colectivamente impuestas. Éstas necesitan de una vigilancia y un ajuste constantes para crear y conservar la equidad, la eficacia, la flexibilidad y la creatividad, por no decir nada de los valores tradicionales como la justicia, la libertad y la dignidad. Pero las relaciones institucionales de poder son ubicuas y esenciales. El poder institucional – masivo, omnidifuso y típicamente invisible- permea hasta el último rincón, hasta la más escondida actividad de nuestras vidas sociales y, como tal, no representa una amenaza para los valores liberales, sino que es la precondition de su existencia (Searle, 1995: 107).*

Lo que nuestro autor afirma es que el poder y su legitimidad, y por ende la aceptación y el compromiso colectivos, son los elementos en los que estriba la realidad social-institucional humana. No obstante, parece existir cierta fisura en el porqué los agentes aceptamos y legitimamos los hechos institucionales y las instituciones. Su estructura podría parecer bastante frágil, si recordamos que los agentes deben estar dispuestos a aceptar el discurso oficial que legitima a las instituciones. Tampoco es infrecuente que la aceptación o el reconocimiento de las instituciones gubernamentales sea renuente, resignada o suceda a regañadientes; y no es cierto que los involucrados siempre saquen ventajas obvias. Aunque se ha mencionado que la existencia de la amenaza proveniente de las instituciones de fuerza bruta ayuda a sostener el sistema de funciones-status incluso las instituciones de fuerza bruta requieren de legitimidad. Entonces ¿por qué la gente acepta y legitima los hechos institucionales e instituciones? ¿De qué forma aceptamos el poder que puede legitimar a los legitimadores?

### *5.3 Del bio-poder a las prácticas de background*

Uno de los autores más influyentes con respecto a la noción de poder es Michel Foucault. Aunque Searle reconoce estar influenciado por la noción de bio-poder proveniente del autor francés, introduce ciertas objeciones que desembocan en una interpretación alternativa.

Poner en palabras simples a Foucault no es tarea sencilla, pero tampoco es menester en el presente trabajo un desarrollo puntual de su propuesta. Por ello intentaré explicar a grandes rasgos los elementos que Searle retoma del bio-poder foucaultiano, para su noción del *background* compartido.

El bio-poder es un tipo de poder que permea toda la sociedad. Foucault (1976) escribió que el desarrollo de los grandes aparatos de Estado como *instituciones* de poder, lograron aumentar el control sobre los cuerpos de los seres humanos a través de una normalización de las prácticas sociales. Para ello segmentaron a la población valiéndose de instituciones muy diversas como la familia, el ejército, la escuela, la policía, la medicina individual o la administración de colectividades y operando también como factores de segregación y jerarquización sociales, incidiendo en las fuerzas respectivas de unos y otros y garantizando relaciones de dominación y efectos de hegemonía. Una sociedad normalizada y normalizadora es el efecto histórico del bio-poder.

Foucault también sugiere que al permear el bio-poder todas las áreas de la vida a través de las instituciones, las reglas se perciben en las personas más como una forma de expectativa social, que como un mandato restrictivo. El ejemplo favorito de Foucault para ilustrar esto es la prisión panóptica de Bentham, donde el carcelero puede vigilar todo el tiempo, todos los movimientos de los reclusos. Como estos últimos saben eso y se acostumbran, terminan por convertirse ellos mismos en sus propios guardias o carceleros. Pero sobre todo, como el carcelero es el que sabe todo acerca del prisionero, es él quien tiene finalmente el poder sobre este último (Foucault; 1976).

Ante esto, quizá la única objeción que podría hacerse al planteamiento de Foucault desde el punto de vista de Searle, es el ejemplo de la prisión. El carcelero no tiene poder porque él *sepa*. Sucede que el carcelero sabe lo que sabe acerca del prisionero porque desde su función-status tiene poder sobre él; *el conocimiento no crea poder, sólo posibilita un uso más eficiente del poder que ya se tiene* (Searle, 2010: 153). Sin embargo, Foucault intuyó acertadamente la existencia de un tipo de poder, mezclado con influencia, ejercido entre los agentes y que es capaz de exigir de ellos un comportamiento *que se ajuste al exigido por las instituciones*.



### 5.3.1 *El poder del background*

Bajo las restricciones de la especificación de quién ejerce poder sobre quién y de la intencionalidad, indispensables para el ejercicio del poder, Searle destaca que en las sociedades existe siempre un “*Background Power*”, consistente en un set de predisposiciones mentales que contienen lo que, en muy distintos o prácticamente en todos los ámbitos institucionales, se considera “lo apropiado”: las cosas correctas para decir, la ropa correcta a utilizar, los modos correctos de conducirse, etcétera.

El background, como lo propone Searle, más que determinar nuestra conducta por medio de la internalización de las pautas de comportamiento deontológicamente acotadas por las instituciones y hechos institucionales, nos proporciona herramientas adaptativas. Y las personas que se encuentran realmente cómodas dentro de la sociedad *son aquellas que han desarrollado un conjunto de capacidades y potencialidades que le hacen domésticamente comfortable la vida en sociedad* (Searle, 1997: 158). Por tanto, nuestro *background* –que podemos entender como el set de habilidades, capacidades y predisposiciones que poseen los agentes socializados ante estímulos externos, adquiridas y desarrolladas por nuestros marcos neuronales– es donde se constituye la percepción de lo ridículo, lo normal, lo inaceptable, lo adecuado y demás, en cada situación social. Expliquemos cómo el poder institucional es capaz de influir en nuestro *background* y, por lo tanto, en nuestro comportamiento.

Todo lo que es considerado “apropiado” e “inapropiado” conforma una red de estados intencionales que el *background* utiliza para interpretar y responder ante las relaciones de poder y las acciones que ocurren en la realidad institucional. Dicha red, al ser conformada por la experiencia y aprendizaje cotidianos, es compartida por los agentes inmersos en el mismo mar de funciones-status, tejiendo en la interacción de los agentes lo que podría llamarse un *guión categorial compartido*, que es internalizado como parte de las disposiciones individuales –por no mencionar el papel que desempeñan las neuronas espejo en la interacción social–. Es por ello que si una persona se comporta de manera distinta al guión categorial compartido, ocasiona que los demás sientan cierta angustia, frustración, enojo y demás reacciones –que literalmente hablando, son naturales– provocando que los agentes demanden del “infractor” el “modo correcto de comportarse”, por medio de “presiones sociales”.

Surge de tal modo lo que Searle llama *Standing Directives* (algo así como “órdenes sostenidas”), que le exigen a cada miembro de la sociedad una determinada forma comportarse en cada contexto. A estas *standing directives* las entiendo como las líneas argumentativas que componen los guiones categoriales: como el no comer del pastel de bodas antes de que los anfitriones lo partan, asistir adecuadamente vestido a una entrevista de trabajo, o que no podamos comportarnos de la misma forma en una ceremonia religiosa, que en un partido de fútbol. Dicho sea de paso, los guiones categoriales y sus respectivas *standing directives* son extensibles a las situaciones “familiares”: si sé que en una ceremonia católica no debo hacer alboroto, mi primer reacción natural al asistir a una ceremonia de una religión que desconozca será no hacer alboroto. Debido a esto podemos decir que las pautas de comportamiento “sugeridas” por los hechos institucionales pueden extenderse a situaciones que están fuera de ellas, con la única condición de que resulten “familiares”.

Las *standing directives*, por lo tanto, pueden ser resumidas en la expresión directiva, “¡comportate!”, que es la respuesta inmediata a la transgresión de los marcos mentales de los agentes, que conforman el *background*. Es así como “la sociedad” – representada por un agente o grupo de ellos- puede exigirnos un determinado tipo de comportamiento a través de las presiones sociales, ejerciendo en abstracto sobre los agentes una forma de poder.<sup>9</sup> Este es el proceso que Searle denomina ***Background Power*** y que termina estableciendo restricciones de exactitud e intencionalidad:

*La mayor parte de nuestra manera de interactuar socialmente está formada por fuerzas e influencias que son, en su mayor parte, invisibles para nosotros –qué es ser masculino, qué es ser femenino, qué involucra ser un ciudadano, qué involucra ser un profesor...– (Searle, 2010: 159).*

En nota a pie de página, Searle llega a decir que en el ámbito universitario norteamericano en que él se mueve, las presiones sociales son abrumadoras, llegando al extremo de dictarle a la gente lo que debe gustarle en general, las opiniones políticas que debe suscribir, las personas con las que se le debiera ver, etcétera, etcétera:

---

<sup>9</sup> Considero que aquí muchos factores entran en juego: la ingerencia de las neuronas espejo, las disposiciones de *background*, la intencionalidad colectiva, el sentimiento natural de empatía, el deseo de pertenencia e incluso una posible forma extensible de la deontología, son los elementos que obligan a los agentes a “comportarse adecuadamente”.

*(...) la presión a “comportarnos” es, por mucho, arrolladora, y la independencia a ella es más bien rara (Searle, 2010: 159).*

Por último, no todo el *background* está compuesto por presiones sociales que se vinculan directamente con relaciones de poder. También hay elementos neutros en él. Por ejemplo, la distancia física que guardamos hacia otras personas en diferentes contextos o el impulso de responder o no a la sonrisa de un desconocido. Además, se presentan situaciones en la vida social donde nos predisponemos a poner de lado nuestras disposiciones de *background*, como las fiestas salvajes, las “canas al aire” y todo tipo de “licencias” permisibles tanto a nosotros mismos como a los demás. Por tanto, el poder del *background*, como cualquier otro, puede ser ejercido o no.

Espero que pueda apreciarse cómo en el argumento de John R. Searle la ontología social y la ontología física siguen una línea continua, a razón de lo cual sería imposible entender nociones tan abstractas como el poder social y la legitimidad sin vincularlas con los rasgos biológicos, en su forma de capacidades mentales que las hacen posibles para los seres humanos. Seguimos dentro del único mundo planteado desde un principio.

#### *5.4 Cómo entender el poder dentro de la ontología social*

Haciendo una síntesis, todo poder institucional, incluido el político, se encuentra constituido deontológicamente, proviene de asignaciones de Funciones-Status Declarativas y es un ente simbólico dependiente de la legitimidad. ¿Qué implica, ontológicamente hablando, todo ello?

En primer lugar, el poder ejercido dentro de marcos institucionales no requiere de los agentes a quienes es asignado, características físicas especiales –cómo sí ocurre en las sociedades animales–. Un agente débil o con menor capacidad cerebral bien puede tener poder sobre otros más fuertes e inteligentes. Ello se debe a que al ser todo poder institucional, con acento en el político-gubernamental, una cuestión de Funciones-Status Declarativas, el poder no se ejerce “de arriba hacia abajo”; en realidad, viene “desde abajo”. Recordemos que la asignación de funciones-status

necesita de una intencionalidad colectiva traducida en reconocimiento o aceptación. Y por tanto, la existencia objetiva-epistémica del poder institucional deriva de la legitimidad otorgada por los agentes; si ellos dejan colectivamente de reconocerlo, el poder deja de existir:

*Y esto es verdad tanto para las dictaduras, como para las democracias*  
(Searle, 2010: 165).

Pero no hay que perder de vista que aunque el individuo sea la fuente de todo poder político cuando logra concentrar la intencionalidad colectiva, en rigor, por sí sólo carece de dicho poder. Por eso los líderes revolucionarios necesitan desarrollar una forma de intencionalidad colectiva, promoviendo la conciencia de clase, la solidaridad estudiantil, el ideario feminista o cualquier otro ideario capaz de conformar un grupo con identidad. Sólo colectivamente se puede crear una deontología capaz de aceptar, rechazar u obligar a otros.

Por otro lado, el sistema de funciones-status opera, por lo menos en parte, porque sus capacidades deónticas reconocidas procuran motivaciones para actuar independientes de deseos. En consecuencia, sólo puede entenderse el poder político si se asume que un sistema de funciones-status es capaz de procurar estímulos emocionalmente competentes que proporcionen motivaciones individuales para actuar. Si mi jefe del trabajo me pide que sea partícipe de una reunión muy aburrida, estaré obligado a ir porque tengo un compromiso con él; y si no cumplo podría recibir una sanción. Aunque, claro está, sería un error afirmar que el poder político descansa sólo en motivaciones interesadas o prudenciales; se vale del compromiso, el cuál, si tuviera que categorizarse, es más una motivación biológica que racional.

Por último, al ser el poder institucional una construcción deóntica –representado por derechos, deberes, obligaciones, autorizaciones, permisos, etcétera-, entonces se sobrepone a la necesidad permanente de ejercer coerción física, aunque claro que llega a apoyarse en ella. Pero en general, el poder institucional *está constituido por un extremadamente complejo set de fenómenos verbales explícitos. No hay forma de que pueda existir sin lenguaje* (Searle, 2010: 170). Es evidente que, en gran medida, el

poder ejercido en la realidad social-institucional se constituye lingüísticamente. Entonces, como suele decirse, *la palabra es más poderosa que la espada*.

### *5.5 La corona de la realidad institucional*

Para concluir el capítulo, retomaré la consideración que propone Searle para interpretar la última pieza de los entramados institucionales, valiéndose de la conexión entre el poder político, las razones independientes de deseos para actuar, la legitimidad, la fuerza bruta y la deontología. Cabe decir que la argumentación de nuestro autor a este respecto tiene un inconfundible gusto a Max Weber, lo cual sugiere que nuestro filósofo del lenguaje y lo social está efectivamente en deuda con los clásicos de la teoría sociológica.

El poder político que posee el gobierno o el Estado –que Searle maneja como sinónimos- varía muchísimo, desde los estados totalitarios hasta las democracias liberales. Pero todo gobierno tiene el poder de regular numerosas entidades institucionales, referentes a la familia, la educación, la economía, el dinero e incluso la religión y el entretenimiento. Entonces, si recordamos que bajo la teoría de nuestro autor el lenguaje es la institución primera, el gobierno viene a ser la última y *definitiva*:

*En el sentido de que, en las sociedades más organizadas, el gobierno es la estructura institucional máxima* (Searle, 2010: 161).

Pensando históricamente, una de las más sorprendentes tendencias culturales a nivel mundial de los pasados dos siglos fue la creación de los Estados-nación. Incontables personas pelearon y murieron por este propósito, estableciendo fronteras, ganando o perdiendo territorio y soberanía. Ello vale lo mismo para México, Alemania e Italia, que se formaron en el siglo XIX, que para Yugoslavia o la URSS, que se desmembraron en el XX. Cada país apela al recuerdo de los personajes históricos que lucharon por este propósito; a sus ideales y proezas, para fomentar la identidad nacional. Un recuerdo constante de que pertenecemos “al mismo equipo, con los mismos objetivos”, lo que da un argumento a Searle para afirmar que los Estados-nación vienen a ser *el centro de lealtad colectiva en una sociedad* (Searle, 2010: 161). Pero ¿esto es suficiente para

legitimar a los Estados como regidores del sistema de funciones-status? ¿Por qué el Estado terminó convirtiéndose en la estructura institucional definitiva? Muy probablemente, nos dice el autor, debido a dos cosas:

*La posesión del monopolio sobre la violencia organizada y el control del territorio (...) es lo que garantiza a los gobiernos el rol de poder definitivo dentro del sistema en competición de las funciones-status* (Searle, 2010: 163).

Al principio del capítulo ya habíamos abordado la paradoja de los gobiernos o Estados: que para ellos es esencial su legitimación o bien la aceptación entre sus gobernados, al tiempo que dicha aceptación incluye a unas fuerzas del orden, la policía y el ejército, en las que descansa, en última instancia, su naturaleza de Estados o gobiernos. Ni la legitimidad es suficiente para los estados, ni la policía y el ejército pueden funcionar desprovistos de legitimidad, por lo que la simbiosis entre ambos y las disposiciones mentales del *background*, tanto compartidas como individuales, constituyen las piezas de la corona de la institución máxima que regula, en gran medida, la deontología proveniente de los sistemas de función-status.

No obstante, el ejercicio del poder es relacional, mientras que la dominación es institucional. El Estado es una forma especialmente relevante de dominación, pero los estados son entidades históricas. Por tanto, la cantidad de poder que ostentan depende de la estructura social general en la que operan. Y en la mayoría de los estados modernos, el régimen regulador se ejerce a través de una mezcla de propiedades gubernamentales y licencias concedidas a grupos empresariales que deben seguir normas y limitar su poder como grupos institucionales independientes, con acento en los medios de comunicación que no son estatales. Lo que el Estado puede o no regular y la capacidad de ingerencia de los grupos privados en la vida social se encuentra actualmente en pugna.

Pero como ya se ha escrito, la diferencia del Estado con las demás instituciones es su legitimidad. A mayor grado de legitimidad, menor necesidad hay de recurrir a la violencia. Pero para que se asiente el proceso de legitimación, ésta depende, además del monopolio de la violencia legítima, en gran medida del consentimiento obtenido mediante la construcción marcos mentales compartidos, para seguir obteniendo un

reconocimiento mayor por parte de los agentes respecto de las demás instituciones. Por que la más importante fuente de poder del Estado proviene de la confianza que sea capaz de poseer. La violencia sólo puede usarse de forma negativa y el dinero sólo puede usarse de dos formas: dándolo o quitándolo. Crear marcos mentales compartidos genera una forma de legitimación difícil de evadir, que la propia colectividad se encarga de mantener entre pares. Sin embargo, no hay nunca un poder absoluto, un grado cero de influencia de aquellos sometidos al poder, con respecto a los que ocupan posiciones de poder. Siempre existe la posibilidad de resistencia, que pone en entredicho la relación de poder, el llamado contrapoder, que será parte importante del siguiente capítulo.

Con este punto concluye una revisión muy personal de la Teoría General de las Instituciones y Hechos Institucionales de John R. Searle. Tal revisión comenzó asumiéndonos como seres biológicos que existen en una realidad independiente de nuestras opiniones, pasando por la descripción de ciertas capacidades y disposiciones mentales, la intencionalidad colectiva, el lenguaje y su deontología innata, las asignaciones de funciones-status declarativas y demás disposiciones sociales, hasta llegar a una descripción del poder y legitimidad necesaria en todo entramado institucional y los gobiernos. Pero ¿para qué podría servir una teoría filosófico-social que considere esta ontología? En el siguiente capítulo intentaré esbozar una de tantas posibles respuestas a esa pregunta.

## *6 Reflexiones sobre la ontología social digital*

Vivimos dentro de la llamada Sociedad de la Información, concepto fuertemente criticable si se desea, pero que da cuenta de un elemento importante: *la explosión de avances y el uso masificado de nuevas tecnologías de la información y comunicación* (Castells, 2003: 5). Se ha llegado a un punto álgido con la liberación, para uso privado, de Internet en 1995. La red de redes se fue convirtiendo, dado su potencial de distribuir información y disminuir al mínimo los factores tiempo y distancia, *en la base tecnológico-organizativa de las sociedades humanas que caracterizan al siglo XXI* (Castells, 2003: 5). Si bien el acceso a Internet se ha calificado como limitado, en enero de 2011 la agencia de telecomunicaciones “UN's” informó que el número de internautas en el mundo era aproximadamente de 2.08 mil millones, cifra cercana a una tercera parte de la población del planeta y que sigue en aumento.

Resulta impráctico construir fronteras, límites espaciales, ideológicos, culturales y políticos en torno a la reflexión sobre Internet. (...) *Como fenómeno global, incorpora y redimensiona visiones locales, por lo que deberíamos evitar su interpretación desde una óptica parcial* (Celorio, 2011). Hablamos entonces de un proceso de producción, reproducción y universalización cultural que a cada momento se vuelve más intenso y generalizado. Noticias, imágenes, opiniones, investigaciones, cavilaciones de blog, legislaciones, chismes de farándula; todo tipo de información se encuentra disponible para quien desee y pueda aceptarla. Cada vez es más difícil imaginar una vida pública que no cuente con el soporte de la red.

Pero Internet únicamente es una red que comunica dispositivos electrónicos a nivel mundial. Por lo tanto, es un dispositivo que potencia las capacidades de comunicación. La WEB, en cambio, es la acumulación de información que es operada a través de Internet, siendo construida y modificada continuamente por factores económicos, políticos, culturales y sociales, que reflejan intereses tanto individuales como relaciones de poder a escala global. El carácter abierto de la arquitectura y continuo desarrollo autoevolutivo de Internet y de la WEB, abre la posibilidad de que todos los usuarios se conviertan en configuradores de ellas. Hablamos de personas interactuando a través de medios digitales. No hay nada nuevo bajo el sol.



Pero ¿de qué forma podemos interpretar un fenómeno social de tales magnitudes? Por un lado, representa una modalidad sin precedentes para los alcances de la comunicación humana, y por el otro, es simplemente una red. Mi interés en este momento es realizar un acercamiento a dicho fenómeno bajo la óptica de la Ontología Social de John R. Searle, que considero puede ser de gran utilidad. Quiero dejar constancia de que las siguientes páginas sólo son una reflexión teórica sin pretensiones de exhaustividad. Su utilidad, aceptación o rechazo dependerán de un posterior tratamiento a profundidad.

## 6.1 *Qué es la red*

Internet es una red que comunica dispositivos electrónicos destinados a la generación, transmisión, procesamiento y almacenamiento de señales digitales. Y todos ellos se valen del mismo lenguaje para efectuar su función: el álgebra de Boole. La potencia y practicidad del álgebra de Boole radica en su capacidad de traducción de muchos tipos de señales –texto, video, audio, impulsos eléctricos, etcétera- en sólo dos dígitos: 0 y 1, configurando toda señal recibida en un código binario. Este código binario es quien opera el *hardware* (los circuitos que componen a los dispositivos electrónicos) al expresar “qué debe hacer” por medio de *bits*. El impulso de ausencia de señal es expresado con el dígito "0" y la presencia de la misma con el dígito "1". Ello es lo que se conoce como sistema de comunicación digital.

Los lenguajes de programación se encuentran a medio camino entre el lenguaje binario y el humano, sirviendo de puente entre los programadores y el hardware para crear los programas que controlan las capacidades de los dispositivos electrónicos (conocidos como *software*). Simplificando la estructura de los lenguajes de programación, podríamos describirlos de la siguiente forma: *ellos* poseen un léxico, sintaxis y semántica, que utilizan para *declarar* la existencia de funciones lingüísticas, expresadas a través de *bits*, que son asignadas a variables. Tales funciones interactúan entre sí por medio de reglas que respetan la sintaxis, el léxico, la semántica y las operaciones lógicas, conformando el set de actividades que requiere la aplicación. Como podrá apreciarse, los dispositivos digitales son una extensión y una creación simplificada de los lenguajes humanos, cuya función es la misma: comunicar. Por lo que, en su última y actual instancia, podemos interpretar a Internet y a la WEB como

una ampliación lingüística del entorno social humano, lo que searleanamente implica una innata capacidad de Internet y de la WEB para crear hechos institucionales.

### *6.1.1 Comunicación online: más posibilidades, misma esencia*

Internet y la Web no son medios de comunicación de masas en el sentido tradicional. Más bien, son medios de comunicación interactiva que puede llegar a ser masiva. El correo electrónico es fundamentalmente una forma de comunicación personal y también es capaz de envíos masivos de correo. La Web es una red de comunicación utilizada para enviar e intercambiar documentos. Los avances tecnológicos en cuanto a *hardware*, *software* y ancho de banda, han logrado que Internet sea capaz de mostrar y compartir contenido WEB en una escala y forma que hace 18 años era imposible.<sup>10</sup>

Los dispositivos electrónicos sirven de medio de una comunicación humana que ya no sólo se vale de palabras pronunciadas o escritas. Ellos cuentan con refuerzos visuales, que al igual que el lenguaje escrito, son capaces de conformar un registro perdurable en el tiempo. Pero las imágenes y videos tienen otras ventajas. Son capaces de saltar las barreras idiomáticas y son un estímulo sensorial más penetrante que las letras. Además, no “vemos” Internet como vemos la televisión. En la práctica, los usuarios de Internet *vivimos* con Internet, ya que este medio proporciona formas para entretejer la comunicación de nuestras vidas: para el trabajo, la escuela, los contactos personales, la información, el entretenimiento, los servicios públicos, la política y la religión. Y los agentes que se comunican vía Internet administran su tiempo de comunicación; se comunican durante el día por distintos medios y a menudo simultáneamente, enviando correos, navegando por páginas web, leyendo periódicos en línea, estudiando y trabajando en el mismo marco temporal. Además, no somos sólo receptores pasivos de mensajes e información. Por medio de Internet, definimos la búsqueda de la información que buscamos por múltiples vías y además, es posible añadir a la WEB todo contenidos con nuestro propio sello.

Por otra parte, la combinación de noticias en línea con el *blogging* interactivo y el correo electrónico, así como los contenidos RSS de otros documentos de la red, han

---

<sup>10</sup> La WEB comenzó compartiendo únicamente texto, para seguir a las imágenes, posteriormente al audio y culminar, por el momento, en el video.

transformado la WEB en un espacio de comunicación diferente, lo que Castells llama *la autocomunicación de masas* (Castells, 2012: 101). Así, los agentes o usuarios en la jerga digital, han incorporado nuevas formas de comunicación, construyendo su propio sistema de comunicación de masas a través de SMS, blogs, post, podcasts, wikis y similares. Las redes de intercambio *p2p* (*peer to peer* o entre pares) permiten la circulación, combinación y reformateo de cualquier contenido digitalizado. En 2008, Technorati rastreó 112.8 millones de blogs y más de 250 millones de artículos etiquetados como medios sociales, frente a los cuatro millones de blogs que existían en 2004, tendencia que sigue en aumento. Visto tácitamente, cualquier cosa que sea compartida por Internet, con independencia de la intención del autor, se convierte en un mensaje susceptible de ser recibido y reprocesado de formas imprevistas.<sup>11</sup>

La manera en que cada persona interpreta y descifra la información que obtiene de la WEB, por mucho que se pretenda dar peso a los grupos de dominación, da pie a un proceso selectivo por parte de los agentes. Ellos deciden qué leer, en qué detenerse, a que “darle *like*” o que ignorar por completo. La misma condición de intencionalidad colectiva es requerida en todas las formas de comunicación humana.

Además, los usuarios llegan a constituir redes horizontales de comunicación establecidas por iniciativa, interés y deseo. Éstas redes son multimodales e incorporan muchos tipos de documentos; fotografías (alojadas en sitios como Instagram) y proyectos cooperativos a gran escala, como Wikipedia (la enciclopedia de código abierto con 26 millones de colaboradores), música y películas (redes p2p basadas en programas de software gratuito como Ares) y redes de activistas sociales/políticos/religiosos que combinan foros de debate basados en la red, con una incorporación de video, sonido y texto. Esta forma de comunicación posee el añadido de que el intercambio multimodal y colectivo de información puede proporcionar estímulos perceptivos fuertes y repetitivos, consolidando marcos mentales y por lo tanto, un *background* compartido.

Cierto es que los agentes aprovechan el aumento en las capacidades de interacción a distancia que ofrecen los avances tecnológicos no sólo con sus relaciones sociales

---

<sup>11</sup> Como muchos de los protagonistas de “videos virales”, que pueden terminar convirtiéndose en estrellas de la WEB o en objeto de burla colectiva.

previamente existentes; también las utilizan para crear nuevas relaciones. Los vínculos afectivos que pueden desarrollar los humanos por medio de Redes Sociales como Facebook, no tienen nada de virtual, pues recordemos que Internet es un sistema que potencia las capacidades comunicativas humanas, creado por medio del lenguaje. No es un *ciberespacio* perteneciente a un mundo virtual y no es un videojuego.

## *6.2 El espacio público red y la institución digital*

Internet se ha convertido en una extensión del espacio público, entendiendo al espacio público como escenario de la interacción social cotidiana, que cumple la función de servir como punto de reunión para llevar a cabo actividades cuyo fin es satisfacer las necesidades colectivas que rebasan los límites personales. Se caracteriza por su accesibilidad y convergencia entre la dimensión legal y la de uso. Habermas lo describe como un lugar de relación y de identificación, de manifestaciones políticas, de contacto entre la gente, de vida social y de expresión comunitaria. Generalmente, la utilidad del espacio público se evalúa por la intensidad y la calidad de las relaciones sociales que facilita, por su capacidad de acoger y mezclar distintos grupos y comportamientos y por su capacidad de estimular la identificación simbólica, la expresión y la integración cultural (Habermas, 2005). Por otra parte, siguiendo la afirmación de Giddens, la dinámica propia de la colectividad y los comportamientos de los agentes pueden crear espacios públicos que jurídicamente no lo son, o que no estaban previstos como tales. Por ejemplo, espacios residuales o abandonados que espontáneamente pueden ser usados como públicos (Giddens, 1997).

Las características que definen al espacio público según estos autores, pueden ser identificadas en lo que concierne a las prácticas permitidas por Internet: vida social, expresión comunitaria, estimulación de la identificación, así como acoger y mezclar distintos grupos y comportamientos. Aunque, claro está, la no especificación de un “espacio” físico para el caso de Internet pudiera parecer problemática para identificarlo como un espacio público como tal. La argumentación de Castells sobre las redes ofrece una elegante solución al respecto:

*El tiempo y el espacio están relacionados, tanto en la naturaleza como en la sociedad. En la teoría social, el espacio puede definirse como el soporte material de las prácticas sociales simultáneas: es decir, la construcción de la simultaneidad. El desarrollo de las tecnologías de la comunicación puede interpretarse como el desacoplamiento gradual de la contigüidad y la simultaneidad. El espacio de flujos hace referencia a la posibilidad tecnológica y organizativa de practicar la simultaneidad sin contigüidad. También se refiere a la posibilidad de una interacción asincrónica en el momento elegido, a distancia (Castells, 2012: 62).*

El espacio de flujos está formado por lugares conectados mediante redes digitales de comunicación, a través de las cuales circulan e interactúan flujos de información que aseguran la simultaneidad de las prácticas procesadas en dicho espacio. Y aunque en la teoría social el espacio no se puede concebir separado de las prácticas sociales, como las prácticas están conectadas en red, el espacio también lo está (Castells, 2012). Este espacio conectado en red se constituye por los lugares físicos en que se encuentran las personas que participan en la red, además de que las redes digitales son físicas también. Bajo los determinantes del sentido común, los usuarios en red de Internet y de la WEB se encuentran en un espacio con una dimensión física concreta, sólo que su proceso de comunicación e interacción se produce por vías más elaboradas que las proporcionadas por un espacio físico continuo.

Desde su origen, el sentido de Internet ha sido el de servir de herramienta de intercambio de información multilínea, potenciando las capacidades de comunicación entre sus usuarios. Se caracteriza por la accesibilidad directa de sus nodos, que son independientes y descentralizados. Con base en esto y en lo propuesto por la teoría de Searle, recordemos que la asignación de función-status puede ocurrir sin planeación y como resultado de un complejo proceso de interacción entre otras funciones-status; tal es el caso de Internet, visto como espacio público. La red de redes (X) satisface las condiciones de fungir como un espacio público (Y) en el contexto de la sociedad de la información (C), es decir; *es un hecho institucional*. Además de encajar con la forma de las reglas constitutivas y ser un ente lingüístico creado por Declaraciones, también *posee una deontología*. Ahondemos sobre esta idea.

El simple acto de acceder a Internet ya implica una deontología: se requiere de un dispositivo electrónico conectado a la red que incluya un software de codificación de contenido digital (*browser* o navegador web) y ciertos requisitos especificados en cada servidor. Cumpliendo con esto, la red de redes incrementará nuestras capacidades y posibilidades de comunicación. Un ejemplo muy claro es el caso de las Redes Sociales más usadas –Facebook, Twitter, Instagram, Youtube–; allí también debemos cumplir con las obligaciones que nos conceden derechos y cambian nuestra función-status. Si en dichas redes nos registramos y brindamos información personal –aun sin importar su veracidad- obtendremos la función-status de “usuario”, “follower”, “amigo”, etcétera, de dicho software-red, que en principio nos dotará de un lugar en la red social que nos permite publicar y compartir información con otros usuarios de la misma red, bajo la condición de abstenernos de compartir pornografía o contenido “inadecuado” – recordemos las *standing directives* de Searle–.

Pero además existe la posibilidad de que si nuestro canal o perfil se convierte en uno muy visitado y comentado, se nos designará otro tipo función-status que ya tienen capacidades comerciales y beneficio económico, los llamados *trending topic* o *Partner*. Estas funciones-status permiten recibir gratificaciones económicas por parte de la publicidad que aparece en los perfiles, bajo la condición de mantener cierto nivel de audiencia.

Los ejemplos anteriores, bajo la óptica de Searle, dan muestra de hechos institucionales; son mecanismos estandarizados que cumplen con formas de las reglas constitutivas creadas lingüísticamente, poseen rótulos que designan las funciones-status, son iterados, codificados y poseen una deontología. Hasta aquí he expuesto únicamente un ejemplo, pero este tipo de hechos institucionales ocurren dentro de la WEB cotidianamente. Y me atrevería a decir que la enorme cantidad de intersecciones de funciones agentivas que hemos asignado a Internet, lo constituyen como un auténtico *Institutional Ground-Floor Fact*.

Retomando la idea de Internet visto como un Espacio Público en Red, será claro que también *las principales actividades económicas, políticas, sociales, culturales y hasta religiosas se adhieran a un proceso de estructuración por medio de Internet* (Celorio, 2011). Por ejemplo, el 29 de Julio del 2011, Obama exhortó a los

estadounidenses a ejercer presión por Twitter para solucionar un *impasse* en el Congreso que amenazaba con generar una moratoria de pagos gubernamental. O el anuncio que realizó el Vaticano el 18 de Julio del 2013, informando que extendería la indulgencia que ofrecía a los participantes en la Jornada Mundial de la Juventud en Brasil a todos aquellos que siguieran el evento a través de la cuenta de Twitter del Papa. Eso sin contar las constantes pugnas en contra o a favor de alguna causa ecológica que inundan todos los días la red.

Las Redes Sociales *online* han servido de medio para la organización de propuestas de cambio público de distinta índole, ya sean intenciones separatistas del Estado de Baja California, vigilancia ciudadana en el Ecuador, denuncias a la corrupción vía Twitter en Gran Bretaña, o la supresión del nombre de la primera dama para un parque en el Estado de México. Además, está la bien conocida capacidad de Youtube para crear celebridades efervescentes y evanescentes –el “candigato Morgan”, la Lady Profeco, etcétera–. Por supuesto que la mayor parte de las aplicaciones públicas que hoy tiene Internet no fueron previstas por los diseñadores de ARPANET. Pero ahí están.

### *6.3 El vacío de poder sobre la comunicación digital*

La relativa juventud de la red y los resultados no previstos de una interacción de instituciones a nivel mundial, aunado a las múltiples variantes que cada agente tiene de acceder a la información y de interactuar con ella, han creado una situación emergente.

Cuando en 1969 apareció ARPANET, la predecesora de Internet, se trataba de un programa experimental de conexión en red de computadoras originado en DARPA, la agencia de investigación del Departamento de Defensa estadounidense y ejecutado en gran medida por los científicos e ingenieros que lo crearon. En 1970, el Departamento de Defensa ofreció la transferencia de sus operaciones y su propiedad a AT&T, compañía que no vio ningún interés comercial en ARPANET. Entonces la red siguió su curso entre organismos universitarios, hasta que en 1984, a medida que Internet se desarrollaba y empezaba a utilizarse en todo el mundo, DARPA y los diseñadores más importantes de ARPANET establecieron el Comité de Actividades de Internet, formado

por una serie de grupos de trabajo. Uno de estos grupos se convirtió en el Grupo Especial sobre Ingeniería de Internet (IETF), creado en 1986 con la tarea de gestionar el desarrollo de estándares tecnológicos para Internet. Las decisiones tomadas por el IETF eran consensuadas y afectaban a la amplia variedad de personas e instituciones involucradas con el uso de la red. Internet surgió en un vacío legal con poca supervisión de los organismos reguladores.

A su tiempo, los organismos creados se fueron desarrollando *ad hoc* para solucionar las necesidades de los usuarios de la red. La decisión más trascendental fue establecer un sistema coherente para asignar dominio y direcciones IP que organizaran el tráfico de Internet de manera tal que los paquetes de información enviados a través de ella llegaran a su destinatario. Se trató de una operación realizada en gran medida en solitario a mediados de los años ochenta, por el profesor de ingeniería de la Universidad del Sur de California Jon Postel, uno de los primeros diseñadores de Internet. Postel tomó la mayoría de las decisiones técnicas clave desde su despacho en la universidad y mantuvo su influencia sobre la red hasta que falleció en 1998. Que una sola persona, sin beneficio económico personal y sin el control directo de una autoridad superior, creara el sistema de dominios de Internet sin oposición alguna gracias a la confianza depositada en él por la comunidad de usuarios, es una de las historias más extraordinarias de la Era de la Información.

En 1992, la National Science Foundation (NSF) de Estados Unidos asumió la responsabilidad de coordinar y financiar la gestión de Internet, dejando pocos elementos militares de la red bajo la jurisdicción de DARPA. Y en 1993 la NSF encargó la administración del Sistema de Nombres de Dominio (DNS) a la empresa privada estadounidense Network Solutions. Ese mismo año, al vencer el contrato de NS y morir Postel, las presiones para formalizar la gestión institucional de Internet aumentaron. La red de redes se convirtió en una oportunidad enormemente rentable para los inversores empresariales. El entonces presidente estadounidense Bill Clinton cedió el control de la asignación de nombres y números de Internet al Departamento de Comercio de Estados Unidos, en noviembre de 1998.

Tan pronto como Internet se reconoció como una forma extraordinariamente importante de comunicación en red con numerosas aplicaciones posibles, el deseo de



las empresas de comercializar Internet creció de forma exponencial. Pero la historia, la cultura y la arquitectura de Internet dificultaban su apropiación privada o su regulación exclusiva con fines de beneficio empresarial. Además, como era una red global y como precisamente ése era uno de sus principales atractivos, tanto para las empresas como para los usuarios, el Departamento de Comercio estadounidense tuvo que compartir una parte del control con organismos reguladores internacionales y con la comunidad de usuarios, llevando a la elección sin precedentes del consejo de la ICANN (Sociedad para la Asignación de Nombres y Números de Internet), mediante votación electrónica de más de 200,000 usuarios registrados en Internet en el año 2000, una expresión de la participación de base, a pesar de la falta de representatividad de ese electorado.

Una coalición formada por una comunidad de usuarios activa, liberales y libertarios civiles y tribunales estadounidenses se convirtieron en los guardianes de la autonomía de Internet, de forma que una gran parte de la red siguió siendo un vasto espacio social de experimentación, sociabilidad y expresión cultural independiente. Cualquier intento de domesticar o parcelar Internet fue rechazado con tal determinación que los gobiernos y las empresas tuvieron que aprender a utilizar Internet en su provecho sin someter su desarrollo autónomo. Esto, debido al diseño deliberado de sus creadores que gestaron un sistema descentralizado y con capacidad de autonomía entre todos sus nodos. Aunado a ello las decisiones de sus creadores fueron la de constituir a Internet como una herramienta pública –como la decisión de Tim Berners-Lee, que hizo de dominio público el software de la World Wide Web (www)-. No obstante, la expansión de la banda ancha abrió nuevas oportunidades para obtener beneficios en la primera década del siglo XXI. Se introdujeron nuevas políticas regulatorias para intentar apropiarse no de Internet, sino de la infraestructura de red que la sustenta (Castells, 2012).

Mientras los usuarios en general volcaron su atención, a partir del 2001 y hasta la fecha, en la libertad de expresión y la privacidad en Internet, la transformación de la infraestructura de comunicación permitió una desregulación en favor de las empresas de telecomunicaciones, dado que a partir del 2005 los operadores de redes han logrado diferenciar entre acceso y tarifas para aprovechar su control privado de la infraestructura de comunicación. *Mientras nos preocupábamos por la protección de la frontera electrónica libre contra la intrusión del Gran Hermano (los gobiernos), las Grandes*

*Hermanas (los principales operadores de red) que poseen y gestionan el tráfico de banda ancha que circula por las superautopistas de la información se han convertido en las responsables de limitar el espacio virtual gratuito* (Castells, 2012: 153-154). Ahora no se trata de censura, sino de exclusión.

A partir del 2007, comenzó una tendencia generalizada de las empresas multinacionales dedicadas al entretenimiento y de gobiernos, para iniciar una gestión contra la no-legislación en la red, lo que se traduce en la búsqueda de una vigilancia, tarifas y restricciones a todo intercambio de archivos de texto y multimedia, además del derecho de los gobiernos a poseer un registro de los datos personales contenidos en Internet. El *Copyright* y “la seguridad nacional” se traducen en política y legislación sobre un medio de comunicación. Pero se trata de una legislación que tiene que trascender los límites territoriales de los Estados-nación. He ahí un gran problema. Internet es una red global, pero como no hay un gobierno global, el control de Internet se ha sujetado solamente a los límites que cada gobierno nacional puede imponer en su jurisdicción territorial. El ejemplo más evidente de esto es China: (...) *cuando Microsoft y Yahoo entraron en China, tuvieron que instalar software que automáticamente filtrara palabras como “Tibet”, “Falun Gong”, etcétera* (Castells, 2012: 126). No obstante, a menos que se derribe toda la infraestructura de Internet a la vez, resultará difícil controlar sus posibilidades de conexión porque siempre puede redirigirse a una arteria situada en otro lugar del planeta; por eso es una red.

El único organismo legítimo con responsabilidad de gobernanza global, las Naciones Unidas, trató justo el tema de la gobernanza de Internet en dos cumbres mundiales: Ginebra 2003 y Túnez 2005. En la primera, los participantes fueron incapaces de ponerse de acuerdo en una definición de gobernanza en Internet, por lo que la ONU estableció un Grupo de Trabajo sobre la Gobernanza de Internet (WGIG), cuyo objetivo era definir el término y proporcionar información sobre la segunda fase de la Cumbre Mundial de Túnez, en noviembre del 2005. Tras dos años de arduo trabajo, los 40 miembros del grupo de trabajo iluminaron al mundo con la siguiente definición: *la gobernanza de Internet es el desarrollo y la aplicación, por parte de los gobiernos, el sector privado y la sociedad civil en sus respectivas funciones, de principios, normas, reglas, procedimientos de toma de decisiones y programas comunes que la conforman*

*la evolución y el uso de Internet.* En lo personal, me declaro –junto con millones– incapaz de encontrar procedimientos de regulación claros derivados de ésta definición.

No obstante, existe una mayor convergencia empresarial entre operadores de comunicaciones, fabricantes de tecnología de procesamiento digital, proveedores de Internet y empresas propietarias de los medios de comunicación. *La formación de estas redes globales de empresas multimedia ha sido posible gracias a las políticas públicas y los cambios institucionales caracterizados por la liberalización, la privatización y la desregulación-regulación, nacional e internacionalmente, como consecuencia de las políticas gubernamentales favorables al mercado que han predominado a partir de los años ochenta* (Castells, 2012: 90), permitiendo a las empresas transnacionales entrar en el juego de las regulaciones políticas desde cada país en donde tienen presencia.

En enero de 2012, se dio el primer intento formal para legislar Internet de manera totalmente abierta y con repercusiones globales. Contando con el apoyo del senado de EEUU se dio luz verde a la ley SOPA<sup>12</sup> y posteriormente a la ley ACTA<sup>13</sup>, Lo que provocó una oleada de apariciones de grupos de *hacktivismo*, entre los que destacan LulzSec y Anonymous. Tales grupos se encuentran enfocados al sabotaje cibernético de las telecomunicaciones, tanto gubernamentales como empresariales, llegando a conseguir, en algunos casos, que las restricciones sean revocadas. Por ejemplo, en el 2012 las autoridades ucranianas dieron marcha atrás al cierre de un sitio de intercambio de archivos tras los ciber ataques que dejaron fuera de servicio a las principales páginas oficiales del gobierno y la administración pública (BBC MUNDO, 03/02/2012). Aunque las opiniones al respecto pueden ser divergentes, lo cierto es que el proceso de definición de las características de la WEB se encuentran actualmente en pugna e involucran, de uno u otro modo, a todos los usuarios de Internet.

---

<sup>12</sup> *Stop Online Piracy Act* (Acta de cese a la piratería en línea), también conocida como Ley H.R. 3261, fue un proyecto de ley presentado en la Cámara de Representantes de los Estados Unidos el 26 de octubre de 2011 por Lamar S. Smith y tiene como finalidad expandir las capacidades de la ley estadounidense para combatir el tráfico de contenidos con derechos de autor y bienes falsificados a través de Internet.

<sup>13</sup> *Anti-Counterfeiting Trade Agreement* (Acuerdo comercial anti-falsificación): es un acuerdo multilateral voluntario que propone fijar protección y respaldo a la propiedad intelectual, obligando a los ISP a vigilar todos los paquetes de datos que sean cargados o descargados desde Internet y provocando que el usuario que cometa “una falta” a la ley pueda eventualmente recibir multas, perder el derecho a la conexión a la web, o ser condenado a prisión.

Por otro lado, *es verdad que se puede vigilar el flujo de información que corre por Internet y, de hecho, todos los estados del mundo lo hacen* (Castells, 2012: 161). Pero lo máximo que pueden hacer los gobiernos para implantar sus leyes es perseguir a unos cuantos infortunados a los que sorprenden *in fraganti* mientras otros millones siguen navegando alegremente. Castells argumenta al respecto:

*He llegado a la conclusión de que la preocupación fundamental de la mayoría de los gobiernos es establecer normas para controlar Internet y encontrar mecanismos para ejercer este control según el modelo tradicional de ley y orden (...) Por ello, la regulación de Internet ha trasladado su atención a la propia Internet a casos concretos de censura y represión por parte de las burocracias gubernativas y a la privatización de la infraestructura de comunicación global que soporta el tráfico de la red (...) Pero como los intereses empresariales parecen prevalecer en su interacción con el Estado y las empresas ven un gran campo de inversión en la expansión de la comunicación digital, las políticas reguladoras han llevado a la difusión global de nuevas formas de comunicación, incluida la autocomunicación de masas. En estas condiciones, la audiencia de los medios de comunicación se ha transformado en un sujeto comunicador que cada vez tiene mayor capacidad para redefinir los procesos con los que la comunicación social enmarca la cultura de la sociedad* (Castells, 2012: 164-165).

Como puede apreciarse, el impacto de difusión masiva en la red no depende exclusivamente de una posición en la élite. La manifestación de un solo agente puede obtener una difusión y presencia masiva, que incluso puede ir en contra que de una lógica de poder y dominación tradicional. Pienso en Julian Assange, quien es un programador, periodista, *hacker* y activista de Internet australiano, conocido por ser el autor de uno de los mayores escándalos de filtración de información clasificada en la historia, por medio de su sitio web, WikiLeaks. Estados de todo el mundo, sobre todo el estadounidense, siguen teniendo problemas diplomáticos por los documentos de espionaje que fueron liberados. La capacidad de penetración y difusión que tuvo Assange por medio de Internet, es impensable para otro medio de comunicación.

No sería justo pensar que la regulación de Internet provendrá de un recurso tradicional del poder estatal, influido por el sector empresarial y sometido a estrategias locales de dominación vinculadas a una estrategia global. A menos de que existiese una institución máxima que regule a Internet y a la WEB, las pugnas por la definición de la misma y del poder en ella continuarán. Como bien señala Searle, es la intencionalidad colectiva de las personas, en su forma de aceptación y reconocimiento, lo que legitima ciertos usos. Pero al enfrentarnos a un espacio de interacción público que no reconoce fronteras territoriales, que aún no posee tradiciones codificadas, que nuestra interacción en él no se encuentra vigilada por las presiones sociales del poder de *background* y por lo tanto, sin un discurso oficial legitimado que sea capaz de permear nuestros marcos mentales, ¿cómo van a crearse estados intencionales colectivos provenientes de las instituciones tradicionales que se entretejan hasta formar un *background* que nos predisponga a un actuar, esperar y aceptar circunstancias dentro del proceso de comunicación digital?

#### *6.4 Nodos de intencionalidad colectiva*

Los estudios sobre la capacidad social organizativa de Internet fluctúan entre dos vertientes: la crítica ácida y la esperanza mesiánica. En el primer enfoque, los trabajos de Mariana Celorio o el de Evgeny Morozov resultan claramente críticos respecto a concebir a Internet como un elemento de liberación. Afirman que a pesar de que la red ofrece un enorme potencial a los movimientos sociales, su uso es sumamente restringido y deficiente; precariedad vista con más énfasis en África, Medio Oriente (aunque aquí surjan interrogantes, dados los sucesos de 2010), parte importante de Asia y América Latina, donde el acceso a esta tecnología es insignificante en relación con la totalidad de la población y de los movimientos sociales con agenda digital (Celorio, 2011).

Dentro de la segunda variante se pueden encontrar muchos ensayos sobre el impacto favorable que Internet ha tenido en los movimiento sociales (Celorio, 2011). Tales ensayos citan el uso que Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) hizo de Internet para construir y movilizar redes sociales y consensos a nivel mundial, que permitieron legitimar su causa y protegerse de la fuerza contrainsurgente de los aparatos de seguridad del gobierno mexicano. O también las sorprendentes e inéditas movilizaciones de colectivos sociales que se sirvieron de Internet como herramienta

organizativa: la Primavera Árabe o los Indignados, que utilizaron las redes sociales desde 2010.

La convergencia de ambos enfoques radica en considerar a las manifestaciones sociales de Internet con una perspectiva de Movimientos Sociales. La pregunta consecuente es entonces: por qué si Internet puede fungir como un espacio público de interacción social con una fabulosa capacidad para la acción colectiva y la creación de multitudes inteligentes, actualmente su uso, por parte de los movimientos sociales, es precario (Celorio, 2011). Considero que no sólo depende de la cobertura de acceso a Internet, sino también de la pertinencia de aplicar el término tradicional de movimientos sociales a lo que está sucediendo a través de la red.

Generalmente y en sentido clásico, se entiende a los movimientos sociales como procesos de interacción contenciosa entre actores sociales que comparten orientaciones cognitivas, movilizados con diversos grados de organización y que actúan colectivamente de acuerdo con expectativas de mejora, de defensa de la situación preexistente o como promotores de un proyecto social (Cardoso, 1968). Pero en el caso de Internet, muchas de sus manifestaciones sociales no responden a expectativas de mejora, tampoco proponen un proyecto social y generalmente no presentan una orientación cognitiva clara que identifique a sus participantes.

Un mayor número de personas, y especialmente jóvenes, afirman su autonomía con respecto a las instituciones de la sociedad y las formas tradicionales de comunicación, incluyendo los medios de comunicación de masas. Por otra parte, la difusión de Internet y la comunicación inalámbrica apoya y refuerza las prácticas de autonomía, como cargar en la red contenidos producidos por los usuarios, en lugar de ser una audiencia pasiva que sólo los reciba. En un estudio realizado por Manuel Castells y colaboradores en 2007, se identificaron seis dimensiones diferentes y estadísticamente independientes de autonomía: individual, empresarial, profesional, comunicativa, sociopolítica y corporal. Estudiando los usos de Internet de las personas encuestadas y comparándolos con sus índices de autonomía, en cualquiera de las dimensiones eran mayores la frecuencia e intensidad del uso de Internet. Y cuanto más usaban Internet, más aumentaba su nivel de autonomía. Por lo tanto, concluye Castells,

en su estudio se comprueba la percepción común de Internet como instrumento de construcción de autonomía (Castells, 2012).

Un fenómeno muy poco considerado en los estudios sociales actuales es el creciente auge de los *flashmobs*, los cuales son manifestaciones organizadas enfocadas a una actividad lúdica de corta duración. Sencillamente pretenden romper con la seriedad del orden urbano y se disuelven inmediatamente después de ello. No presentan una orientación cognitiva clara o expectativas de mejora u homologación con otros participantes, pero logran reunir a un gran número de personas y realizar la acción de manera simultánea en diferentes partes del globo. Como ejemplo está el recurrente flashmob de “el día sin pantalones”, donde los participantes, que en el 2013 se encontraban en 50 ciudades distintas, asistieron en determinado momento del día a los sistemas de trenes subterráneos urbanos de su localidad, prescindiendo de faldas y pantalones. Eso es todo.

De cualquier forma, la definición que Antony Giddens proporciona con respecto a los movimientos sociales, parece tener mayor amplitud y generalidad que la de Cardoso. Giddens considera que un movimiento social puede ser definido como un intento colectivo para promover un interés o para conseguir un objetivo en común. En todo caso, la acción colectiva se encuentra fuera de la esfera de las instituciones establecidas (Giddens, 2006). Y puede observarse cómo actores sociales y agentes de todo el mundo están usando la capacidad de las redes de comunicación digital para hacer avanzar sus proyectos, defender sus intereses y reafirmar sus valores. Con frecuencia las leyes o normas son alteradas parcial o totalmente como resultado de la acción de los movimientos sociales. Pero aun esta delimitación no es suficiente para dar cuenta de casos donde figuras políticas de importancia son obligadas a dimitir de sus cargos o decisiones por medio de la presión colectiva ejercida a través de las redes sociales.<sup>14</sup> Además, tanto los flashmobs, como las nuevas manifestaciones de opinión pública actúan dentro del marco permitido por las instituciones.

El panorama se complica aún más si introducimos un tipo de movilización social que aunque converge en la justificación de sus actos como una medida punitiva en contra de

---

<sup>14</sup> Como ejemplo está el del congresista estadounidense Anthony Wiener, que tuvo que renunciar a su puesto en junio del 2011 debido a que envió una foto de él mismo en ropa interior a una universitaria en Seattle.

las restricciones a la apertura y libertad en Internet, no comparte una ideología común o un proyecto a implantar: me refiero al ya famoso *hacktivismo*. Los agentes en los movimientos de hacktivismo no son presenciales, sino ante todo eficaces. Su ingerencia no se percibe por su presencia en un espacio físico, sino por su capacidad de nodo que incrementa la sinergia de la red. Los hacktivistas son grupos de agentes que sin necesidad de ser expertos en informática, sincronizan un *ataque de fuerza bruta*<sup>15</sup> contra un objetivo específico de la WEB, generalmente páginas de bancos, multinacionales o de gobiernos.

Su filosofía es sencilla: el poder gobierna, el contrapoder combate. El mecanismo por excelencia de contrapoder dentro de Internet para resistir y castigar la imposición de normatividades no legitimadas por los usuarios consiste en bloquear los puntos de conexión entre redes que permiten el control de éstas. Hablamos de los ataques a las redes digitales, a los sistemas de información o a aquellas redes de servicios de las que depende la vida de la sociedad en el sistema interdependiente de aparatos gubernamentales y empresariales. El desafío se basa precisamente en su capacidad para atentar contra las conexiones estratégicas materiales para que su interrupción, o la amenaza de su alteración, desorganice la vida cotidiana de los organismos responsables y los obligue a sacudirse de su estado de confort. Los hacktivistas aluden a tácticas de contrapoder y contracultura, en contra de estructuras institucionales que no están dispuestos a aceptar. Pero no poseen un plan de qué erigir en su lugar.

Considero que el problema de aplicar visiones tradicionales con respecto a las movilizaciones sociales en Internet es su falta de vinculación con la ontología. Al surgir del estudio de precedentes históricos conformados con otros medios de comunicación, obviamente las posibilidades eran distintas. Sin embargo, hay un término de Searle, referente a la ontología social, que no encuentro en las definiciones clásicas y que es capaz de ajustarse a todo tipo de movimientos sociales, incluyendo los propiciados por las redes digitales: la intencionalidad colectiva. El sentido de hacer algo juntos y las actitudes cooperativas son lo que nos define —a los humanos y otras especies animales— como seres sociales. Una capacidad mental innata nos predispone a la empatía, a la

---

<sup>15</sup> Consistente en utilizar las capacidades del hardware de los dispositivos electrónicos con acceso a Internet de todos los participantes, para que una aplicación WEB genere un número estratosférico de IP artificiales que entran y salen del servidor de la página, hasta hacerlo colapsar.



búsqueda de pertenencia y es capaz de hacernos partícipes de tonterías grupales como los flashmobs, así como prestar nuestra computadora para ser parte del *hacktivismo*, o motivarnos desde algún post en Facebook para salir a las calles y manifestar una inconformidad. Pero antológicamente hablando, lo que subyace a toda manifestación colectiva, es que decidimos cooperar, a efectuar algo juntos.

## *6.5 Vuelta al único mundo*

Los humanos somos seres biológicos con capacidades mentales suficientes que nos permiten tener imaginación, memoria, experimentar **the gap** y registrar experiencias sensoriales. Las experiencias sensoriales se procesan a niveles neuronales, provocando la creación de estados intencionales que se tejen en marcos que organizan las disposiciones de *background* en categorías, tanto dinámicas como estáticas. Los humanos buscamos transmitir tales estados intencionales, y cuando otro ser tiene la disposición a percibir dicha transmisión, es posible efectuar una acción intencional colectiva que transmita esos estados intencionales de un humano a otro. La intencionalidad colectiva permite compartir estados intencionales y de estos depende la existencia del lenguaje, por medio del cual podemos declarar la existencia de múltiples funciones-status que se convierten en entes epistémicamente objetivos, si son aceptados y reconocidos por la colectividad. Estas funciones-status interactúan entre sí, otorgando una deontología que compromete a los agentes en torno a las funciones-status, creando hechos institucionales e instituciones. Por otro lado, las declaraciones de funciones-status son capaces de crear estructuras sobre las estructuras, generando situaciones en que la interacción de instituciones y hechos institucionales provocan resultados no previstos que heredan la aceptación de sus predecesores, aunque en sentido estricto nadie los planeó en la forma en que operan. Como ejemplo de tales entidades, tenemos las recesiones económicas e Internet. Todo entramado institucional requiere de una regulación, que puede ser administrada por una institución de gran formato como los gobiernos, o encontrarse en proceso de definición, como Internet. Vivimos exactamente en un mundo y no en dos, tres o diecisiete.

## *Unas conclusiones muy breves*

(...) *no te pienses sin sangre  
no te juzgues sin tiempo*

**Mario Benedetti**

Al escribir las últimas páginas de este trabajo tengo la seguridad de que algo en mi manera de ver el mundo ha cambiado. No me refiero a una epifanía ni nada por el estilo. Sólo a que ahora tengo un gusto por tratar de percibir en términos lógicos los hechos sociales. La revisión realizada al trabajo que Searle llama “un análisis lógico de la ontología fundamental de las entidades que estudian *las ciencias sociales*”, literalmente invita a buscar la estructura común que subyace a los entes simbólico-lingüísticos con que opera el mundo social humano. Y al ser tales estructuras producto de una declaración del lenguaje, indica que las imaginamos; tanto quien las crea, como quienes las aceptamos y reconocemos. Nuestros marcos mentales han metaforizado, quizá de una forma particular, lo que significa un matrimonio, una corporación, una fiesta “de noche”, el Estado, las instituciones de fuerza bruta, la ciudadanía y demás. El *background* compartido es producto de la interconexión de esos marcos individuales, de nuestras capacidades cerebrales que nos dotan de una intencionalidad colectiva. Entonces, si el entramado objetivo del mundo social surge de bio-cajitas llenas de neuronas, que poseen cierto *gap*, y cada una tiene su dosis de responsabilidad en el mantenimiento de una realidad institucional que tal vez no funciona como queremos, ¿qué hay de malo en imaginar una realidad institucional diferente, si a fin de cuentas, es y será simbólica?

Es verdad que mientras estudiaba la teoría de Searle algunas de mis dudas se disipaban y otras salían a flote. La Teoría General de las Instituciones y Hechos Institucionales es sin duda alguna un asombroso proceso de abstracción de las instituciones fuertemente arraigadas. Pero al ponerse a prueba en contextos más “volátiles” o en pugna, aunque nos proporciona herramientas útiles, también nos recuerda que falta mucho para que digamos la última palabra al respecto. Por otra parte, Searle intuye y basa sus escritos en la conexión existente entre las capacidades biológicas y la construcción de entidades simbólico objetivas –epistémicamente hablando-, pero no describe este proceso. Y como dijera Justo Sierra; “la verdad se

encuentra repartida en las verdades particulares de cada ciencia”. Searle vio la pelota, nuestro trabajo es encontrarla.

Un sólo individuo es demasiado complejo para ser pensado desde una arista; llámese sicología, biología, física o cualquier otra. Y si hay que estudiarlos en grupo, la cosa se complica. Es tiempo de sacar partido al hecho de que vivimos en la Era de la Información y las grandes redes, conectando el conocimiento que hemos alcanzado cada uno en nuestras especialidades. Si un economista, un sociólogo, un químico, un biólogo y un físico pueden sentarse juntos en un bar, también pueden trabajar juntos en los distintos ámbitos científicos y académicos. La Filosofía de la Sociedad se me apetece como un proyecto viable y por demás necesario.

Con base en ello, no parece haber una gran justificación para una estricta separación entre las ciencias que estudian todo lo relativo a los humanos. Hablando particularmente, cuando intenté proponer un estudio sobre Internet, hace ya más de un año, me di cuenta que existían huecos en la teoría social que en aquel momento no tenía idea de cómo subsanar. Sólo regresando a lo básico, es decir, a la ontología, es que pude abstraerme un poco de la complejidad y textura del problema para prestar atención a su estructura y sus causas. Aún falta mucho por investigar; creo que cada apartado del capítulo 6 daría para una tesis en sí misma, pero me quedo con algo: si debiéramos llamar “virtual” a los procesos de comunicación, la pugna por el poder, los hechos institucionales y demás situaciones emergentes que se presentan vía Internet, también deberíamos aplicar el vocablo “virtual” a los matrimonios, las corporaciones, los gobiernos y demás entidades institucionales. En términos ontológicos todos son producto de una construcción lingüística. Palabras y nada más que palabras.

## Bibliografía

- Augé, Marc (1996), *El viaje imposible. El turismo y sus imágenes*, Editorial Gedisa.
- Austin, John (1962), *How To Do Things with Words*, Oxford: Oxford University Press.
- Berger, Peter L.; Luckmann, Thomas (1986). *La construcción social de la realidad*. Amorrortu, Buenos Aires.
- Cardoso, Fernando (1968), *Los agentes sociales de cambio y observación en América Latina*, En: *Cuestiones del desarrollo en América Latina*. Chile, Editorial Universitaria.
- Castells, Manuel (2012) *Comunicación y Poder*, Siglo XXI, México.
- Castells, Manuel (2003) *La Galaxia Internet, Reflexiones sobre Internet, empresa y sociedad*, DEBOLSILLO, México y Barcelona.
- Castells, Manuel Jordi Borja (2002), *Local y Global, La cuestión de las ciudades en la era de la Información*, Editorial Taurus, 1997.
- Celorio, Mariana (2011), *Internet y Dominación. Hacia una sociología de la Nueva Especialidad*, Ed. Plaza y Valdes.
- Damasio, Antonio (2005), *En busca de Spinoza: neurobiología de la emoción y los sentimientos*, Barcelona, Crítica.
- Damasio, Antonio (2001), *La sensación de lo que ocurre*, Barcelona, Debate.

- Fitzpatrick, Dan (2003), *Searle and Collective Intentionality: The Self-Defeating Nature of Internalism with Respect to Social Facts*, The American Journal of Economics and Sociology, Vol. 62, No. 1, Special Invited Issue: John Searle's Ideas about Social Reality: Extensions, Criticisms, and Reconstructions (Jan., 2003), pp. 45-66.
- Foucault, Michel, (1976), *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. Siglo XXI, México 1995.
- Gandlgruber, Bruno (2010), *Coordinación, Instituciones y Empresas; una revisión crítica de la estructura institucional de la producción*, Tesis Doctoral, UAM –I, México.
- Garzón, Mercedes (2001), [www.la\\_ciber\\_ética.com](http://www.la_ciber_ética.com), Editorial Torres Asociados.
- Giddens, Anthony (1997), *Sociología, 4ª edición. Capítulo: Ciudades y espacios Urbanos*, Alianza Editorial.
- Giddens, Anthony (2006), *Sociology*. Polity Press, Ed Cambridge. P 769.
- Giddens, Z. Bauman, N. Luhmann, U. Beck (2007), *Las Consecuencias Perversas de la Modernidad*, Ed. Anthropos.
- Habermas, Jürgen (2005), *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Ed. Gustavo Gili, México y Barcelona, 1986.
- Habermas, Jürgen (1976), *Problemas de Legitimación en el capitalismo tardío*, Madrid, Cátedra, 1999.
- Hernández Prado, José (2014), *La realidad social humana. Diálogos imaginarios con base en John Rogers Searle y Thomas Reid*. Inédito.

- Lakoff, George (2008), *The Political Mind, Why you Can't Understand 21st-century Politics whit 18th-Century Brain*, Nueva York, Viking.
- Octavio Iani (1999), *Teorías de la Globalización*, Ed Siglo XXI, México 1996.
- Rawls, John (1955), *Two Concepts of Rules*, Philosophical Review, January.
- Searle, John (1995), *The Construction of Social Reality*. The Free Press, New York, United States of America.
- Searle, John (1997), *La construcción de la realidad social*. Paidós Ibérica, España.
- Searle, John (2010), *Making The Social World. The Structure of Human Civilization*. Oxford University Press, Cambridge, Mass., United States of America.
- Searle, John Searle (2003), *John Searle: From the Speech Acts to Social Reality*, Cambridge University Press, Cambridge, Mass., United States of America.
- Smith, Barry (2003), *The Construction of Social Reality: An Exchange*, The American Journal of Economics and Sociology, Vol. 62, No. 1, Special Invited Issue: John Searle's Ideas about Social Reality: Extensions, Criticisms, and Reconstructions (Jan., 2003), pp. 285-309.
- Weber, Max (1922), *Economía y Sociedad*, FCE, 2012.
- Williams, Bernard (1981) "Internal and External Reasons", *Moral Luck: Philosophical Papers 1973-1980*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 101-13.